

Chaneca

en todas partes

Carmen Josefina Espinosa
Aline Mackissack
compiladoras

Coordinación editorial: José Luis Chong
Cuidado de la edición: Víctor Cuchi
Diseño de cubierta: Patricia Pérez Ramírez
Foto de portada: Colección particular

Primera edición: mayo de 2021
D.R. © Palabra de Clío, A. C. 2007
Insurgentes Sur # 1814-101. Colonia Florida.
C.P. 01030 Mexico, D.F.

Impreso y hecho en México
www.palabradeclio.com.mx

Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la institución.

Índice

Semblanza	7
La casa	13
Hila y Tina	15
Irene Mackissack y familia	18
Aline Mackissack	27
Alberto Davidoff Misrachi	28
La familia García Márquez	29
Carmen y Álvaro Mutis	31
Amigos	33
María Teresa Priego	35
Elena Poniatowska	56
Jesusa Rodríguez	61
Diego Lamas	63
Marta Lamas	64
Mali Haddad	68
Graciela Oliver	69
Maricarmen de Lara	70
Carmen Gaitán Rojo	73
Carmen Boullosa	77
Ana Luisa Liguori	79
Tere del Bosque	81
Martha Garrido Ojeda	83
Socorro Díaz	85
Ana Piñó Sandoval	89
María Esther Echeverría Zuno	92
Guadalupe Rivera	94
Diego López Rivera	95

Paula Mónaco Felipe	96
Fidel Castro	99
Juan Soriano	100
Lucía García Noriega	101
Doctor Eduardo Corzo Buenrostro	103
Eugenia León	104
Doctor Salomón García Jiménez	105
José del Bosque.	107
Publicistas	111
Augusto Elías	113
Manuel Villagrán Vicent	114
Rafael Borbón	115
Lupita Solís	118
Anilú Elías	120
Eduardo Plaza Mendoza	122
Alfredo Weizner	123
María Luisa Lara	125
Mabel Zurita Ojeda	127
Gabriel Ramírez	130
Raúl Camou Rodríguez.	133
Francisco Reyes	135
Lucrecia Islas	136
Justino Compeán	137
Gustavo Ramírez	139
Margaret Rodríguez Ezeta.	141
Malena Contreras	143
Pepe Meehan	145
Luis de Llano Macedo	146
Irene Medina	148
Leona Isabel Rosas	151
José Luis Chong	152
Familia Rafful	155
Bárbara Castellanos Rafful	157
José María Castellanos Elías	159

Jorge Yunis Rafful Zepeda	160
Mauricio Rafful	163
Carmen Josefina Espinosa	167
Mariano Espinosa Rafful	170
Nodir Hernández Jaber	173
Fotografías extras	175

Semblanza

“La curiosidad me mantiene alerta y la autonomía, libre”, decía Chaneca Maldonado. Lo decía con sus palabras y con sus actos: con su capacidad de escuchar, su generosidad inaudita, ese feminismo suyo solidario y espontáneo. Mecenas de causas y de personas. Sabia y honda. Revoltosa y lenguajera. Dado que los lenguajes eran lo suyo, no podía ser sino una lectora adicta, una apasionada de los colores y de las formas. Ante la literatura, ante un lienzo, ante un bien a publicitar: comunicarse es tocar y ser tocado con la frase, con la forma indispensable. Y esa perseguidora de palabras y de imágenes se fue encontrando a sus cómplices en el camino: el poeta José Carlos Becerra, la China Mendoza, Álvaro Mutis, García Márquez. Los pintores Francisco Toledo, Juan Soriano, Rufino Tamayo. Se fue encontrando con sus amigas. Y allí donde Chaneca colocaba su lealtad, sellaba un pacto de vida.

Nació el 11 de febrero de 1928 en el Paso, Texas, donde vivió su primera infancia, pues su padre trabajaba en la red carretera del país. A los cuatro años comenzó el colegio, pero vanguardista y temeraria como era, no se esperó a entonces para aprender a leer. Unas vocales por aquí, unas consonantes por allá, y Chaneca (como siempre) pasmó a la concurrencia: solita, ya leía. Después los Maldonado Gallegos se mudaron por unos años a Guadalajara. Finalmente llegaron a esta Ciudad de México que Chaneca llegó a conocer como la palma de su mano. Su ciudad. Sus barrios. Sus calles del Centro.

Chaneca se enamoró y tuvo dos hijas: Irene y Aline. Cuando decidió continuar su vida en otra dirección, comenzó a trabajar como asistente en Televisión: mensajera, recadera y vestuarista. Pero ella se asomaba en todas las oficinas y los foros. Aprendía, cuestionaba, proponía. Su talento para la publicidad se hizo evidente entre un pasillo y una reunión a la que quizá llegó sin estar invitada. Fluía. Los publicistas de la empresa descubrieron una joya y comenzaron a convocarla. “¿Qué sugiere, Berta?” Nos podemos imaginar lo que seguía. Chaneca había encontrado su oficio favorito para toda la vida. Fue la primera mujer en Latinoamérica nombrada Directora Creativa en una



prestigiosa agencia de publicidad. Pero su creatividad anduvo los más diversos caminos. Lúdica, imaginativa y bilingüe, tradujo con José Luis Ibáñez obras musicales para teatro como *Mi Bella Dama*, *Brigadoon*, *El Dr. Doolittle*, *La tía Mame*, *Ring Ring*, *llama el amor* y entre los telones conversó con Charles Boyer, Edith Piaf, Rex Harrison.

En la maternidad, en el trabajo, en sus relaciones amorosas, viajes, lecturas, interminables conversaciones con sus amigas y amigos entrañables, Chaneca fue construyendo uno de los más bellos logros de esa existencia larga e intensa: conocerse a sí misma. “Para aprender a entender”, pensaba, “por allí se comienza”. Le preguntaron: “¿Cómo te definirías?” “Curiosa y autónoma.” En su acta de nacimiento se llamaba Austreberta, pero vivió en Acapulco y le daba por proteger a los perritos flacuchos que merodeaban en las playas. Sus intervenciones indignadas contra los agresores hicieron que quienes la conocían comenzaran a llamarle La Chaneca. Los chaneques en Guerrero son los ayudantes del Diablo.

Un huracán. Una tormenta. Una diabla. A partir de allí, Austreberta, educada quizá para destinos muy distintos, dio paso a su verdadera personalidad: nuestra Chaneca.

Marta Lamas la invitó a escribir para la revista *Debate Feminista*. “Dinos de ti, Chane. Dinos más.” “¿Quién soy yo? Vayan a saber. Cada día se es algo muy adentro que no tiene nada que ver con lo que se es afuera. Soy mamá de Irene y Aline, abuela de Camila, Álvaro y Emilio, compañera de vida de Hila y Tina, y amante de mis perrucos, Capullo y Bisbirinda, y de mis gatas, Mimi y Cuca. Amiga de mis amigas, antojadiza y capaz de ir por carretera a Palmillas a comer un taco de barbacoa.”

“Chane, ¿qué es la vejez?” Dijo que una condición que la tenía sin cuidado. “Estar y sentirse bien, pero no como antes. Eso es para mí la vejez. No existe, si no te dejas. Sí existe el montón de años, sí existe la ‘edad’ con sus tiesuras y dolores, aunque no quieras. Pero si no la tomas en cuenta se te olvida... ¿Cuál vejez?”

¿Una semblanza de Chane? Una mujer que escucharía atenta los textos que aquí escribimos. Arrugaría tantito el entrecejo para entender mejor. Se echaría para atrás. Se sentiría apenada. Haría ese gesto muy suyo con la mano que significa: “no se excedan”. Y una sonrisa breve, emocionada. Pudorosa. Después, incrédula y agradecida nos diría: “¿Pero de veras ustedes creen eso?” Coro con la respuesta afirmativa. Chane voltea tantito hacia el lado izquierdo, hacia allá fugaba su mirada cuando estaba conmovida. Un silencio. Chane es una mujer que se sabe amada.

Vivirá siempre en los corazones de quienes tanto quiso.

Estas páginas son una conversación a muchas voces con Chaneca.
Una cita para todas las personas que tuvimos la dicha inmensa de su cercanía.
Son viajes de amor y de memoria.
De aprendizajes y de esta pérdida honda que compartimos.
Y, claro, son un homenaje.
Es necesaria, entonces, una dedicatoria para ella.
Y sólo se nos ocurre parafrasear las palabras
de Virginia Woolf a su hermana Vanessa:
Chaneca: “Buscando una frase adecuada,
no hallé ninguna que se sostenga junto a tu nombre”.





La casa

Hila y Tina
Irene Mackissack y familia
Aline Mackissack
Alberto Davidoff Misrachi
La familia García Márquez
Carmen y Álvaro Mutis

Hila y Tina

¿Quién soy yo? Cada día se es más algo muy
adentro que no tiene que ver con afuera.
Soy... compañera de vida de Hila y Tina... antojadiza y capaz
de ir por carretera a Palmillas a comer un taco de barbacoa.

BERTA MALDONADO

La señora Berta era una grandísima persona. Yo sentía que tenía todo su apoyo. Cuando me enfermé, siempre estuvo muy preocupada y al pendiente de todo lo que yo necesitaba. Yo le estaré siempre muy agradecida. Era única; no la comparo con nadie porque tuvo un corazón muy grande, sin medida.

La señora doña Berta, porque así le decía, era muy tierna; siempre me preguntaba qué me gustaba y era muy compartida de todo.

Yo llegué a trabajar a su casa unos meses después que Tina, también en el año 1972, y desde entonces me quedé.

Hubo una época en la que le recomendaron que caminara y ella nos dijo que empezaríamos a ir al parque de Tlalpan. Salíamos de la casa a las siete de la mañana. La señora manejaba su coche y la acompañábamos Tina y yo. Llegábamos al parque a la 7:30 y caminábamos media hora, hasta las ocho, a veces un poco más, y después ahí mismo comíamos tamales verdes, tomábamos jugos antigripales, de guayaba, naranja, limón.

Recuerdo un 12 de diciembre que fuimos a caminar y en una de las vueltas la señora se atrasó y ya no me dio tiempo de avisarle que había mariachis y estaban repartiendo tamales y atole, y me dieron. Cuando la encontramos, nos preguntó “¿y ustedes dónde andaban? Le dije: “Señora, no ve que hoy es día de la Morena”, y ella contestó: “Ay, Hilacha, pero tenías que ser tú”. Ese día la recuerdo que estaba muy contenta y decía una y otra vez “estas cosas sólo a Hila se le ocurren”.

Después, cuando construyeron la ciclopista, cambiamos el parque de Tlalpan y empezamos a ir a caminar a la ciclopista. Fueron varios meses en el año de 2005, pero luego su hermana Marta se enfermó y ya suspendimos las caminatas porque la señora se iba a trabajar temprano y cuando salía del trabajo se iba a ver a su hermana todos los días.

También recuerdo las idas al Centro de la Ciudad con la señora. Íbamos a comprar suéteres, calcetines y papel para envolver regalos que ella les daba a todos los que trabajaban con ella en la oficina. Cada vez que íbamos aprovechábamos para comer antojitos, los *hoy dogs* de 3 por 10. Nos divertíamos, comíamos tacos de canasta, elotes, camotes, plátanos. Siempre fue una mujer sencilla.

Las idas al Centro también las aprovechábamos para visitar la iglesia de la Santísima y la de san Pafnucio. Cuando a alguien se le perdía algo siempre le llamaba a la señora Berta para contarle y ella iba a visitar a san Pafnucio para pedirle que aparecieran las cosas o lo que se le había perdido. En una ocasión, a la China Mendoza se le perdió una perrita y fuimos a pedirle al santo. También a Irene, la hija de la señora, se le perdió una perrita y fuimos a rogarle al santo que apareciera.

Cuando me visitaba algún familiar, la señora siempre le ofrecía de comer. Era muy atenta.

Mil gracias, doña Berta. Siempre la recordaré con cariño.

Hila

Para mí la señora Berta era una persona maravillosa, encantadora, muy alegre, tan cantadora que no había pena que la agobiara.

La conocí en el año de 1972. Yo andaba buscando trabajo y mi tía Epi me dijo que había una señora que quería una cocinera. Me dio su teléfono para que yo la llamara y cuando al fin la localicé, me dijo: “Yo salgo de la oficina a las dos de la tarde; te veo a esta hora en una panadería de la calle Thiers de la colonia Anzures”.

Le pregunté que “cómo iba a saber quién era” y me dijo que ella llegaría en un Volkswagen blanco y que ahí en la panadería me iba a estar esperando; cuando yo llegué, recuerdo que vi el coche, me acerqué, y me recibió con una sonrisa y me dijo; “Siéntate”, y me senté a su lado en el coche.

Lo primero que me dijo fue que necesitaba una cocinera. Yo le dije que tenía un niño chico y me contestó: “No vayas el lunes. Llega el martes para que te quedes un día con el niño!”.

Me presenté a trabajar el martes 13 de abril y había una cocinera. Luego entonces, la señora Berta me dijo que me quedara a trabajar en la recámara, lavando y planchando. Desde entonces, me quedé trabajando con ella, hasta la fecha.

A los seis meses de que entré a trabajar, la cocinera se fue de vacaciones y la señora me pidió que cocinara y lo hice. Después, me dijeron que iban a tener visitas y la señora me pidió que le dijera a mi prima Hila que fuera a servir la mesa y ahí fue cuando conocieron a Hila.

A partir de ese momento, la señora pidió que Hila se quedara a trabajar en las recámaras y yo ya me dedicaba a cocinar. En esa casa siempre había invitados a comer. La señora disfrutaba mucho organizar los menús, recibir a los invitados y lo hacía cantando.

Recuerdo cuando iba al mercado de San Juan a comprar cabrito para que yo lo cocinara en su sangre. También iba a comprar pichones y los preparábamos en salsa de pichón. Yo no sé si la señora inventaba el nombre de los platillos, pero se sabía muchas recetas.

Hubo una época en que cocinaba muchos platillos con pasta. A veces la hacía con hongos, otras con hígados, otras con berenjena. También me ponía a hacer empanadas de atún que se llevaba a las locaciones para el personal cuando trabajaba haciendo comerciales.

También me acuerdo que me decía: “Tina, va a venir a comer el Presidente!”. En ese entonces era López Portillo, y la señora me pedía que cocinara sopa de cola de buey, sopa de ostiones, ensalada de camarón; otras veces me pedía que preparara filete miñón o pescado sudado, y yo lo preparaba en una olla larga. En ese entonces la señora se metía a la cocina y me dirigía. Para el postre le gustaba que yo preparara islas flotantes o copa de vainilla con fruta y arriba almendras tostadas y nueces. Eso sí, tenía que ser en abundancia.

Yo le estoy muy agradecida por todo el cariño y apoyo que me dio y por todas sus enseñanzas. Era una persona muy humana. Tenía un corazón muy grande para todos. No podía ver a un pobre que no le tendiera la mano. De ella aprendí muchas cosas buenas. Tengo muchos recuerdos muy bonitos.

Gracias, señora, por el cariño que le brindó a mi familia. La recordaré siempre.

Tina

Irene Mackissack y familia



Irene Mackissack

Aaaaay, Ma... ¿Por dónde empiezo? Todo lo que lleva tu nombre o tu signo es como una avalancha de flores y color. Tú que fuiste enamorada de la palabra —oral, escrita, cantada o como fuera— sabes que, a veces, las palabras faltan o sobran o nomás no han sido inventadas... Me habrías dicho que eso de “¿por donde empiezo?” es una inquietud inventada, así que a'i va...

Mexicana hasta las cachas y tan de las letras, se propuso que en el recorrido diario a la escuela, mi hermana, ella y yo nos aprendiéramos de memoria *La suave patria*. Y así se hizo. Ella al volante y nosotras peleando antes de subir al carro el privilegio de ir adelante con el libro en la mano "...quiero raptarte en la cuaresma opaca..." ¿Te acuerdas, Aline? "Antes que nada fuimos las tres, como en tus cuadros.

¿Te acuerdas? Cuántas pasiones... Lo de los animales desde siempre. En el mismo Fiat donde recitábamos "al golpe cadencioso de las hachas", Ma no traía con qué cambiar una llanta pero sí unas cobijas gruesas para aventar encima de un perro o un gato aterrorizado a media calle. Sesenta y muchos años rescatando y colocando perros y gatos. Con nosotras albergó trece gatos (13, número cabalístico que nos condenó para siempre a las mismas andadas). Compraba pájaros en Nativitas para que los soltásemos en el Ajusco o en el Camino al Desierto de los Leones. ¿Y te acuerdas que una vez regresó de un fin de semana con una cajita de cartón donde había tres ratoncitos que había encontrado en un sembradío de papa que estaban cosechando?

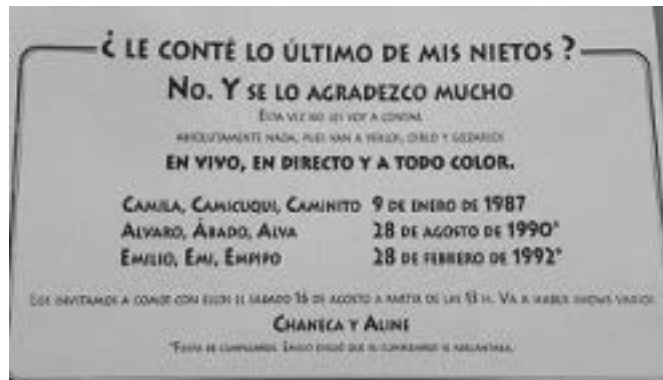
¿Y qué tal su pasión por la comida? Fue la más antojadiza. Casi todo le gustaba y sabía dónde encontrarlo: los mejores tacuarines en Álvaro Obregón, los mejores pambazos de mole en Benjamín Hill... ¿Las mejores tortas? En *Los Guajolotes*... ¿Carnitas? *El Venadito*... y así... ¿Te acuerdas cuándo se fue a París a visitar a Ruti y regresó con dos órdenes del maravilloso pato laqueado en su bolsón de mano?

¿Te acuerdas, Aline? ¿Te acuerdas que fuimos de las primeras en la escuela en tener un tocadiscos portátil y música de los *Beatles*, porque a ella la trastornaron antes que a nosotras? ¿Te acuerdas que nos dio a leer a Gabo antes de que fuera *Gabo*? Nos regaló después los mundos de Álvaro Mutis, de Fuentes, de Paz y Saramago...

¿Te acuerdas, Aline? Pregunto si te acuerdas, Aline, porque para Ma siempre fuimos una especie de unidad... Irene y Aline... Irene y Aline... Siempre hizo por tejernos diferentes pero juntas... En fin... Como tú dijiste alguna vez: "tanta vida dada..."

Ahora, ahora que no está la encuentro en todo. Acá, lejos, en mi casa de Los Ángeles despierto mirando el estallido de color de la buganvilia que compramos juntas en su última visita y mi pan cotidiano transcurre a la sombra del Popo y el Izta de los cuadros de López Beltrán que Ma escogió para mí. Me la topo en los libros —¿qué estás leyendo, Pi?— y en la cocina... En

Chaneca en todas partes



el vuelo ligero de los seis o siete colibrís que han tomado por asalto nuestro jardín como queriéndonos recordar cuánto gozaba ella con mirarlos desde su ventana. Pero sobre todo, me la topo en su gente..., en la pasión de su bisnieto Teo por la música de mariachi; en la mirada sin fondo de Noah, su bisnieto colombiano... y en el transcurrir de sus adorados nietos por los pasillos del mis días. Fue ella quien me presentó a Guillermo Navarro —Guiyerno le dijo ella durante casi treinta años—, papá de esos nietos que ella tanto quiso y a quienes tanto marcó.

Y así, así, así me la encuentro en la generosidad, la ternura y la galantería de Álvaro y Emilio, en la sonrisa chueca y la sabiduría de Cami, en tus acuarelas de las jacarandas, y en tus cuadros de *Las tres...*, en los platonos de barro, las recetas de la sopa de verdura y las gorditas de anís.

Somos de la misma raíz.

Te fuiste para quedarte, Ma...

Estás ensordecidamente presente y, sin embargo, cuánto, cuánto te echaremos de menos para siempre.

Gracias hasta la pared de enfrente... y más allá y luego de regreso... *ad infinitum*.

Tu hija, Irene. Pi.

Laura García

Ocotepc 318... Me aprendí la dirección por si algo fallaba y no llegaba Álvaro a recogernos al aeropuerto de la Ciudad de México. Ocotepc 318 fue el des-

tino pronunciado en el coche en el que viajamos mis hijos, Noah Navarro de diez meses e hijo de Álvaro, y Samuel, mi hijo mayor. Ocotepc 318 nos abrió sus puertas a las seis de la mañana, mientras Berta aún dormía, pero Hila y Tina ya tenían preparado un gran desayuno. Desde ese momento, nos sentimos bienvenidos en esa casa color naranja, con una escalera bordeada de sábilas y una entrada desbordada de orquídeas floridas de todo tipo y tamaño. Una casa con luz por todas partes y piezas de arte por doquier. A las pocas horas despertó y estuvo lista para conocer a su bisnieto colombiano la mujer que era el espíritu mismo de esa casa asombrosa. Recibió a Noah con la canción que compuso exclusivamente para él: “Machupichu, Machupichu... mi Machupichu, mi Machupichu”. Y, desde ese momento, le dejó sentarse en sus piernas, trepar arriba y abajo en su caminadora, explorar y tocar. Con Samuel hubo una conexión instantánea, captó su curiosidad y su interés por todo lo nuevo que le ofrecería ese viaje, se hablaron de “usted” y ella encontró la forma de expresarle su afecto.

Durante un rato preguntó, conversó, y, mientras tomaba su café, tomó en su mano una batuta invisible. Y dijo “Teotihuacán” y dijo “Museo de Antropología” y dijo “tacos en *Beatriz*” y luego dijo “Frida” y dijo “Xochimilco”. Y nos llenó los días de aventuras y explosiones de música y color, de comidas nuevas y deliciosas y de tardes lentas en su maravillosa casa tomando café y pastel, contando sus historias y riendo con nosotros todos: sus nietos, sus bisnietos y sus hijas, las sobrinas y amigas que llegaron de visita, Hila y Tina que corrían con platos y cubiertos.

Noah era aún muy pequeño en los tres viajes que hicimos a México a visitarla, pero su papá seguramente se encargará de contarle todo sobre su adorada Yaya; yo, que le estaré siempre muy muy agradecida por habernos abierto las puertas de su casa y los portales de su corazón, les recordaré a mis hijos la generosidad, la inteligencia y la simpatía de esa mujer amorosa y paciente.

Aunque la conocimos poco, la conocimos mucho. Tuvimos suerte de verla entera y muy “charra” como decimos en Colombia, todavía con energía para reír con los bisnietos.

Le recordaremos siempre con cariño.

Hasta siempre, Yaya.

Laura, Noah y Samuel

Camila Navarro

México te recuerda, Chaneca Maldonado, por tus gigantes logros. Por los grandes personajes que te rodeaban, por tus frases geniales y tu generosidad insondable. Y así es. Fuiste la más inteligente, la más chistosa, la más valiente. Para nosotros eres... ¡Qué puñalada decir que fuiste...!

Bitá, Yaya, la abuela que en Jiutepec se echaba rodando, dejándose caer al apantle que corría por esa casa que dejamos atrás hace ya muchos cambios, decenios, pero ahí fue donde tú enterraste mi ombligo y los de mis dos hermanos para que parte de nosotros estuviera siempre corriendo en esas aguas. Arraigados. Tú eres nuestra raíz. De ti viene tanto de lo que somos. Quizás todo, pues fue en tu vientre que nos formamos, huevitos en los ovarios de mamá. Tú nos enamoraste de lo mexicano, de las leyendas y los volcanes de las delicias de nuestro país, de las pirámides de Teotihuacán, de la música. Nos otorgaste identidad y un sentido de dónde venimos... de adónde podríamos llegar...

¡Qué ganas de volverte a escuchar cantando *Guadalajara!* O la de *La calandria*. Te recuerdo adorando a los pájaros de tu jardín, y dándoles o encontrándoles, como fuera, hogar a perros y gatos callejeros. No había alma que entrara tu órbita que no presenciara tu apoyo. ¿A cuánta gente no ayudaste? Te recuerdo chistosa como la chingada, como ninguna. Esa mente veloz e infinita con una sabiduría que cortaba directo al corazón y destrozaba muros, expandiéndose el universo mismo con posibilidades. Llevabas adentro de ti una biblioteca deslumbrante, llena de Shakespeare y poesías de Borges, de Gabo, de Beauvoir... Pinturas y esculturas en cada recoveco de tu ser.

Recuerdo haber visto de niña vislumbres de la persona que eras en el mundo: llamadas, comentarios... de cuando te fuiste a Cuba al cumpleaños de Fidel. Pistas que ahora sigo para conocerte más que nunca. Y es apenas ahora, con tanto bello homenaje que trajo tu partida, empiezo a entender el tamaño de tu impacto. Te prometo que vamos a vivir honrando todo lo que nos enseñaste. Intentaremos ser tan buenos lectores y tan buenas personas como tú. Igual de valientes, de soñadores, de antojadizos.

Tenemos la única suerte de ser tus nietos. La suerte de haber conocido tus cosquillitas y tus camiones. De haber escuchado las historias de cuando eras niña con tus hermanas, jugando a ser Marco Polo explorando el Yangtsé. Y así viviste siempre, curiosa y aventurera. Sin que te importara lo que pensarán los

demás, volaste de París a México con dos patos del *Miramar* en la bolsa para mi mamá y mi tía. Te abrigabas con bufandas, suéter y parka en el invierno gélido de tu casa con tal de que no sufriera el cafeto del comedor con calefacción. Nadie como tú, mujer de ideales y compromiso. Mujer de ideas.

Eres nuestra para siempre y, ¡ay, dioses, cuánto te gozamos! ¡Qué tal las espadas que les mandabas hacer a mis hermanos? ¿Y cuando llegaste a San Sebastián después de atravesar España por taxi?...

Fuiste a Burguete a sorprendernos pero nos habíamos ido de fin de semana, así que te lanzaste detrás de nosotros. Nada te daba miedo. Entre más me acuerdo y más aprendo de ti menos entiendo cómo sanar este terrible dolor de no poder llamarte, escucharte, hacerte reír, ir a verte una vez más. He estado tratando como loca de acordarme de cada palabra y cada gesto, pero nada es suficiente, y justo cuando el desgarró es casi total, pienso en todo lo que caminaste, cuanto mundo viste, y que, al final, te cantamos y te cubrimos de amor infinito. Que nos regalaste una última sonrisa de esas chuecas y te fuiste con tus hermanas a jugar de nuevo. Sé que del otro lado hubo fiesta y pulpo en su tinta.

Sentimos la lluvia que llegó de la nada a cubrirnos cuando saliste volando y te vi mandándome un beso, tu perfil clavado en una nube. Estás en todo lo más bueno. En cada bocado sabroso que probamos. En el canto de tu bisnieto Theo (nació mariachi para darte gusto) en las cejas de Noah. Isabella ya viene y seguro que saldrá idéntica a ti. Estás en la sabiduría hasta los huesos que te heredó mi madre, y en las obras de arte y la bondad (*What is good? What is bad? Who knows?*) budista de Aline. Fuiste casi la vida entera de Hila y de Tina. Somos todos tú.

Gracias por todo lo que nos diste y lo que nos sigues dando.

Que sigan cayendo los relámpagos de recuerdos.

Te quiero más que todas las estrellas en el cielo, y todo el espacio entre ellas.

Tu Cami

Emilio Navarro

Austrebertha Maldonado... Mi abuela... Yaya... Mi Yaya.

Guardo tantas memorias preciosas de tu presencia en mi vida. Memorias de amor y curiosidad y carcajadas... Tus besitos y las sesiones de cosquillitas

Chaneca en todas partes

que nos regalabas cada vez que nos encontrábamos en una u otra ciudad del planeta. Recuerdo nuestras caminatas doradas en Del Río, Texas, donde me trepaste a un gran *trailer* cargado de enormes troncos de árbol y me presentaste un camellito que iba con su dueño cruzando los Estados Unidos (tenía yo tres años). Recuerdo nuestros paseos por las calles arboladas de Pasadena durante los cuales me platicabas el mundo y me cantabas canciones antiguas.

Canciones... muchas canciones siempre. Te recuerdo cantando en voz alta por las plazas de España o en el tren de regreso de Biarritz a Pamplona, ligera y feliz... cantando musicales y boleros, tangos y rancheras. Recuerdo cómo en Toronto, en pleno invierno, nos sacaste al jardín y nos hiciste bolas de nieve fresca con miel de tamarindo y cuando nos sorprendiste en el aeropuerto de Los Ángeles con una extravagante peluca afro que nos dobló a todos de risa.

Así fuiste, esplendorosa y genial... *única*.

Es una suerte y un honor saber que tu sangre es mi sangre, que tus huesos y los míos son los mismos huesos, que yo soy mi mejor cuando soy lo que tú nos enseñaste. Eres la heroína de mi infancia y gracias a ti habitamos todos esta nuestra familia de gitanos, locos, creativos musicales y antojadizos. Mi hija ahora escuchará las leyendas de mi Yaya mágica y valiente, poderosa, amorosa e imparable. Tu espíritu y el mío están atados para siempre.

Chaneca Maldonado, Yaya mía, nadie te detuvo jamás de ser quien eras. Llenaste a tanta gente de amor y ayudaste a más. Fuiste y serás siempre una mujer magnífica de quien contaremos a nuestros hijos legendarias y divertidas historias.

La mejor abuela del mundo.

Quiero pensar que ahora eres una estrella brillante en el cielo nocturno y que nos esperas a la sombra del gran árbol de la eternidad.

Desde ahí inspíranos y recuérdanos siempre que seamos como tú fuiste: curiosos, aventureros, generosos y espontáneos.

Dale a mi hija que está por nacer, Isabella Leona, tu claridad y tu fuerza.

Eres mi cielo, mi sol, mi luna. Eres la brisa que sopla cada mañana, el aire que llena mis pulmones.

Te extraño pero te vivo a diario... en todo.

Gracias, *Yaya mía*.

Como diría tu bisnieto Teo, te quiero infinito.

Tu nieto, *Emilio*

Álvaro Navarro

Austrebertha Maldonado

Berta Maldonado

Berta

Bertita

Doña Berta

Chaneca

Chane

Ma

Bitá

Yaya

Mi Yaya

Con tan sólo ver los nombres y apodos que la gente y su vida le fueron dando, se sabe que tocó el alma y la vida de incontables personas y cinco generaciones de familia.

Antes de cumplir un año le puse Yaya y así la nombré y la conocí desde entonces: mi Yaya (mi abuela), uno de los grandes amores de mi vida. Siempre la vi como si estuviera iluminada por un cinematógrafo (mexicano obviamente), constantemente a contraluz, como una actriz famosa de los años cuarenta...

Era bella y muy elegante. Me enseñó tanto: cómo ser amable y tratar a la gente siempre con respeto y dignidad. Me enseñó que hay magia en este mundo y a verla: el milagro de las flores abriéndose al amanecer o el prodigio astrológico del sol ascendiendo a lo alto del cielo y de la luna iluminando la noche. Me enseñó el México que amo y que me da tanto orgullo: raíz, identidad y brújula.

Mi Yaya nos dio muchos regalos. Aventuras y risas, viejas historias y mitos de familia, canciones y cantos reales o inventados; a Emilio y a mí nos seguía la pista y adivinaba nuestros apetitos y los antojos de todo desde sus famosas tortas de mole hasta copias exactas de las más exóticas espadas de cuentos famosos, como *Los tres mosqueteros* o *La isla del tesoro*. Siempre nos amó y pronunciaba cuánto nos quería, a veces en español y otras hablando dizque en chino o árabe. En uno de mis cumpleaños le pedí de regalo todo un día de cosquillas en los pies y todo el día se pasó cosquilleando; era la más experta, la mejor “cosquilleadora” del mundo. ¡Qué recuerdos divinos! Una vez llegó

Chaneca en todas partes

de México a Los Ángeles disfrazada con peluca enorme y navegando en silla de ruedas para sorprendernos. ¡Y lo logró!

Estas memorias y muchas, muchas, más las voy a cargar toda mi vida. Y cuando encuentre obstáculos, cansancios, frustración u oscuridad podré encenderlas para que me den luz, para que me calienten los huesos en las noches frías, para que me den fuerza y propósito.

Al final de su camino, me dio el regalo más grande y más valioso que he recibido en mi vida: la decisión de vivir sin miedo, sin angustia, sin enojo.

Mi Yaya vivió una vida plena, llena de amor de aventura, de amistades, de victorias y pérdidas. Vivió una vida feliz leyendo y aprendiendo todo, contemplando los colibrís y las calandrias comiendo en su jardín y la sábila siempre florecida.

Doy las gracias al universo por hacer o dejar (no sé cómo funcionan esas cosas) que nuestras estrellas se cruzaran en el mismo camino de la vida.

¡Gracias, mi Yaya!

Últimamente te veo y te siento en todo, en el viento, la lluvia, el sol. Te veo como mi mamá, tu hija, en un árbol, en las montañas, en el mar, en una flor, en el atardecer cuando atardece., en un bocado de chocolate amargo o un croissant, en un cuento deslumbrante de Gabo o Saramago, en mi cama cómoda y caliente. Te voy a encontrar otra vez, mi reina... bajo la sombra lila de una jacaranda.

Dales muchos abrazos a Tita, y a tu papá, a quien no tuve el honor de conocer; a Alicia, a Marta y a Cho Cho. Conociéndolas, me imagino que allá por donde estén, habrá fiesta y comilona y, como siempre, entretendrás a todos con tus fabulosas historias.

Te amo, Yaya mía.

Gracias por darme esta luz que cargo conmigo para siempre para poder alumbrarme y alumbrar.

Estás presente siempre.

Nimitztlazohitla, Yaya,

Álvaro

Palabras para Chaneca

Aline Mackissack

A mi hermana y a mí nos sigue impresionando mucho que nos hayas hecho aprender de memoria el poema de la *Suave Patria* porque cada vez que nos preguntan por ti, ambas lo contamos orgullosas. Nuestra vida era así cada mañana camino al colegio, “permite que te envuelva en la más honda música de selva con que me cobijaste toda entera...” Luego en la tarde, después de la comida, íbamos en tu Fiat a ver, a las 6 en punto, cientos de miles de murciélagos escurrirse como chorro de mercurio dentro del tiro de una chimenea que ahora está cubierta de cobre, y permanecíamos hipnotizadas ahí hasta ver entrar el último, cuando ya la noche había cubierto el espectáculo. Entonces arrancabas el coche para comprar sopa de sobre de fideos y pollos de a 2 por 27 en la calle de Gutenberg.



Recuerdo en Cozumel una aguamala transparente muerta en la arena a la orilla de las olas. Pero, ¡miren, un pecesito plateado luchando por su vida dentro del estómago de su captora! Con un cuchillo afiladísimo propiedad del señor Valerio le abriste como cirujana un ojal en la panza al cadáver gelatinoso liberando al diminuto pez que como aguja desapareció en la inmensidad del océano. Así nos enseñaste a proteger, defender y salvar cualquier forma de vida.

Estamos en junio, la mera temporada de los troeno es una flor. su aroma inunda las calles y mi espíritu se eleva como queriendo alcanzarte.

Seguiremos unidas por medio de nuestros recuerdos.

No olvides nuestra cita diaria al amanecer debajo de los almendros para escuchar el canto de los cenizales.

Gracias por siempre.

Aline

Palabras para Chaneca

Alberto Davidoff Misrachi

Me acuerdo de mí como a los cinco o seis años poniendo una tiendita en la calle que ofrecía algunos de los productos de la despensa de mi madre. Mis hermanas y primos también participaban de esa empresa clandestina. Estábamos juntando fondos para comprar el rancho del que nos había platicado Chaneca.

En lo que llegaban los clientes, dibujamos el plano de lo se quedó en mí como una cuadrícula que producía una extraña felicidad. Después vino el desencantamiento y el dolor, pues entendimos que nada de aquello era viable. Pero resulta que al menos había sido verdad esa voluntad irrefrenable de construir la utopía de un mundo sin jerarquías. Tampoco las habría entre las especies ya que los animales estarían en ese rancho únicamente para ser felices.

Pero conmigo Chane no entraba demasiado en detalles. Me daba pautas y lo hacía sobre todo con su canto. Así llegaba a casa con algo como un canto que se ajustaba para cada uno de nosotros. No establecía fronteras entre personas ni entre especies; tampoco respetaba líneas claramente trazadas como la de la cocina o de asperezas entre mamá y papá que, en ocasiones, resultaban sombrías y difíciles.

La suya era una voluntad irrefrenable de alegría y de justicia que se encontraba por igual con un panqué al que volvía el rey del mundo del Canal 2, o con un perro al que, arriesgando un cataclismo de choques, salvaba de su terror en el Periférico. Reconozco ese canto de Chane en las mejores partes de mí. Me hubiera gustado escucharlo más a fondo, más seriamente, con una gran sonrisa.



La familia García Márquez

Rodrigo García Barcha

Querida Chane,

Ni sé por dónde empezar a hablar de ti, ya que ni recuerdo el día que nos conocimos. Yo tenía menos de dos años y mis padres estaban recién llegados a México a pasar una época que hasta ahora dura seis décadas. A mi padre le decían Gabo y a mi madre, la Gaba, y tú tuviste a bien bautizarnos a mí y a mi hermano Gonzalo, los Gabitos.



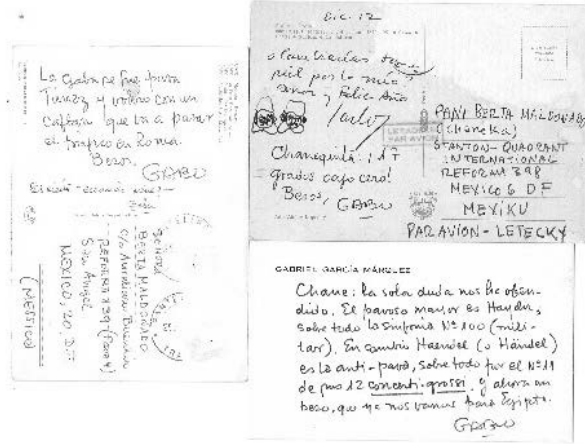
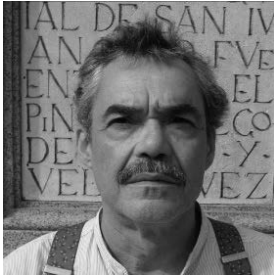
A todo lo largo de mi infancia, adolescencia y vida adulta has sido una tía querida, divertida, inteligente, constante, excéntrica y centrada, y, sobre todo, infatigable. Has ejercido tú muy buena influencia sobre mí en México, Barcelona, Los Ángeles y Cartagena, en persona o por todas las vías de comunicación posibles. Una de las cosas que más recuerdo con cariño, admiración y envidia es tu eterno entusiasmo.

Cuando mi madre me informó de tu partida, dijo con tristeza: “La Chane. Toda una enorme época”. Yo, por mi parte, sólo puedo decir: “La Chane. Toda la vida”. Te vas pero me dejas, y qué suertudo, a Irene y Aline, y a tus nietos, a los que desde chiquitos respeto y trato como seres pensantes y de buen criterio, como lo hiciste siempre tú con nosotros.

Besotes y hasta siempre

Rodrigo

Chaneca en todas partes



Barcelona enero 26

Querida Chaneca,

Hace mucho estaba por escribirte ~~me~~ pero una cosa y otra y se ha pasado tanto tiempo.

Tu como estas, Esperamos que este año vengas a hacer tus compras porque hay cosas lindas para ti y para las gordas. Eso si no venga ahora porque le toco lo del año pasado con aquello de las rebajas.

Coco va al Turquis. Todavia existe o va lo malo. Ya nosotros tenemos una otra vez pues el piso de Republica Argentina lo dejamos antes de verano y regresamos al hotel donde vivia Antonio Kapela mientras encontramos uno. Por fin estamos instalados aqui y estamos muy bien.

El Gabo está ahora metido de cabeza en El Cofre del Patriarca, y hacen falta tu y los Mutis para que le hagan la cantidad de disparates que dice todos el dia. Creo que este libro sera la obra mayor.

Como lo va ahora en la oficina. Que hacen las Gordas, ¿cuente va en un barco rumbo a Mexico segun noticias callejeras porque no nos ha dicho nada. Aqui estuvo cuando el poeta Paz llego de la India. A propo

sito me gusto mucho el poeta lo mismo que Mary J.

Le advierto que estoy prohibida de alcohol y de amulas porque andaba mal de la barriga de tanto alcohol el año pasado. Ahora hay unas sámulas divinas y ojala te venga antes del verano.

Escribe una carta contame chistes aunque ya se besos algunos. Escenas muchas ganas de que venga para contarte milos de cosas personalmente. Si puedes vente con los Mutis.

A proposito de casa digame como estan mis bodas y si ya se debe una cantidad de dinero espantosa. No se te olvide esto no sea que se tiran las cosas a la calle.

Los niños estan bien y siempre preguntan cuando vienes para ir de compras y a tomarse fotos. Besos a las gordas y al turquis si anda por ahí dígame que lo tome con calma porque no le va a dejar hueleto sobre hueleto. Abrazos para la China. Si quiere venir que venga. Que vengan todos. Sebito le manda un beso y Yo muchos para todas.

Gabo

Carmen y Álvaro Mutis



*Nico recién nacido
Octubre 1989 →
Allí se inició un romance.*





Amigos

María Teresa Priego
Elena Poniatowska
Jesusa Rodríguez
Marta y Diego Lamas
Mali Haddad
Graciela Oliver
Maricarmen de Lara
Carmen Gaitán
Carmen Boullosa
Ana Luisa Liguori
Tere del Bosque
Martha Garrido Ojeda
Socorro Díaz
Ana Piñó Sandoval
María Esther Echeverría Zuno
Guadalupe Rivera
Diego López Rivera
Paula Mónaco Felipe
Fidel Castro
Juan Soriano
Lucía García Noriega
Doctor Eduardo Corzo Buenrostro
Eugenia León
Doctor Salomón García Jiménez
José del Bosque

Chanequita de mi corazón

María Teresa Priego

Algo se ha roto en alguna parte. En algún sitio hay una terrible descompostura...
Algo se ha roto, algo se ha roto. Algo anda mal en el ruido de la lluvia...
Esta lluvia, esta lluvia quien sabe por qué. Tanta agua repitiendo lo mismo...

JOSÉ CARLOS BECERRA

Mi Chane, me llamó Paulita. Sólo murmuró tu nombre. Hay una palabra para referirnos a lo que acaba de pasarte. A lo que nos pasa. Ninguna de las dos la pronuncia. No está en mí escribirla, no puede tener nada que ver contigo, esa palabra. Una tormenta de líquido amniótico se desata sobre nuestras cabezas mientras hablamos. Es líquido y es amniótico. “Hay que aceptar la realidad”, dicen. No completita, no toda. No de golpe. Podríamos verte si la ciudad no estuviera sitiada por los bárbaros. Arrojaron con catapultas volutas invisibles que contaminan el aire. Nos convirtieron en islas. Los bárbaros. Es peligroso atravesar el umbral. Abrazarte. Refugiarnos —juntitas— en casa de Marta. No hay intimidad. No hay amparo. Una mujer extraviada en una borrasca semejante susurra en una película de Fassbinder: *Protección y paraguas*. El súbito sin sentido de tus objetos. La orfandad de tus vestidos, de tus chales, de tus zapatitos rojos. El sospechoso sigilo de tus pasos. No hay protección, no hay paraguas.

Imposible tarea aceptar que tu cuerpo es finito. Que el silencio es el futuro de tu voz. ¿Te das cuenta de las dimensiones del despropósito, Chane? ¿Dónde te alojarías toda tú si te traicionara ese cuerpo que habitas? ¿A ver? El mundo conocido se caería en pedazos, sin tu sabiduría para ayudarnos a recogerlo. Es más, no existe un solo argumento racional para explicar que no vas a celebrar el nacimiento de tu bisnieta Isabella. Que no verás crecer a Teo y a Noah. Que tu mano no abrirá nunca más la puerta de tu armario. Cuando la vida es un disparate, me acurruco en la selva. En las selvas hay espacios de

luminosidad y de sombras. Hay espacios tan tupidos, que ni la luz del sol se atreve a infiltrarse. Allí anida el misterio de los silencios para siempre. También bulle la vida con una intensidad que sorprende. Ésa es la hipnótica contradicción. Invoco a las diosas vegetales y te escribo. La vida bulle en ti. Tu vida bulle en mí.

Si me visitaras desaprobardas mi falta de consideración con las plantas. Hay algunas que ya no pueden crecer, sus contenedores son muy reducidos. Un ser sintiente no puede expresarse en un espacio chiquito. Eso me dirías. Me agito. Trasplanto. Bajo con unas tijeras al jardín por más plantas. Subo a la azotea por más plantas. Reúno botellas de cristal. Me concentro en las raíces. Entre la tierra y la hidroponía voy recreando una selva chiquita que proteja tu viaje y me proteja de tu viaje. Podría parecer que hablo sola, pero no. Estoy conversando contigo. Hay días en los que la negación se agrieta y a través de sus fisuras puedo entrever tu ausencia. Me apresuro y las cubro con meticulosidad. Tus cabellos cortitos y plateados. Tu mirada mataora. Tus sacos chinos de lino azul. Las pequeñas manchitas en tus manos que a ti no te encantan y a mí me parece que te embellecen. Son pequitas históricas. Huellas. Memoria.

Me parece que escuché hablar de ti en pasado. Con exactitud, me habitas. ¿Te despiden? Es probable que no haya leído bien. ¿En qué cajita habrás guardado las cartas del poeta Becerra, Chane? Las vamos a leer juntas. Me lo prometiste. Con él comenzaron tus aproximaciones a los trópicos. Con él comenzaron mis aproximaciones a la poesía. Lo miraba atravesar la calle. Lo despediste en una banqueta en Londres. No tuvo el tiempo de llegar a Grecia. Qué absurdo. El tiempo. Te avisaron por teléfono: “Brindisi”. Yo escuché esa misma palabra. La pronunció su hermana Deifilia en el Parque Juárez. Busqué en un mapa. “La última luz que vieron sus ojos fue el brillo del Adriático al amanecer”, leí en la nota biográfica de *El otoño recorre las islas*. Esa conversación fue nuestro primer abrazo. Me conmueve que cuando recuerdas un girón de tu vida con él, lo anotes en tu libretita para contármelo.

Leo *Mujer en papel* de Rita Macedo y Cecilia Fuentes y encuentro una foto de grupo en donde estás. Con los cabellos oscuros *à la garçonne*. Tu rostro de óvalo perfecto y en las mejillas, esos mechones coquetos que se llamaban “bésame aquí”. Rita está en la foto. Preciosa. Tú miras la cámara de ladito, entre Juan Ibáñez y García Márquez. Qué chulada de señor John Gavin. Le mando la foto a mis hijos para que conozcan el color original de tus cabellos. ¿Qué es el tiempo, Chane? Un aliado que se convierte en nuestro verdugo. Leo y tengo el impulso de llamarte, “Ay, Chane, ¿no morías de la tentación de cuchiplancharte a John

Gavin?” Por el momento me quedo sin saberlo, las tormentas arruinaron las líneas de teléfono. Más los bárbaros. Estamos solos. Estamos fritos.

Mascarillas. Guantes. Miedo. El exterior se convirtió en una amenaza, en la realidad. Antes de que me lo digas, te lo digo: “para una agorafóbica, estoy servida”. ¿Acaso no es una delicia ominosa? Te ríes de mí para que yo también me ría de mí. No es ni prudente, ni estético tomarse demasiado en serio. Estás a salvo en tu casa en San Jerónimo, rodeada de esa cantidad de objetos que coleccionas. Tu foto con Fidel Castro a la izquierda, en la entrada. Tus idólos prehispanicos colocados entre la arena bajo la mesa de cristal. Tus pinturas. Tus fotos. Tu marioneta, la señorita decimonónica de Praga con su sombrero, recostada en un almohadón.

Me cuentas que tu bisnieto “el colombiano” agita los piecitos en su silla, como si bailara. Tus animalitos pegan la nariz en el ventanal que da al jardín. Mezclo los tiempos. Imagino la época en que aún vive, el Charrito. No sé en dónde te lo encontraste. Está todo cucho, el pobrecito. Pero lo convenciste de que no. Lo quieres tanto, que ese perrito cachureco se pasea por el jardín como si fuera un portento. Se siente un jaguar, el Charrito. Así me pasa contigo. Cuando me siento saraguata, una de esas monitas tembleques del sureste que se defienden rugiendo, dos o tres frases tuyas, y me conviertes en una tigre rugiendo como tigre. Bueno, por lo menos por unos días. Tienes ese don. Si te fueras, me quedaría ya saraguata sin remedio, Chanecita de mi corazón.

El planeta Chanemécum

Si bien la flora y la fauna se benefician con ese don tuyo, tu especialidad son las personas. Miras con lupa lo que traemos adentro. A veces es inquietante. Como escribiste alguna vez: “A mí nadie me la pega”. “Ay, diosas”, nada más pensé al leerte, “que se la siga yo pegando”. Percibes lo bueno, lo regular, lo roto, lo disparejo, el “potencial”, como dicen los libros de autoayuda, e intentas ayudarnos a reconocer y elegir lo que es bueno. El meollo de la lección pasa por este punto: lo bueno es un privilegio al que nadie tendría que renunciar, so pretexto de que le fundieron las neuronas en la infancia. O las tripitas. Eso ya quedó muy lejos. A veces, siento que eres como la vocecita de mi superperegito que murmura: “¡Ya bájate de tu hamaca y ponte a escribir!” Se queda

una temblando como hojita al viento. Pero lo he visto con todas tus amigas, tu exigencia es una forma de tu amor. Y de tu confianza.

Al mismo tiempo, estás ante las alcantarillas interiores de una comprensión inaudita: “Ay, Chanequita, andaba patibulario y yo respondí como una engendra del mal”. “*Human condition*”, dices. Es una de tus frases preferidas. Ni para qué quedarse a chapotear en los pantanos, si ya sabemos que los pantanos existen. ¿Cuál sería el interés o la sorpresa? Por eso la maledicencia no se te da. Una frase fulminante y “a otra cosa, mariposa”. Así, podemos reírnos a carcajadas con la narración de un ex tuyo que llegaba y pegaba su chicle debajo de la mesa del comedor de una señora a la que visitó algunas veces. Sentarnos en una terraza de café a mordisquear cuernitos con mantequilla, porque me pusieron unos cuernos como de alce y andamos bien metafóricas. “Sobre el cuerno, la mermelada, un día se lo vas a agradecer.” Faltarles un poco el respeto a nuestras heridas, entender con tu ejemplo que una cosa es *grieving* y otra muy distinta, tirarse —indigna y “desmecatada”— a la desgracia.

Ya no sé quién comenzó a llamarte la Chanemécum porque conoces brebajes para aliviar todos los males del cuerpo. Pero tu versión Chanemécum es mucho más sofisticada. “Salud integral”, dirían los que venden paquetes de *check up* en los hospitales. No sólo sabes de pociones para aliviar la lumbalgia, las molestias de la lengua geográfica o el dolor de garganta, tu especialidad es “las almas”, por llamarle de alguna manera a los laberintos que nos habitan, con nuestra venia y a pesar nuestro. Casi podría escribir las poderosas leyes del Chanemécum justiciero y libertario. Te escucho sugerirlas, pero, sobre todo, te veo vivirlas. Una va más o menos así: cuando dejes de convertir tus cerritos en escaladas al Kilimanjaro, estarás en camino de lograrlo. La desproporción es pariente cercana de la catatonia y de la calamidad.

¿Lograr qué? Esos deseos que una trae como piedritas en el zapato. Lema fundacional del planeta Chanemécum: una no vive para traicionarse. Y si te traicionas (¿a quién no se le ha caído la cara mil veces en el camino?), aparece la receta salvadora: “Mira, te limpias bien la cara (que se te cayó) con esta loción astringente, te la hidratas con esta máscara de arcilla de la Amazonia (o de la Tierra de Fuego o del fondo del Mar Muerto). Recién descubrí estos productos, una maravilla. Te traje unos frasquitos”. Una vez terminada la sesión hidratante y purificadora: recomienzas. El Chanemécum continúa más o menos así: “Lo que ya fue, ya fue”. No hay pérdida sin ganancia si una

aprende de lo perdido. Si te quedas a lamerte las heridas, la humedad no las deja cicatrizar y en una de éstas hasta se infectan. Es peligrosísimo.

La soberbia te pasma y te aburre. Como en tu famoso anuncio de *Vermox* que mis hijos cantaban a coro balanceándose: “A mí me pica, a mí me pica”. Si a una de pronto “le pica la colita” y comienza a engolar la voz, si a una le da por andar con la cita célebre en la boca haciéndose la interesante, “en una de éstas, tiene lombrices”. ¿Qué si no el ataque de un ejército de lombrices podría justificar la sabiondez con todo lo que tiene de indecoroso? Aprendemos de tu ejemplo que las lecciones más complejas y punzocortantes de la vida no deben distraernos de investigaciones igual de esenciales: cómo erradicar a las hormigas de la cocina, sin afectar sus comunidades laboriosas e indispensables. Vives con un puecillo en la sofisticación intelectual (esa palabra no te gusta, me pedirías que la borrara por *wannabe*), el otro en la grasa “perfecta” para que los niños traigan los zapatos bien boleados, el tinte vegetal para alargarle la vida a sus camisas.

“Tienen la suerte de tener zapatos y no caminan horas entre el polvo para llegar a la escuela. Así que, el zapato bien boleado.” Eres la única persona que conozco tan dotada para su oficio y tan impecable ama de casa. Levantas los hombros y dices “La vida”. En tu estudio hay una pieza que reproduce al purgatorio. Las llamas y los diablos acosan a las almas en pena. Todo un tema los demonios interiores. “Es que creen que tienen el poder”. Los demonios tienen que entender quién manda. Quién es la ama. Son técnicas. Como las que usan los entrenadores de los perros, “pero no hay que utilizarlas con los perros; son muy autoritarias, sólo con los demonios”. Muchas cosas las aprendiste a la manera ruda. Tantas. Las guardaste en un cofrecito para no hablarlas más. Eso que duele siempre. Tus amaneceres en Acapulco son un misterio. Aquellos tiempos con el padre de tus hijas: “Pero mira nada más, a Irene y a Aline”. Ese amor te ofreció los regalos más bellos de tu vida. Cuando ya no hubo vuelta de hoja, tomaste a las niñas de la mano y te pasaste a retirar. Como esa frase que nos dices a veces los viernes como despedida: “Me voy, porque ya acabé de estar aquí”.

Desde niña te cuesta trabajo llorar. Cuando el lloradero irrumpía en tus sesiones con el psicoanalista, te ponías de pie y te inclinabas —ceremoniosa— en la planta que tenía en su consultorio. Para regarla. “No hay que desperdiciar las lágrimas”. Moraleja: el dolor es reciclable. Si tu ausencia fuera verdadera y las personas que te hemos amado durante tu vida nos subiéramos

en helicópteros y sobrevoláramos las zonas más áridas para no “desperdiciar” nuestras lágrimas, seríamos tantos que llenaríamos de oasis los desiertos. Nos daríamos cuenta, allí todos juntos, del tan vasto abanico de tus amores, que igual incluyen a una entrañable amiguita de Guadalajara, quizá ñoña, pero buenísima persona, al jardinero de una conocida tuya a quien ya le compraste sus calcetines para que se los ponga en el invierno, porque se va a resfriar con la pura alpargata, y a un premio Nobel.

Los capítulos del Chanemécum abundan en enseñanzas acerca del buen gusto y la modestia. Eres sabia, por eso tienes horror de la sabiondez. Has sido trotamundos porque eres “entrometida y curiosa”. Bebes bibliotecas por una mera cuestión práctica: tienes sed. Tu inteligencia va a más kilómetros por hora que el tren bala, y es delicada como una aguja. No capotera, sino una de esas agujitas finísimas. Por razones estéticas, exhibir tus talentos te parecería no sólo inadecuado, sino *kitsch*. ¡Un desfiguro! Tanto como salir con una bolsa de mano del idéntico color de los zapatos y rematar con una hilera de perlas cucas. Eres muy consciente y cuidadosa en estos puntos. Una parte de tu honor se juega en no ser cursi. En no ser *comme il faut*. En no andar por la vida de aspiracional. Es un hecho que el Chanemécum abunda en sus *comme il faut*, muy particularmente elegidos y escritos con tu puño y letra. Ésa es la diferencia.

Tu modestia es entrañable, pero el día en que te “caché”, llamé a tu casa a primera hora para anunciártelo: “Ya sé por qué podrías hacer un viaje a la luna y contarlo como quien se fue de día de campo a las trajineras; eres la más altiva y la más presumida”. ¿Cuál sería la necesidad de andar haciendo irigote ante una cierta evidencia? Amo tu risa, Chane. Es del peor gusto hacer alharaca y mal mezclar las telas. Es del peor gusto comerse un mango en la mesa sorbiendo y chupándose los dedos, como sería de sonrojo pedir un cuchillo y una cucharita para comerlo, cuando alguien acaba de agitar las ramas para tirarlo del árbol. El diablo está en el detalle. Ya me resigné a que me insistas para que me corte los cabellos y me peine: “Mírala, ella es la madre de los vientos”. Sí me peino, Chane, te lo juro. Sólo que mi infancia me dejó un trauma perrucho con el gel *Dipity Do*. Esa jalea con la que las mamás de la época nos domaban los cabellos. Nos domaban. Punto. “Péinate, deja de fumar y escribe.” A veces, sentir que no estás contenta conmigo me da ganas de llorar. Nunca me desquieras, Chane, me ahogaría en una alberca pegajosa de *Dipity Do*.

Tú, tan crítica de la cuquez conservadora y panfletaria, eres cuquisima. ¿Qué podría haber de más cuco que sobrevolar los mandatos para plantar tus

piecitos en la tierra en toda tu elegida singularidad? ¿Qué podría haber de más súpercuquisimo que ser capaz de elegirse en la mejor versión de una misma? “Es lo que es”, dices tú. “Y ni un milímetro menos, eso sí.” A veces, te veo caminar más despacio. Estás cansada, mi Chanequita. Te murmuro a la oreja: “La más altiva y la más presumida”; ya sé que te divierte. Adoro que eches la espalda hacia atrás, levantes la cabeza, la gires hacia arriba apuntando el cielo con la nariz, y continúes tu camino. Con tu paso que retoma el ligero bamboleo de otros tiempos. Hace no tanto tiempo.

Los orígenes. “las misrachitas” y el *I love you*

Naciste en El Paso (el dato te parecía de lo más desangelado), de los amores de Austreberta Gallegos Holguín y José Maldonado Gutiérrez. Ya sólo tu credencial de electora recuerda que alguna vez, tú también te llamaste Austreberta. Eres la hermana mayor de Marta, de Alicia y de Georgina. Tu hija Aline me cuenta que don José tenía su tienda en Ciudad Juárez, atravesaba la frontera todos los días para ir a trabajar, y durante la “prohibición” vendía alcohol. Se mudaron a Guadalajara y fuiste a una escuela bilingüe. Tu mamá estaba convencida de que una mujer que sabe inglés, tiene más oportunidades de tener un buen fin: “Si mis hijas no se casan, por lo menos podrán atender el mostrador en un *Sanborns*”. Se lo agradecías muchísimo. Eres la única persona en todo el país, por cierto, que puede pronunciar *Sanborns* sin hacer muecas.

El inglés es una lengua que te fue útil para trabajar y en la que amas conversar y leer novelas. Marta coloca una montañita de novelas ante ti. Estás feliz. Las montañitas van y vienen de su casa a tu casa. Una vez te enamoraste —bien tupido— en inglés. Es una de tus historias que adoro. Me apena que ese prometido pasara a peor vida. Se llamaba Bob. Amaba el teatro. Los musicales. Con Manolo Fábregas produjo *Mi bella dama* y tú y Luis de Llano tradujeron las letras de las canciones del inglés. Lo orgullosa que habrá estado tu mamá de ti, tanto más divertido que el mostrador de *Sanborns*. En una entrevista con David Alejandro Boyás, José Luís Ibáñez cita a Bob: “No se aprende en la escuela”, dijo, hay algo intuitivo en la gente de teatro, no tiene nada que ver con el conocimiento, es intuición”. Sin duda la intuición los unía. Y lo bello.

También Ibáñez lo llama “el fundador de la industria del doblaje en México”. Bob murió a los sesenta años en 1981. Ese año se estrenó el último

musical que produjo: *Evita*. Antes del firmadero y el juez te escurriste por una ventana y, ¡a correr gacela! “Ay, no, Chane, ¡ésa no te la perdono!” Las explicaciones del final desafortunado variaban, a ti misma te parecía uno de tus actos más misteriosos. Fueron muy felices juntos. Lo narrabas con esa sensualidad, con esa ternura. La mesa de los viernes sabía a daiquirís y olía a aceite de coco. Todas tus escuchas nos encariñamos con él. También en inglés tienes tus frases querencias que te rogamos que repitas: “Escenifica la del amante transido, Chane”. La personaja arrobada pregunta: “*Do you love me?*” y el personaje un tantito menos arrobado, responde: “*Oh! Yes, as much as I possibly can*”. Es dramaticómica y nos reímos. Nada que reprochar. En caso de duda, es bueno reconocer que el individuo en cuestión, hizo su más titánico esfuerzo. “*Human condition*.”

En la Ciudad de México te inscribieron en el Colegio Americano y cono-ciste a tus amigas para toda la vida: Ruti y Aline. Les decían “las Misrachitas”. Ruti y tú tuvieron una hija Aline cada una. Has tenido que despedir a tus amigas. A tus amigos. Y a la Aline de Ruti. Con el paso de los años la vida se convierte en un andén. Un despojadero de amores. Has ido despidiéndolos a todos. Fue el colmo que tuvieras que despedir a la Aline de Ruti. En el último cumpleaños tuyo en el que estuvo presente, te regaló un marquito con una foto de su mamá y tú. Pegaditas. Hermosas. ¿Recuerdas hace unos años cuando te exigieron un trámite por un enredo en tu acta de nacimiento? En el Registro Civil solicitaron la presencia de un testigo que hubiera nacido antes que tú, para dar fe de que Chaneca es Chaneca. Entonces me dijiste: “Ya no queda nadie mayor que yo, para hacer constar que yo soy yo”.

La frase que después te ha impuesto la vida con tus amigos de tu edad, es impronunciable. En una exposición en el MUAC miro hacia una pantalla y estás tú. Joven y en movimiento. Graciosa. Radiante. Al lado de Carlos Fuentes. Supongo que en alguna de esas fiestas que duraban dos días en la casa de Rita Macedo. El video se reinicia y vuelves a aparecer. Como un milagro. Llego a la casa y leo *Un alma pura*, el cuento que te dedicó Fuentes. ¡Qué incestazo! A esa hermanita del cuento sí que se le desbocó la *human condition*. Ahora, todo es cosa de saber esperar, como esa tarde ante la pantalla en el museo. Reapareces. A pesar de “toda esta lluvia repitiendo lo mismo”, a pesar de esta “terrible descompostura”.

Las de los viernes

Tu mudanza nos llega justo ahora, cuando somos islas. Cuando los viernes aparecen, sin comida de los viernes, como si cayeran en lunes. Cuando se Intensifica nuestra urgencia de archipiélago, parafraseando a otro poeta. Hay un archipiélago que se ordena alrededor tuyo en casa de Marta Lamas. Uno más de sus repetidos actos de generosidad: tu presencia en nuestras vidas. Marta te conoció, con el psicoanalista Santiago Ramírez de por medio, cuando tenía 23 años y tú 43. Después conociste a Dieguito que tenía apenas dos. Dices que era muy rubito y con la cabecita llena de chinos. Lo conociste en su fiesta de cumpleaños, para entonces ya Marta trabajaba contigo en la agencia de publicidad. Había decidido ser tu amiga, aunque tú le dijiste que no estabas tan segura de “tener espacio para una amiga más”. Hace ya casi cincuenta años.

A las 15:00 en puntito estás sentada en el sillón que es sólo tuyo, junto a la chimenea, con tu pie derecho apoyado en el borde de la mesa de la sala. Admiro tus zapatos como de *spider woman*. O tus zapatitos rojos. Ahora son tus preferidos. Eres muy puntual, la primera en llegar. Tu lugar (inamovible) está en la esquina de la mesa, al lado de la cabecera, de espaldas al jardín. Somos un mujerío y Diego Lamas, en el feudo de los gatos que rondan. Hay gatos vivos y paredes llenas de gatos pintados por Diego. Y una fotografía que Lucero tomó en Oaxaca. Alguien dijo que esa cocina es “la catedral de las sopas”. “¿Lentejas o caldo tlalpeño?” Sopas de cebada, fideos, calabaza, elote, cebolla, haba verde, garbanzos. Francis, Ofelia y Vicenta se lucen todos los viernes, pero para tu cumpleaños echan la casa por la ventana. ¡Qué mole! Desenmarañando a los huazontles una siente el llamado de las diosas. “¿Ya escuchaste, Chane? Ahora resulta que un zapote es un mamey.” “¡Habrased visto!” El lento e imparable proceso de achilangamiento. En esa cocina he visto hasta nopales. No exagero.

Mali prepara su receta mágica de pastel de cacahuete “con mucha mantequilla, mucho chocolate y casi sin harina”. Tu pastel preferido, Chane. Creo que el de todas. Un pasaporte al paraíso. Dice Patricia que su nutrióloga no se resigna: “Toda su disciplina de la semana la echa por la borda en viernes”. Tus velitas no son de número. Hace ya tiempo nos pediste que no andemos repitiendo tu edad para que no se enteren en *La Jornada*. “No vaya a ser que me corran si la saben, van a pensar que estoy viejita.” ¿Quién te iba a correr de tu oficina entre cristales y plantitas, Chane? Quien te conoce, te adora. En cantidad de ocasiones hemos llegado a un acuerdo formal y tú eres mujer de

palabra. Vas a vivir cien años. Diez meses más que tu mamá. “La vejez no es para los pusilánimes”, es otra de tus frases preferidas. La escribiste en tu texto *La vejez* que se publicó en 2010 en *Debate Feminista*. Tenías 82 años. Te faltaban dieciocho para llegar a cien. La cuenta es más que clara, nos quedan ocho.

Se van tejiendo como trenzas amores y favores

Respondes al teléfono: “¿La leíste? ¡Qué escritora! ¡Qué personajes! ¡Qué tramas! Ando apurada. A ver, espérame. Hila, Hilacha, Hilachita, ¿qué le falta a este bacalao a la Vizcaína? No está en su punto. ¡Algo le falta!” ¿Qué le falta al bacalao para estar en su punto? ¿Qué le falta a una persona para vivir mejor? ¿Qué les falta a tus hijas, Irene y Aline? ¿A tus nietos: Camila, Álvaro y Emilio? Los adoras. Vamos a casa de Aline que expone sus diseños de joyería. Estás tan contenta por su talento. Los viernes nos narras las aventuras de tus nietos. Tus viajes a Los Ángeles para estar con ellos. “Son ¡divinos! ¡Divinos!” Te dicen “Yaya”. Aline trabaja su pintura, la admiras concentrada en su estudio. Pasean mucho juntas. Alcanzas en Praga a Irene y su familia, su esposo es fotógrafo de una película.

Aline viaja con su novio a no sé qué país exótico. Tiene que ver con barcos. Tus nietos crecen. Emilio se enamora fulminado de una muchacha brasileña. Camila se casa. Regresas radiante de la boda. Por meses pensaste en el mejor regalo para ella. Algo que fuera muy simbólico. Algo tuyo. Elegiste una pintura. Nació Teo, el hijito de Cami. Álvaro te presenta a Noah, tu segundo bisnieto, “el colombiano”. Y ahora, Chane, para agosto nace Isabella, la hijita de Emi. Sólo tres meses más. Y nace Isabella.

Hila y Tina trabajan y viven contigo, “de toda la vida”. Incluidos los tiempos con Aquél. Te acompañaron las dos en tu travesía por zonas oscuras. Cocinaron a tu lado las cacerolas de olvido. Las recetas de sopas, ensaladas, guisos, con camarones campechanos gigantes. Si los camarones los traían de Veracruz, el conjuro no funcionaba. Se pelaba el camarón. Las colas (en aquellas circunstancias) se cortaban con un hacha. Picas finita la cebolla. Si se te va a salir una lágrima corres a regar una plantita. Un día en un cine Marta me dijo: “Mira, ése es Aquél”. Te llamé llegando a la casa: “Pues dice Marta que era un señor guapo, pero, ¡ay! Está muy orejón. Con esa pena”. Me dices que ya

pasó un siglo, no recuerdas sus orejas. ¿Un siglo? Quizá. Yo igual tuve ganas de acercarme y decirle: “Va por la Chanequita que lo perdonó, pero yo no”, y ¡zas! morderle una oreja.

Vives tu cotidianidad rodeada de amor. Miguel Ángel te cuida, toma tu bolsa que pesa mucho, la traes a tope. Pinturas, cremas para la cara y para las manos, abundantes llaves, agenda del *tout Mexique*, libretita indispensable. Te ofrece el brazo, Miguel Ángel. Vas segura. Maneja tu carro. Aceptaste, por suerte, que quizá ya no era tan prudente que anduvieras al volante. Tengo una memoria tenebrosa de una noche que regresábamos a San Jerónimo. A la altura de la asta bandera estuvo a punto de despacharnos un camión. No calculaste la distancia de su furia asesina. “¡Chane, juntamos cinco huérfanos entre las dos!” Seguiste de frente muy concentrada y muy digna.

¿Qué es eso que a una persona le falta en lo que tú puedes echar una mano? Sin pensarlo dos veces. Un médico amigo tuyo muy chipocludo sacó a mi hijo Diego de una neumonía grave que tú diagnosticaste, porque nada lo curaba. “Ya deja de darle esos medicamentos; tiene neumonía o influenza; su cita es a las 5:00 de la tarde en el INER.” Lo sanaron. Abundo en los médicos: ¿qué tal aquel doctor que te invitó al homenaje que le hacían por su trayectoria? Nos contaste pasmada que en su discurso te había agradecido con tanto cariño. Era inexplicable, según tú, su gratitud. Muchísimos años antes, un hombre joven tocó a la puerta de tu casa, era vendedor de enciclopedias. Lo pasaste a la sala, le ofreciste un cafecito. Lo interrogaste, por supuesto, te gustó como hablaba de bien. Era un médico refugiado político del golpe contra Allende en Chile. En unos días, gracias a algunitos meros meros de tus “conocencias”, pudo retomar su carrera de investigador en México. A saber, qué te agradecía, ¿verdad?

A la sobrinita de la señora Malena que trabajaba en la casa, un médico “privado” le diagnosticó en su pueblo un soplo al corazón y amenazó con operarla. Te espeluznaste. Dos días después, a las 8:00 de la mañana nos esperabas en el Hospital Infantil. Ignoro en cuál de las tantas generosidades de tu vida te hiciste amiga de un mero mero de allí, seguro antes de que lo fuera. Como diría Marta Lamas: ¿de qué lo habrás rescatado? Tu generosidad es como una cascada. El agua cae, fluye, riega. La mayoría de las personas lo recuerda y corren a agradecerte un favor, haciéndote ese otro favor que les pides, que no implica un beneficio para ti, sino para alguien más. La niña estaba sana. Intentaron embaucar a la familia para “desplumarlos”, como dijiste. “Debería

estar en la cárcel ese doctorcete.” El abuso de la fragilidad de las personas te provoca una gran desesperación. También la maldad. La injusticia. Las desigualdades. Entonces, recurres a una frase que te heredó tu amigo Álvaro Mutis: “Fallamos como especie”.

Una mañana, fangos innecesarios en la vida, me acompañaste a un juzgado. La puesta en escena duró cuatro horas. Antes me dijiste: “De este cuchitril nos vamos a tomar una botella de vino blanco helado”. Un purgatorio ese antro, con las temperaturas que corresponden. A lo lejos podía mirar tu cabecita plateada. Estabas en el pasillo sentada sobre un escritorio. Me aferré a tu presencia. Rugí con la furia implacable de una saraguata con anemia incurable. Pero, rugí. La promesa de la copa de vino contigo me envalentonaba. “Mire usted, doña Secretaria de Actas, acá la puritita esa *human condition*, que le llaman.” Al salir celebramos la alegoría de la ley en México: en la banqueta frente una de las puertas del juzgado venden constituciones, códigos civiles, libros de derecho. En la otra puerta venden bolsas de plástico *Chanel* y *Louis Vuitton*.

La botella de vino helada me la bebí casi sola. Te dije lo que había sentido: “¿Qué va a quedar de mí después de esto?” Tu humor cayó como un rayo justiciero. Comenzaste por brindar por la laicidad y por la pintura de Jesucristo entre nubecitas en la oficina de don Juez. “Me ofreciste tu amor como una bolsa *Chanel* y era de plastiquito”, cantaste en plena terraza. Al ratito cantaba contigo, *Ay, amores piratas*. Eran como rancheras. “Quiero un amor de morral, para que sea de a de veras.” “Chane, los juzgados nos inspiran.” “Si, ¿verdad? Nos desatan la vena poética.” Eres una delicia cosecha reservada 1928. Sentir tu amor, Chane. Tu solidaridad como un botecito de *resistol*. Por si algo se rompe. Por si algo se estalla. Por si se ofrece.

La más tropical de las hijas del desierto

Naciste rodeada de desierto. Zapateaste en la sofisticación de las “grandes capitales”, y elegiste los trópicos. Nos reconocimos. Como imitando la vocación de los manglares, esa pasión compartida por el sureste mexicano fue entretejiendo entre nosotras raíces, ramitas, troncos. Conscientes y no. Nombrados y no. Nuestros sobreentendidos. “Qué bueno que están los niños en Tabasco, que siembren con el abuelo, que les caiga la tormenta, que conozcan la tierra,

que aprendan a ensuciarse las manos.” En resumen: que no se hagan ciudadanos fufurufos. Celebraste la foto de mis hijos posando junto a su primera penca de plátano. Sabes de la antepenúltima curva del golfo. El México remotísimo. Dejado de lado. En Campeche encontraste una cierta ingenuidad, un desparpajo, una espontaneidad que anhelabas en tu vida. Te conmueven la cercanía con la tierra y el castellano tijeretea(d)o, llovizna(d)o de palabras mayas. Te conmueve la sencillez. La autenticidad.

Hace algunos años te llamé, con los pies hundidos en la arena de Ciudad del Carmen. “Estoy en tu pueblo, Chane. He andado tus calles.” Me dijiste: “Es precioso”. Preguntaste por las avenidas, por un parque, por el color de las fachadas. La ciudad se embelleció, iluminada por tu nostalgia. “Ya no hay pangas”, me dijiste. “Pobres gaviotas, deben sentirse muy desconcertadas”, te respondí. “Era mucho más bonito antes”, afirmaste con tu tono más definitivo. “Espero que el proceso civilizatorio no nos deje sin hamacas”, respondí antediluviana. Nos quejamos de los puentes que nos arrebataron las interminables horas de panga. La velocidad escamotea la poesía. No es que estemos contra la invención de la vacuna de la polio, nos quejamos porque nos obligan a confrontar con la realidad nuestras cartografías emocionales.

Claro que era “más bonito antes”: en ese “antes” tú estabas enamorada de un campechano de ojos moros. Me estremece la sensualidad de la combinación. Vaya que la entiendo. Ese hombre al que amaste y que te amó por tantos años, te ofreció el sureste mexicano y una familia abundante y revoltosa que hizo banda con tus hijas. Te adoptaron y los adoptaste. A la duende Chaneque integraste la *aluxe*. Nuestra duende maya. Al campechano te lo presentó el poeta José Carlos Becerra. Tu hija necesitaba un profesor de matemáticas. El poeta te dijo que llevaba a tu casa a un amigo que podía dar las clases. Abriste la puerta y las olas de Campeche te arrastraron. Con sus asegunes, por más de dos décadas.

Cuando el mar tuvo un reflujo intenso y la vida deslizó al campechano hacia la zona fantasma, el sureste que se le escurría por la piel ya era tuyo, también te habías ganado a su tribu, la de tus tan queridos “sobrinos de Campeche”. Todos le agradecemos el legado de los camarones gigantes. Pasaron cantidades de años para que otro hombre con ese mismo castilla tijeretea(d)o te hipnotizara de nuevo, de tan distinta manera. Su proyecto de país ha sido una de tus esperanzas y pasiones más intensas. Una vez más encontraste en el sureste lo que andabas buscando. “Chane, ¿hay algo en la manera en que te

conmueve el tabasqueño, que te recuerde al campechano?” “Sí, cuando Aquél era joven. Lo he pensado. Su bondad, su sencillez. La cercanía con la gente. A él le importa la gente, de verdad le importa.” Entendías su modestia. Su obstinación. Su dolor ante los desamparos. Las suelas gastadas de sus zapatos. Una manera de hablar, no para perorar, sino para darse a entender. Entendías que no estuviera dispuesto a renunciar a su acento. Como una reivindicación del sureste olvidado.

Recordamos esas regaderas tabasqueñas como de platos enormes, a las que se les jala con una palanquita colgada de una cadena y te cae encima un chubasco de agua fría. “Divinas, esas regaderas. Yo creo que con una de esas se baña a las cinco de la mañana, y a trabajar por la gente más necesitada, nada lo para.” Nunca le preguntaste por su regadera, metáfora de todo un mundo y una manera de vivir, y pues, ahora, por públicas razones, ya sería inadecuado. Caminabas junto a Elenita en aquella tarde en la que nos quiso “desaforadamente”. Las familias las vitoreaban: “las señoras pejecitas, las pejecitas cabecita blanca”. Los niños agitaban sus manitas para saludarlas. Estoy segura que fue uno de los días más bellos de tu vida. Pensé muy orgullosa y al borde de las lágrimas que me hacían arder los ojos y eran tuyas y mías: “Allá va mi Chanequita que le vuela el algodón”.

Así se dice en el sureste para referirse a una persona que camina muy rápido. El “cotón” es uno de esos vestidos amplios de algodón o de lino, como los que te gustan tanto. En aquel entonces, cuando te preguntaban qué puesto querías tú si ganaba las elecciones, respondías: “Ser su ama de llaves para estar segura de que tome sus vitaminas, coma su fruta fresca bien picada y le cocinen su puchero con yuca”. Cuando el campamento al que te acompañaste con Lili y Jesu, pescaste un gripón, sin duda, “histórico”, que te duró varios días. La lluvia empecinada hacía charcos y se colaba un poco a través de la tienda. Esa lluvia te pareció el mejor de los presagios. Moqueras aparte. Marta habría dicho: “La gripa es otra manera de llorar”. No se pudo por esa vez. Por más de una década sonreíste contra viento y marea, porque “vamos a ganar”. Cuando se casó, suspiraste muy contenta y aliviada: “Ahora sí no se va a olvidar de tomar sus vitaminas”.

“Chata, nosotros conocemos la noche de memoria”

En la mesa de las viernícolas tienes que lidiar con nuestro sistema de complacencias, como el de los programas de radio. “Chane, ¿cómo fue la boda de Cami?”, “Cuéntanos de la China Mendoza”, “Habla como Lupe Marín”. La voz de Lupe Marín en tu voz es de mis escenas favoritas: “¿Sabes qué, loqueta?”, y las anécdotas corren como hilo de media. “Chane, cuéntanos de cuando eras ‘María bonita’ en el mar de Acapulco.” “¿Por qué te enamoraste de Bob?” “Cuéntanos de los Gabos y de tu viaje con ellos a Cartagena.” “¡Por favor! Haz la pose de esposa de funcionario priista en gira triunfal por el primer mundo.” “Chane, tengo un salpullido en el brazo, ¿qué me unto?” Nunca aceptaste darnos entrevistas para hablar de tu vida. “Lo privado es privado.” En algunas raras ocasiones aceptaste que Marta te grabara. Cuando estemos juntas, vamos a escucharte.

Hoy tengo unas ganas desquiciadas de llamarte para que me repitas la frase que te dijo Luis de Llano: “Chata, nosotros conocemos la noche de memoria”. Dime más de las noches del alma. Dime de la lealtad que compartiste con tus amigas Ruti y Aline. Dime de cuando “rebotabas de felicidad” contra las paredes de un hotel *chic* en La Habana, porque estabas enamorada del señor que no decía “Te amo”, sino “*I love you*”. Describe el vestido que te prestó tu amiga Ruti para tu primera cita de trabajo. Y cómo te fuiste colando en aquel universo de hombres publicistas. Tu talento contra viento y marea. ¿Dos enamorados en el mismo edificio? Es un malabar muy complejo. A veces tenías que bajar corriendo por las escaleras como quien huye de un incendio.

Dime cómo te detenías en el umbral de un bar elegante que se llamaba *El Quid*, en la calle de Puebla (vueltita a la derecha, se levanta el hombro derecho, vueltita hacia la izquierda, se levanta el hombro izquierdo). y esperabas a que el pianista tocara tu canción preferida *Moon River* para acompañar tu entrada. Como en una película de los años cincuenta. “¿Y el hamakasutra?” “Ni una palabra más. Luego vas y se lo cuentas a tus hijos.” “Sólo hasta la clasificación B, te lo juro.” “Nada más que decir. El diablo de viejo se mete al convento.”

Una de las anécdotas que quisiera escuchar mil veces es aquella de la agencia de publicidad copetona en la que trabajabas. Contrataste a Marta Lamas, al poeta Becerra, a García Márquez, a Álvaro Mutis. Tu jefe te citó en su oficina y te preguntó solemne y un tanto inquieto: “Pero, dígame, ¿alguno de éstos sabe algo de publicidad?” Tú le respondiste: “Mire, por lo menos sa-

ben escribir”. Casi podríamos jurar que no andabas tan equivocada. Eran tus amigos, también porque amas las palabras. La campeona de la frase pegajosa y breve. A la casa de mi infancia llegaste sin que yo lo supiera. Cada corte entre programas nos traía la misma tonadita: “Para nosotras las mujeres, Eko”. Aún ahora puedo cantarla. ¿Quién era Eko? ¿Cuál era la extraña sabiduría de la que gozaba que era tan justo para nosotras? “Mamá, ¿quién es Eko y qué sabe hacer?” La cantidad de fantasías alrededor del tal “Eko” para nosotras, niñas pajeras de las escuelas de monjas de los años sesenta. “Una batería de cocina.” Se ahondó el misterio. En aquella escena de la mesa de la cocina en *El cartero llama dos veces*, lo reconocí. Ése era “Eko”. Con razón lo admiraban las mamás.

Tú supiste romper, fuiste de “ésas”. Las libres, las disruptivas. Las que no se dejaban doblegar por las reglas, porque amanecían para crearlas. Las mujeres “temibles” que vivían como se les daba la gana, salían a trabajar, abrían espacios. Las que tantas veces se sintieron tan incomprendidas, tan castigadas y tan solas. Las que aprendieron a pagar sus costos. Las que se enamoraban sin salir a averiguar en cuánto se cotizaba la negación femenina en los mercados. Te fuiste de donde hubo que irse. Altiya y presumida. “A otra cosa, mariposa”, frase también esencial en el Chanemécum. Te reinventaste cada vez. No es lo mismo amar a un hombre que quedarse catatónica a desamarse, me pareció entender. Una noche en el umbral del *Bellinghausen* descubriste que habías atravesado —sin darte cuenta— otro umbral. Golpe directo al corazón. No te estaban mirando como antes. “Descubrí que era ya una mujer mayor.” Te conocí después de tu “aprendizaje” en el *Bellinghausen* y eras la misma seductora imparable.

Mariposas amarillas

Te gusta abrigar. Haces expediciones hasta el centro para ir a la tienda de “los calcetines más calientitos del mundo”, para repartirlos. Cuando supiste que Diego se iba a estudiar a Berlín, te quedaste inquieta: necesitaba una chamarra espesa. “¿Dónde la vamos a conseguir?” Llegaste a la casa con una chamarra gorda: “Es la mejor, la usan los repartidores cuando salen a trabajar en el frío de la madrugada”. Mi hijo comenzó su vida en Berlín abrigado por ti, muy orgulloso de su chamarra que atrás tenía un letrero con letras negras: *La Jornada*. Has hecho tanto por ellos. Por nosotros. Una noche me llamaste antes

de ir al *Hábito*. “Dile a Diego que venga, le voy a presentar a Gabo.” Diego e Irene llegaron, creo que al borde de un desmayo. “El talentoso joven escritor del que te hablé. Él no sólo escribe, tiene una escritura”, dijiste. La dedicatoria de su ejemplar: “De un escritor a otro escritor...” No entiendes un mundo en el que los seres humanos no seamos pares. Simplemente no está en ti. Ante ese par de adolescentes atónitos, una bandada de mariposas amarillas emprendió el vuelo.

Encontramos una casita para mudarnos de la casa de San Jerónimo, éramos casi tus vecinos. Conocías el nuevo barrio y me dijiste que era perfecto. Sólo que aquello no era posible, porque necesitaba reunir —a la brevedad— una cantidad que no tenía. “En esa casa, en esa privada, van a vivir tus hijos.” Colgamos y supongo que me quedé tristonza. Cinco minutos después te abrieron la puerta y entraste en tromba a la sala con una pluma en una mano y una chequera en la otra. Cotonuda y descalza. “Lámale a la dueña de la casa, dile que vas para allá.” Llegaste el primer día de mudanza como a las seis de la tarde. Te sorprendió que los libreros estuvieran ya acomodados. Les preguntaste a mis hijos: “¿Y, ustedes ya comieron?” Ese día había olvidado que las personas comemos. Pediste pollo frito con papas y dijiste con un suspiro: “Bueno, estos niños no van a morir del hambre de saber, nada más se van a morir de hambre”.

Nuestra segunda mudanza en el mismo barrio. Entraste al departamento con Marta. Apenas un mes antes lo habitaba Horacio Lamas. Lo querías mucho y lo llamabas “Virulo”. Miraste el techo muy alto y dijiste de inmediato: “Aquí va un tapanco para los niños”. Dos pequeños y un adolescente. Antes de las reparaciones, la Gaitancita celebró una ceremonia para despedir a Horacio. Marta había perdido a su único hermano. Asistimos todas las de los viernes con velas, inciensos y flores. Horacio era nuestro vecino y mis hijos eran sus *fans*. ¿Recuerdas, Chane? La ceremonia fue muy bonita. La misma que la Gaitancita había celebrado cuando murieron sus hermanos. Pero Horacio nunca se fue, hasta me ha hecho escenas de celos con tembladero de ventanales y azotón de puertas. También ha hecho soplar vientos suavечitos cuando siento que me lleva la tristeza. “No, Chane, no son los ruidos de un edificio. Yo sé que es él.” “Estás bien virula tú también.” Pues ya ves que no, a ti y a él; ahora como antes, los escucho.

Cuando construyeron el tapanco les explicaste a mis hijos que ése era un espacio privado en el que las reglas eran suyas. Prohibieron el acceso a

toda persona adulta. Estaban felices con su pequeño reino. Se reunían con sus amigos y desde abajo miraba sus cabecitas amontonadas como racimo de plátanos. Veían películas. Jugaban ajedrez. Leían. Todo bien edificante. Según tú y yo. Los años pasan. No me he atrevido a decirte lo que Diego terminó por confiarme. “Si vas a escribirle una carta a Chane, tienes que contarle cuál ha sido el destino más elevado de su tapanco.” Chane, le llamaban: “la nube de los amores ilícitos”, estos chamacos desalmados. “Escríbele que en un departamento en donde vivíamos cuatro personas, nos regaló el paraíso.” El tapanco es el espacio más lejano a mi habitación. No entro en detalles. Las diosas protegen el sueño y la ingenuidad de las madres que no se levantan por la noche para servirse un vaso de agua.

“Es nuestra otra meme” (así le dicen a su abuela materna), exclamaban Santiago y Sebastián cuando eran chiquitos. “¿Qué les contó hoy Chane, mami?” Recuerdo una de esas tardes en donde la preocupación de ser casi la peor madre del mundo me tomó por el cuello y me dijiste: “Tú abre bien los ojos para mirarlos, y confía en ellos con los ojos cerrados”. “Chane, pero el niño tiene problemas, tiene estos síntomas.” “¿Ya escuchaste cómo habla a su edad? Ese niño tiene el don de la palabra.” Ahora, en estos confinamientos inclementes en los que nos mantienen los bárbaros, pienso lo que en la vida de mis hijos ha significado la frase: “Chane y las de los viernes”.

“Mami, me escondí detrás del escenario con Jesu.” “Mi mamá lee una novela de la Bullo y nos la cuenta en la noche.” “Elena la abuelita de Nico es una princesa que no sale en las historias porque ella las escribe.” “¿En qué número de excomulgada va ya María Consuelo?” “Ma, Carlos Monsiváis, Marta y Raquel, ¡la pasta más escrita de mi vida!” “Jonás el del Liceo es hijo de Anita la de los viernes.” “La mamá de mi amigo puso en el carro el disco de Lili donde canta *Las histéricas*, le dije que yo me la sé completita, porque eso del clitoris y el cunnilingus lo escribió mi mamá.” “Fui con mis amigas a ver el documental de Mari Carmen.” “Voté por Patricia.” “Mi amiga ya es feminista, la mamá de su mamá se ‘convirtió’ por Marta Acevedo.” “Tráenos choripanes de Paulita para el recreo de mañana.” “¿Nos llevas al *Hábito* con las de los viernes?” Ni siquiera se intercala la palabra “amigas”. Es dato duro. No hemos estado solos. No vamos a estar solos. Tenemos una familia: “Chane y las de los viernes”.

Eres una *aluxe*

Cuando nos mudamos al departamento me regalaste un cuadro: un paisaje de Tabasco. A la mañana siguiente de ese día que no puede haber tenido lugar, Aline me envió una pintura que pensaste para mí. Un ser mitológico. Una mujer que me hace pensar en una fauna. La habitante del paisaje del primer cuadro. Esa prima de los personajes del aduanero Rousseau fue pintada en 1971. ¿Por qué la elegiste entonces, Chane? ¿Qué estabas viviendo? ¿Por qué la pensaste ahora para mí? Me dice Aline que lo decidiste “hace años y me lo recordó hace una semana”. Es una *aluxe*. Como tú. Por una de esas cronopias “casualidades” de la vida, fue el año en el que conociste a Marta y comenzó a trabajar contigo en la agencia. Encontraste a la amiga que me llevó a encontrarte. Ese año yo aún vivía en la orillita de la selva y cantaba *La Guadalupeana*. La *aluxe* en tu muro me llamaba. Y pienso, como en las circunstancias más afortunadas de mi vida: “Todo encuentro es un producto del azar y de la necesidad”.

La vocecita de Paula Mónaco. Cuarenta y seis días después, las tiras de hiedra escalan los ventanales y el muro con la pintura de la *aluxe*. Louise Bourgeois es una revelación de los poderes sanadores de las instalaciones: además de la selva, necesito una casita de muñecas. La encuentro en *Amazon*. Una casita victoriana para amueblar. Se va a llamar *Chanequita et moi*. Vamos a acomodar juntas los objetos. Los libritos. La bañerita, los candelabros, el piano. Las cunitas para Teo, Noah e Isabella. Junto a la chimenea colocamos al Charrito para que no pase fríos. Una palmera en la sala. El celular vibra, tu hija Aline me manda una foto donde estás elegantísima junto a tu hermana Georgina, la llamas “Chocho” dice que era “la más linda, alegre y generosa” de tus hermanas. Chanequita, por el momento, no tengo cómo acomodar los objetos.

Remo en las enseñanzas del Chanemécum sin ningún éxito. ¿Qué me aconsejarías si tuviera que vivir sin ti? No me digas que escribir es tan ineficaz como las flores de Bach. La escritura es un timo, Chane. Te arranca las tripas y nunca es suficiente. Te promete que puedes negar la realidad y termina arrojándote peligrosamente hacia ella. Cuando funcionen las líneas de teléfono llamaré a tu casa para preguntarte. Mientras tanto, te digo que lo que voy a escribirte en esta carta, ha sido tan evidente que sólo una virula puede no haberlo nombrado hace dos décadas. Somos cómplices de nuestras amas y nuestros amos. Te digo. Ninguna mujer de tu generación me amó hasta que llegaste tú.

Ninguna mujer de tu generación se interesó jamás en mi vida cotidiana. En los pequeños logros, los contratiempos, los miedos, las esperanzas. Ninguna mujer de tu generación jamás me llamó para preguntarme cómo demonios le voy a hacer para mudarme de casa. Si tomo el antioxidante y las naranjas para el calcio, si Diego tiene cuadernos para escribir sus historias, si Santi ya se curó de su alergia, si Sebastián ya mero para de empinarse el azúcar con la cuchara sopera. Y que no falten en la casa calcetines calientitos y pijamas gruesas, porque la enfermedad se cuele, sobre todo, por el pecho y por los pies. Antes de ti, ser “maternada” me sonaba como un remoto y afortunadísimo viaje de hongos del que nunca fui merecedora. Eso es lo que has hecho por mí. Así se llama. Nunca te lo dije porque no lo sabía. No así.

Me ofreciste la experiencia de desacostumbrarme a lo que estaba tan acostumbrada. Esa helada “normalidad” de una madre que se “acerca” a la vida de su hija, como quien lee el título de la película en la marquesina del cine, sin jamás asomarse a la película. ¿Cómo para qué? Esa otra mujer de tu generación —de vez en vez— saca a sus hijos de un ropero, les da cuerda para que la escuchen. Cuelga y los vuelve a guardar en el ropero. ¿Entonces, la “normalidad” posible no era aquello, sino tú? Tú sí sabes que a las personas no se les puede aventar en un ropero como si fueran muñecos, porque sucede que, aunque no pienses en ellos, siguen viviendo. Sentí que te había dicho casi todo y nunca te dije esto. Tengo que mandarte esta carta por valija diplomática para estar segura de que llegue a tus manos. Antes de ti, ninguna mujer de tu generación me enseñó a hacer zurcidos invisibles. A reparar.

Te cuento que una vez fui a un lugar parecido al fin del mundo. En el Connemara. Nos dijeron allí que para llegar al “verdadero fin del mundo”, faltaba tomar un barquito y bajarnos en una isla que está justo enfrente. Lo habría hecho si la tierra fuera redonda. Pero no lo es. Tengo la certeza de que al borde de esa isla se abre un precipicio. Le llamo a Santiago y sólo alcanzo a decir: “Chane”. Pronunciamos tu nombre los dos en esa islita que te cuento. En la mismísima orilla de la tierra que es cuadrada. Irene y su familia no han podido venir. Diego me manda tu texto *La vejez*. El fin del mundo hasta ahora conocido. No, Chanequita, yo no tengo con qué entrarle a este desmadre. ¿En dónde estás, maldita represión, cuando más se te necesita?

Respondo al teléfono. Es Sebastián. Ni una palabra. Escucho un suave ruido como de tambores del otro lado de la línea. Comienzo a seguir su ritmo tamboreando la mesa. Vamos subiendo los decibeles. Con más desolación. Con

más furia. Con más fuerza. Lo que escuchamos es el homenaje que te ofrecen las *aluxes* haciendo retumbar sus tambores desde todas las selvas. Cierro los ojos. Te veo pasar con tu vestido blanco de lino. Te llamo, pero por el escándalo de los tambores no me escuchas. Allá va mi Chanequita, altiva y presumida. Te amamos tanto, tantísimo. Allá va mi Chanequita que le vuela el algodón.

Chaneca Maldonado

Elena Poniatowska Amor

—¿Quieres conocer a la publicista que gana más que el Presidente de la República?

Imposible no cohibirte. Imposible no sentir curiosidad. Y miedo.

—Nadie ha cobrado en México lo que cobra esta mujer.

¡Ay, Dios mío! ¿Quién es?

Todos hablaban de Chaneca Maldonado, su agudeza, su sentido de humor sarcástico, su altanería que muchos temían.

—Ahora no está en México. Viaja a Europa cada año.

¿Quién era esa mujer? ¿Gloria Vanderbilt? ¿Barbara Hutton? ¿Kiki Herrera Calles? ¿Gina Schöndube de Azcárraga?

—No te vayas a sentar antes de que ella te ordene: “Siéntese usted”.

¡Ay, Dios!

Nunca la vi en su oficina, sólo la conocí en casa de María Luisa Mendoza en el Paseo de la Reforma, un departamento diminuto en un edificio vecino al periódico *Excelsior* que compartía con Eduardo Deschamps. Me miró con ojos fijos que no sonreían.

Imposible desligar a Chaneca Maldonado de María Luisa Mendoza, a quien Chaneca le dio trabajo, ya que era una diosa-ejecutiva-directora-todo-poderosa-que-recibía-tras-de-un escritorio gigantesco de esos que amedrentan porque hay que caminar varios pasos de la puerta al escritorio tras del cual señorea el ejecutivo de McCann Erickson.

Chaneca abrió las puertas de la publicidad a muchos escritores noveles que más tarde se llamarían Fernando del Paso, Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis. Le hizo la vida más fácil a Eugenia Caso, la hija de Alfonso Caso y María Lombardo de Caso que habría de casarse con el guapísimo Luis Rius. A quien más apoyó desde luego fue a María Luisa Mendoza “La China”.

A partir de ella, empecé a fijarme en anuncios publicitarios y en *jingles* radiales y televisivos como “Estaban los tomatitos muy contentitos cuando llegó el verdugo a hacerlos jugo”, de los productos Del Fuerte y otros que todavía hoy

disparan el entusiasmo y el buen sentido común de sus oyentes, aunque no sé si el “Siga los tres movimientos de FAB, enjuague, exprima y tienda” sea suyo.

También supe que Chaneca —íntima de Rita Macedo— era parte esencial de las fiestas que daba Carlos Fuentes en su casa en la calle de Galeana, en San Ángel, a unos cuantos pasos de la de José Luis Cuevas y Bertha, y la de Teodoro González de León y su esposa, la poeta uruguaya, Ulalume Ibáñez. Época de oro de la literatura mexicana. Esas fiestas eran el *non plus ultra* de la vida nocturna de México porque, al igual que las de Manolo Barbachano en la calle de Espíritu Santo en San Ángel (en una extraordinaria casa divina que había sido de los O’Gorman), todos declaraban haberse divertido “como locos”. Lo mismo sucedía con las fiestas de Juan Soriano en la plaza Carlos J. Finlay en Melchor Ocampo porque en ellas se bebía mucho, nunca había nada qué comer y los invitados arriesgaban su vida de las ocho de la noche a las seis de la mañana, sobre todo, cuando las animaba Juan García Ponce, el joven más mal portado de la tierra.

Por desgracia, no fui a una sola de esas fiestas, pero siempre pedí ansiosamente que me hicieran la crónica de todo lo que sucedía, minuto a minuto. María Luisa Mendoza, la China, me la hacía con lujo de detalles. Para ella eran como las de los príncipes italianos, no el de Lampedusa, pero otros aún más atrevidos, más dispuestos a jugarse la vida en una noche. La China incluso las reseñaba por escrito con su prosa barroca, ocurrente, jugosa y repleta de adjetivos de su invención: “Mira de lo que te perdiste, te lo cuento para que te mueras de la envidia; formidable, fenomenal, increíble, de lujo”. La escuchaba pensando que había yo perdido una perla en un pajar, un chícharo bajo doce colchones. “Vino Candice Bergen, vino Debra Paget, vino Jean Seberg”, Carlos Fuentes presumía a sus actrices, quienes invariablemente tenían su cuarto en el Hotel *Reforma*. El mismo Fuentes era primo de John Gavin que interpretó a *Pedro Páramo* (Pilar Pellicer fue su Susana Sanjuan) en la película de Manolo Barbachano. Gavin, embajador de Estados Unidos en México, se desaburría de sus obligaciones diplomáticas en la casa memorable de San Jerónimo.

La China Mendoza vivía con Eduardo Deschamps en el Paseo de la Reforma, en un departamento pequeño cuyo único lujo saltaba a la vista: un sillón de terciopelo rojo-sangre que le regaló Chaneca Maldonado: “Chaneca regala muebles como quién regala cacahuates garapiñados —presumía la China— y hasta paga la mudanza. En ese sillón, Deschamps y yo hacemos el amor: ahí menstrúo, es lo más lujurioso que he tenido y tendré en la vida”.

La China se hizo íntima amiga de Chaneca, que, además de pagarle muy bien como publicista, la invitaba los fines de semana a comer o a merendar. Cuando Chaneca tomaba en manos la vida de un amigo o de una amiga se responsabilizaba de todo, como un Rockefeller, Forbes, Bill Gates o un enamorado; todo corría por su cuenta, vacaciones, depresiones, santos y cumpleaños.

Gracias a Chaneca, la China Mendoza se volvió la estrella del periódico *El Día* y vivió en Tlatelolco la mejor época de su vida. Desde lo alto del edificio que daba a la Plaza de las Tres Culturas, escribió *La O por lo redondo*, reseñó los momentos cumbre del Movimiento Estudiantil de 1968. Si hablo tanto de la China Mendoza ligada a Chaneca es porque sentí entre ellas una afinidad indisoluble. Tanto en esa época como en sus tiempos de publicista, Chaneca Maldonado participó a piedra y lodo en mutuas aventuras espirituales y corporales ya que la China la consultaba por un sí o por un no. “Me duele el estómago, ¿qué hago?” Si la China lloraba, Chaneca la acompañaba día y noche. Incluso viajaron a Europa juntas y alguna vez oí decir a Chaneca: “Viajé más con ella que con Lupe Marín, lo cual es mucho decir”.

Lupe Marín fue otra de las grandes amigas de Chaneca, además de las Misrachi, Ruth y Aline, que crecieron juntas. Leal, Chaneca acompañó a Lupe hasta el momento de su muerte. Lupe incluso vivió en su casa sus últimas semanas sobre nuestro planeta y Chaneca la cuidó hasta que le envió un SOS a Lupe Rivera: “Tú eres su hija, tu mamá está muy grave, creo que tú eres quien tiene que hacerse cargo”. Las dos mujeres enlutadas, las últimas en salir del panteón apoyadas la una en la otra, fueron Lupe Rivera y Chaneca Maldonado.

¿Cuál fue mi relación con Chaneca? Al principio me dio miedo porque no era amable y su mirada crítica pesaba. Años después, la reencontré en el comedor de Marta Lamas, frente a una larga mesa femenina con el pelo muy corto y vestida de falda larga. Conservaba su mirada crítica e inteligente. Hacía



reír a toda la mesa de amigas de Marta Lamas: Carmen Gaitán, Marta Acevedo, Patricia Mercado, María Consuelo Mejía, Maricarmen de Lara, Raquel Serur (ahora nuestra embajadora en Ecuador), Carmen Boullosa, Sara Sefchovich (que sólo se presenta dos veces al año), María Teresa Priego (que es tan alta como una flecha de oro) y últimamente Marta Ferreyra, y más últimamente de los últimamente, la escritora Paola Ojeda.

Sentada a la izquierda de Marta Lamas y frente a la silla de Diego, el pintor, la vi departir viernes felices y creativos. Ella era la autoridad: llevaba la voz de mando en todos los temas, el político y el social, el de la vida cotidiana y el de los acontecimientos en el Zócalo, el de las recetas de cocina (son famosos sus camarones en vinagreta) y el de la solidaridad con las marchas, las causas sociales y el liderazgo de Andrés Manuel López Obrador.

Algún viernes me dijo: “Te voy a regalar los *pants* que ya no me quedan porque siempre te veo empijamada”.

Ahora mismo, apenas amanece enfilo sus *pants*.

Nunca me ha vuelto a dar gripa: por sus *pants*.

Lloro poquito y mis viejas lágrimas caen en la parte de arriba de sus *pants*.

Tengo menos arrugas en el infinito tejido de líneas que surcan mis 88 años albergados por sus *pants*.

Hoy escribí mejor; llevaba puestos sus *pants*.

Chaneca descubría cremas especiales que te devolvían a la adolescencia, telas que jamás se arrugan, champús y lociones que hacen crecer el pelo de distintos colores, pestañas duras como alambritos, cejas pobladas, zapatos “comodísimos” que caminan solos.

Hoy ya no me puedo sentar a su lado en la mesa de Marta los viernes. Ya no sigo conquistándola, con infinito cuidado, ya no puedo ver cómo Francis, el ceño fruncido de preocupación, le sirve cosas especiales, tampoco la oigo dirigiéndose a Diego a través de la mesa. Hoy, me sería fácil decirle directa y contundente que la quise, que me gustó su modo, que una mañana la vi repartirle calcetines al policía de *La Jornada* y cuando le dio las gracias, comentó un poco indignada contra lo que somos todas nosotras: “¿Te imaginas? No gana ni una centésima parte de lo que yo gano y me da las gracias”.

Sabía reír y hacer reír. Muy amiga de Rita Macedo, la imitaba, cosa fácil porque Rita fue más bien lacónica. Rita descolgaba el teléfono, marcaba el número y cuando alguien respondía bostezaba antes de colgar. “¡Ah, es Rita!” Chaneca era la única en adivinarla de inmediato.

Chaneca en todas partes

Chaneca fue quien le puso a Fuentes “Charly Fountain”, aunque al dirigirse a él le decía: “Fontacho” y en los últimos años ya no lo trataba, pero, por alguna razón, su nombre está íntimamente ligado a la época de *La región más transparente*, a la de *Aura* y *La muerte de Artemio Cruz*, tres puntales de la literatura mexicana.

Cuando Guillermo Haro obtuvo el Premio Nacional de Ciencias en 1963, Chaneca y Anilú Elías cenaron con él y con Fernando Benítez en el *Focolare* en la Zona Rosa. A partir de ese momento, Chaneca lo llamó siempre “Premio”. Gritaba de una esquina a otra del comedor: “¡Champaña para el Premio!”. “¡Véngase pa cá mi Premio!”. Festearon, brindis tras brindis, pero a la hora de la cuenta, Guillermo y Fernando se habían esfumado después de un “voy al baño”.

Todos y todas le rendían pleitesía a Chaneca, quizá porque no era amable, aunque sabía ser la mujer más solidaria de la tierra. Su último gran amor fue Andrés Manuel López Obrador y llevó a las manifestaciones una sillita plegable en la que esperaba con santa paciencia a que terminara la ovación que retumbaba en las cuatro paredes del Zócalo.

Hoy, en esta tarde parda, escribo enfundada en unos *pants* color vino heredado de Chaneca. Me queda grande, pero es mejor porque espero llenarlo algún día, así como espero que me entierren con él, por calentito y porque de tan usado, nadie lo va a querer más que yo.

Chaneca en todas partes

Jesusa Rodríguez

El lugar común diría: con la muerte de Chaneca se acabó una época, pero no, con la muerte de Chaneca se acabó el mundo como lo conocíamos (otro lugar común) aunque en este caso sea cierto. Chaneca murió en mitad de la pandemia de SARS COV 2, COVID 19, Coronavirus.

Ella ya no se enteró muy bien de la tragedia, ni de la cuarentena ni del cometa *Neowise*, ni de las carreras a comprar a Zara ni de las conversaciones por *Zoom*. Ni usó tapabocas, ni caretas transparentes con diseños a la moda. Chaneca vivió su tiempo y se murió muy a tiempo. Chaneca conoció el *glamour*, los años locos, la abundancia del derroche, pero siempre compartió su riqueza, con amigos, con parientes, con animales, con plantas, con cualquiera que necesitara algo.

Tenía un diablo en la puerta con un letrero feroz que decía: “Lo quiero todo para mí”, esa figura representaba el mal para Chaneca: la avaricia.

Consideraba que el peor error humano era el ego. Si quieres ver quién es quién, me decía, nomás fíjate en el ego.

No sabemos si tenía 92 o 96, Chaneca era un misterio sin nada que ocultar.

La muerte era un tema que le pasaba de lado, sufría igual que todos cuando moría alguien que amaba, pero vivía el duelo con una especie de frialdad calculada. “Yo ya me despedí.”

Fue en la tardecita cuando Chaneca llegó a ElMásallá, como una leve brisa se hizo presente, con una suavidad especial, haciéndonos entender que se puede despedir a una persona amada con mucha dulzura. Eso fue su herencia última, dulcificarnos su muerte, aceptar la ausencia y el vacío con serenidad y hasta con alegría.

Chaneca ya está en ElMásallá y la vemos diariamente unas veces convertida en muchas mariposas chiquititas, libando la flor del huele de noche. Sus alas son anaranjadas, con puntitos blancos, y vuelan en redondo, a veces se lanzan a jugar y giran dando vueltas a toda velocidad para volver a libar con las demás. Otras más tranquila se aparece en forma de paloma habanera y baja a beber

Chaneca en todas partes

agua por la piedra inclinada, su mirada es intensa, bebe plácidamente y de pronto levanta la cabeza para mirarme con cara de asombro. Yo la miro e inmediatamente emprende el vuelo y resuena su aleteo de papel periódico, seguramente de *La Jornada*. A veces viene en forma de viento suave, Chane siempre ha sido así, una tormenta suave, un torbellino que deja maravillas a su paso.

Hoy se hizo presente como minúsculo grillo verde, del tamaño de una uña y con seis patas y un par de antenas, su manera de brincar como resorte me recuerda esa forma de colgar el teléfono en mitad de la conversación ¡Adiú!

La recuerdo por las noches tratando de atrapar grillos recién nacidos para sacarlos al jardín, ven aquí chiquito, ven.

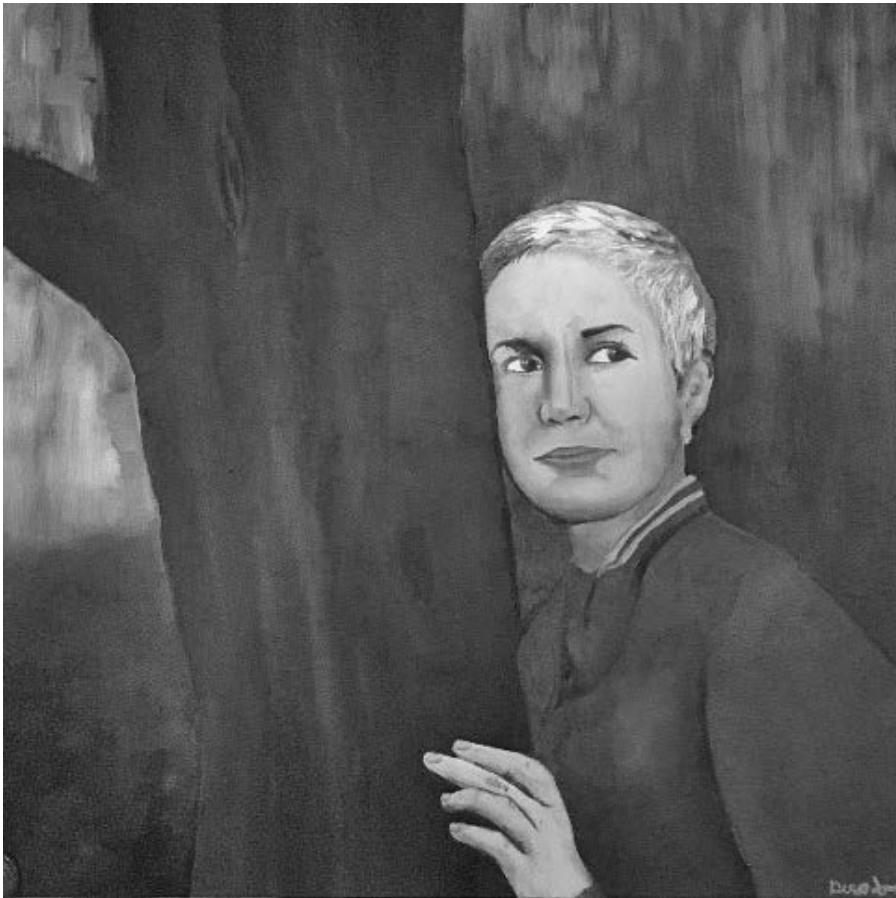
La amistad de Chaneca es un regalo eterno, una amistad sin complicaciones, una amistad sin reclamos, como debe ser la amistad.



Ahora que ya no está, está en todas partes, como una diosa de la amistad que nos visita cada día para recordarnos que la vida es un asombro y la muerte una circunstancia previsible. Que se puede vivir al pendiente de las necesidades de los demás o sólo de las tuyas propias y que de eso va a depender la felicidad.

¿Qué estás viendo? me preguntaba diariamente por teléfono. Hoy le diría: “Veo un mundo abollado sin muchas ganas de entender las causas del colapso y con una enorme prisa por encontrar la vacuna que nos curará de nuestro propio egoísmo”. Pero esa vacuna no existe; vacunarnos contra nosotros mismos implica dejar de ser como somos, reaprender a comer, reaprender a relacionarnos, reaprender a compartir, reaprender a estar en el mundo, quitarnos del centro. Tener en la puerta de cada casa un ángel o un demonio como Chaneca que diga: “Lo quiero todo para todxs”.

Diego Lamas



Mi jefa

Marta Lamas

Chaneca fue mi jefa en el primer trabajo asalariado que tuve. Hablo de 1971. Era la directora creativa en McCann Erickson-Stanton, y mi psicoanalista Ramón Parres la conminó a que me contratara, porque estaba convencido de que yo necesitaba trabajar para curarme. El día en que me entrevistó me preguntó “¿Qué sabes hacer?” Respondí “Leer y escribir” y eso fue mi boleto de entrada. Era una de las publicistas más exitosas, y Jim Stanton, el director, la adoraba y la dejaba que manejara a los clientes importantes, como Lorenzo Servitje de Bimbo o José Alfredo Holzer de Omega, porque siempre los convencía. Yo estaba deslumbrada con su creatividad. Era capaz de armar el lema de una campaña en minutos y de inventar un *jingle* pegajoso en plena reunión. Tenía un oído perfecto y cantaba maravillosamente. Fui su *copy writer* (redactora) durante un tiempo, pero desde que la conocí decidí que la quería para amiga.

Al poco tiempo de entrar a McCann, Chaneca me fue a visitar a mi depa, entró bailando y tatareando la melodía de *Zorba el griego*, y Diego, mi hijito de dos años, cayó perdido de amor por ella. Entonces mi papá quiso conocer a ese personaje que nos fascinaba, y del cual yo hablaba todo el tiempo. La invitó a comer al *Rivoli*, y durante esa comida asistí estupefacta a la transformación de mi padre. Otro más, pensé.

Su nombre legal era Austreberta, ella lo acortó a Berta (sin h), pero cuando vivió con su primer marido en Acapulco, los lancheros y los vendedores en la playa empezaron a decir “esta mujer es una Chaneca” y se le quedó el apodo. Los chaneques son unas criaturas mitológicas que, además de que tienen fama de traviosos, su misión es cuidar a los animales silvestres. A Berta le quedó perfecto el apodo, pues, además de hacer diabluras de todo tipo, se peleaba con quienes maltrataban a los animales.

Nos unía, entre muchas otras cosas, la preocupación por el maltrato y abandono a los animales. Ella los recogía, curaba y daba en adopción. Cuando nos cambiamos a la casa de San Ángel, a Diego le regaló dos gatitos, y hubo que frenarla cuando, semanas después, se apareció con otros tres más. Siempre

andaba buscando a quién darle algún animalito en adopción. Un día se paró en el Periférico, arriesgándose a provocar un choque, para salvar a un perro paralizado del terror. Otra vez se trajo dentro de su bolsa, desde Monterrey, un gatito muerto de hambre que encontró cuando iba rumbo al aeropuerto. A mitad del vuelo el minino se puso a maullar y Chane le exigió a la aeromoza un poco de leche, ¡y consiguió que se la dieran! Era una “salvadora” que también “rescataba” personas. Yo fui una de ellas, y siempre le estaré agradecida.

Cuando a Rafful lo nombraron en Pesca, me invitó a irme a trabajar con él. Dejé entonces la Comisión Técnica de Implantación de Proyectos de la UNAM y me fui a coordinar un proyecto para las mujeres de las comunidades pesqueras. Pero, la verdad, más que por hacer antropología aplicada, la razón por la cual acepté el puesto fue para estar cerca de Chaneca. Me tocó verla crear la campaña “El pescado es pura proteína” y desplegar su poder de seducción con la fauna de funcionarios del momento. Ella presumía que sólo tenía dos vestidos de noche, que los fue turnando a lo largo del sexenio, y se reía del asombro que causaba su sencillez en el vestir entre las esposas de los altos funcionarios.

En el tiempo que estuve en Pesca, hasta el final de 1982, me tocó ver de cerca el proceso de adopción y salvamento que Chane hizo con distintas personas. Quienes habían trabajado antes con ella la buscaban y los aconsejaba. Era pródiga y desprendida, y su casa era un lugar de encuentro maravilloso, donde siempre había abundancia de todo: afecto, discusión política, comida deliciosa. A lo largo del tiempo fue trayéndose a la Ciudad de México a sobrinos y sobrinas de Nando que venían de Ciudad del Carmen a vivir con ellos. Con sensibilidad e inteligencia, Chane hacía un diagnóstico para ver qué necesitaban: dentista, clases de inglés, incluso terapia. Los adoptaba, ajuareaba, consentía, y les abría un mundo de escritores y políticos, que los alentaba a encontrar su vocación. Cuando se divorció de Rafful, todos los sobrinos y sobrinas evitaron tomar partido, y siguieron visitándola y llamándola “tía”.

Cuando regresé de vivir en Barcelona, en 1985, quise volver a conectarme con mi mundo de antes, y organicé una comida que resultó tan sabrosa, que decidimos repetirla todos los viernes. Al principio vinieron mis compañeras feministas, pero muy pronto se sumaron otras, pues cada quién tenía una amiga “indispensable” a la que quería incluir. Yo invité a Chaneca, pero me hizo prometerle que no se toparía con una amiga común que había tenido un *affaire* con su exmarido. Desde que se incluyó en el grupo de los viernes, Chane se volvió el *hit* de todas las demás. Muchas de las fantásticas aventuras que nos

relataba llegaron a generar cierta incredulidad, hasta que un día Ruti, que era una de sus amigas más antiguas y cercanas, nos confirmó que eran absolutamente ciertas y que, al contrario, el relato de Chane era una versión más matizada de lo que realmente había pasado.

Aunque Chane siempre encontró la manera de establecer una relación muy personal con cada una de las amigas, su espíritu intrépido encajó a la perfección con Jesusa y Liliana. Con ellas viajó mucho: a Nueva York, a Buenos Aires, a España. Además, las acompañó, un tanto temerariamente pues en ese momento tenía setenta años, a Wiricuta, a subir el monte del Quemado. Logró llegar a la cima y desde ahí contemplar extasiada una tormenta de granizo que ocurría unos metros más abajo. Jesu y Lili recuerdan que, de regreso en el hotel, cuando después de un rato buscaron a Chane, la encontraron acostada en la tierra, dialogando con un bichito diminuto bajo los efectos del peyote. Cuando Jesu se acercó a llevarle un vaso de agua, Chaneca le recetó sabiamente: “somos gajitos de la misma naranja”.

Chaneca fue esa figura que inspira a seguir sus pasos, lo que hoy se llama un “modelo aspiracional”. El primer libro que publiqué, en 2001, se lo dediqué: *A Chaneca Maldonado, por su generosidad y sus enseñanzas*. Ella apoyó mis causas y se sumó a varios de mis proyectos. En marzo de 2004, cuando GIRE echó a andar la campaña “El aborto por violación es legal”, Chaneca se hizo cargo del diseño, y la imagen que creó fue acertadísima. Sus intuiciones en las campañas siempre tuvieron un éxito fenomenal. Aunque era progresista, su trabajo de publicista la llevó a hacerle la campaña para gobernador de Guanajuato a Fox, y cuando éste llegó a la presidencia, la choteábamos por su responsabilidad en ese desastre.

Le gustaba la política. Cuando en 2002 un grupo, donde estaban Carlos Monsiváis, Rolando Cordera y Patricia Mercado trató de lograr el registro de un partido nuevo (México Posible), Chaneca se hizo cargo de la comunicación junto con Jorge Javier Romero y Benjamín Temkin. Y, como siempre, los sedujo a todos.

Luego, con el intento de desafuero en 2004, Chane se radicalizó. A partir de entonces su obsesión fue que Andrés Manuel llegara a la presidencia. Lo acompañó de muchas maneras, trabajó para él, se convirtió en una de sus “adelitas”, y como publicista hizo el lema “Sonríe, vamos a ganar”. Repartió propaganda por todas partes. Puso la calcomanía en su coche, y se lo vandalizaron. Seguía con fervor amoroso a Andrés Manuel y cuando finalmente ganó las elecciones en 2018, Chane respiró y dijo: “Ya puedo descansar”.

En octubre de 2010, en la revista *Debate Feminista*, Chaneca (entonces de 82 años) escribió un texto titulado “¿Cuál vejez?”. Luego de un entrañable recuerdo de su amiga Lupe Marín, entra al tema: “¿Cómo estás?”, “Muy bien, pero no como antes”; Eso es para mí la vejez. No existe si no te dejas. Sí existe el montón de años, sí existe la ‘edad’ con sus tiesuras y dolores, aunque no quieras. Pero si no la tomas en cuenta, la muy cabrona se te olvida... ¿Cuál vejez?”

Luego divaga acerca de distintas cosas. Dice: “Hay un ejercicio o juego mental muy padre: defínete en dos palabras. Tardé mucho en encontrar las mías: curiosa y autónoma. Y sí, la curiosidad me mantiene alerta, y la autonomía me mantiene libre”.

¡Vaya que si acertó en autodefinirse!

También en ese mismo texto dice: “Se supone que los dolores se me quitarán solos cuando aprenda a ‘manejar el enojo’. Cómo no enojarse a cada momento con la runfla de mierdas, corruptos, ineptos, bandidos y mantenidos que nos rodean. Contra eso, hacer lo que se pueda y hasta donde se pueda, en el movimiento de López Obrador. Que por mí no quede. Lo que es un hecho es que mi país *no puede seguir como está*”.

Le dolía la gente. Y se conectaba impresionantemente con todo mundo.

Cuando Chaneca llegaba los viernes a las comidas, entraba cantando a la cocina, y se sentaba a charlar con las mujeres que estaban trabajando, que la adoraban y reían a carcajadas con sus ocurrencias. Era un sol que iluminaba todo, pero un sol detallista, que recordaba lo que le habían comentado y así, de semana en semana, mantenía el hilo de la plática con ellas.

Chaneca fue amiga, mentora y salvadora de muchas personas. Además, fue mi jefa, en el sentido amplio de la palabra. Entre las varias lecciones de vida que me dejó fue la de siempre sobreponerse a cualquier malestar o tropiezo, a no amargarse y a disfrutar todo lo que se pudiera de la vida, pero siempre atenta a lo que necesitaban las demás personas y, claro está, los animalitos.

Gracias es una palabra que apenas da cuenta de todo lo que le debo.



Chaneca

Mali Haddad

Me invade una dulce tristeza al pensar en ti, Chane, mi amada Chane, la Chane de tantas y de tantos.

¡Cómo pudiste irradiar tanto amor! Siempre al tanto de todos los que estaban necesitados, prodigando lo que tenías y no tenías. No hubo quien te conociera que no estuviera tocado por ti. Por tu gracia, tu agudeza, a veces tu frontal dureza con quien emitía posturas injustas o discriminatorias.

Tu sonrisa, tu sonrisa... como dice Carmen Gaitán, pizpireta.

En mi último encuentro con la maga de Oz, la de a de veras, me diste tus zapatitos rojos, mágicos.

Me siento llena de ti, de tu cariño, de tu mirarme con aceptación plena, como me hubiera gustado que mi mamá me mirara.

Estás sentada en tu sofá de la sala con tu huipil blanco. Miramos a la ventana llena de verdura y florida. Y de chupamirtos. Bajan dos pájaros grandes, agitan sus alas, uno tiene el pecho amarillo y el otro rojo; me dices que siempre bajan a verte, los mismos. Se van volando, me vuelvo a verte y sólo veo una sombra blanca. Te habías ido con ellos.

Berta Maldonado “La Chaneca”

Graciela Oliver

Gran amiga y compañera:

La conocí el 6 de agosto de 1966 cuando me integré al equipo de colaboradores de la agencia de publicidad Stanton Pritchard Wood.

Fue una mujer muy creativa de noble corazón, trabajadora, entusiasta cooperativa; siempre estaba alegre y era muy comprometida al realizar las campañas de publicidad que le eran encomendadas.

Siempre encontraba las palabras adecuadas para cada producto, se entregaba a su trabajo sin importarle hora ni día.

Vienen a mi memoria gratos recuerdos de aquella época, pareciera que la veo cantando “Para pan, pan, pan; para pan, pan Bimbo” el *jingle* de esa marca.

Era una mujer que se daba a querer fácilmente por sus compañeros, clientes, directivos y hasta en la calle: el bolero, el del periódico y gente que encontraba a su paso.

Nunca la vi de mal humor y si alguien lo estaba, le arrancaba una sonrisa y adiós a cualquier mal momento.

¿Cómo no recordar los paseos a Chapultepec, que se organizaban a la hora de la comida? Los juegos, la convivencia y hasta las tortas de *Toledo*, sin olvidar las fiestas de Navidad con sus regalos de broma en los que claramente se veía su participación.

¡Qué tiempos aquellos!

Chaneca era una persona que inspiraba a los demás, siempre dispuesta a ayudar a quien lo necesitaba. Era una gran mujer digna de admiración y un ejemplo a seguir.

Fue una institución en la publicidad, y para muchos nuestra maestra.

Era un ser humano excepcional y me enorgullece haber contado con su amistad.

Palabras a Chane

Maricarmen de Lara

Los sitios donde has estado
en la memoria los llevo
sólo para ver de nuevo
el rastro que allí has dejado;
la tierra que tú has pisado
vuelvo a pisar; nada soy
más que este sueño en que voy
desde tu ausencia a la nada.
Me hizo vivir tu mirada:
fiel al tránsito aquí estoy...

LUIS ROSALES

La conocí un viernes hace veintinueve años. Su mirada vivaracha, su rostro denotaba fuerza. Para quienes no la habían tratado a veces intimidaba, pero era sólo agudeza, sentido del humor, un mar de anécdotas de vida, diversión, análisis crítico, pensamiento libertario.

Nació en el 1928, lo cual me era familiar, el mismo año de mi madre, un año de un país todavía crispado por la política. Chane trazó caminos de rupturas a lo establecido, a las convenciones, a su generación y al mundo laboral femenino. Su confianza era lo mejor, su seguridad y las pasiones entre la literatura, el cine y, por supuesto, la política.

Chane era protectora y esa confianza, si te lo permitía, era un tesoro invaluable, el más rico. Nos emparejaba el amor a los cuadrúpedos, fueran gatos o perros. Buscaba lugares de adopción o los protegía ella misma. Era consentidora. Me hizo sentir protegida mil veces por su aliento, sus palabras y su ternura, ésa que podía ser infinita para las causas justas, y, al mismo tiempo, exaltada y precisa para quienes consideraba detractores.

Las etapas variadas de su vida se convertían en ricas narraciones de sobremesa donde era capaz de lograr una fascinación absoluta de nosotras, sus escuchas, anécdotas plagadas de imágenes de un México que se construía con políticos rapaces dibujados por Abel Quezada, comentando cómo se había integrado al mundo publicitario, pero también cómo lograba dislocar, romper, hacer preguntas que podrían considerarse incómodas o atrevidas dichas con tan buen tino que los interlocutores palidecían.

¿Cómo se le ocurrió integrar a Álvaro Mutis o a Gabriel García Márquez a las ideas creativas y escritura de textos? Sus narraciones a lo que vivió en esta etapa mirando siempre a los demás, contratándolos para salvarlos de situaciones económicas apremiantes.

Fue amiga, y crítica también, de Carlos Fuentes. Comentaba cómo eran las fiestas o cómo acudía disfrazada a una fiesta y lograba hacer creer que ella era china; hablaba, se movía como tal, y había quienes se la creían, quedaba fascinada y se reía al recordarlo.

Estoy segura que Chane fue una persona feliz. Sólo así se entendía su generosidad. Era feliz cuando nos invitaba a su casa, y nos preparaba mole delicioso con tortillas de verdad, de masa, no *Maseca* horrenda; cuando nos platicaba de Hila y Tina de lo que cocinaban de cuanto las valoraba y quería.

Chane tenía ese don de transportarte a Campeche, tierra queridísima de sobrinos propios o postizos, de todo lo que ideó cuando promovió el consumo de pescado a nivel popular e impulsó que por todos lados se consumiera. Usando su experiencia de publicista, creó el personaje de *Pepe Pez*, buscando mejorar y poner a precios accesibles la alimentación de familias en México ideando recetas y un anuncio animado “Cómeme, Beto, cómeme, Mali, cómeme, Claudia, cómeme, Andrés; soy muy sabroso”.

Chane hizo la traducción de las canciones de *Mi bella dama*, y canturreaba sus *jingles* de finales de los setenta. Ideó Ecko “para nosotras las mujeres Ecko”... o “Entre el zapato y el pantalón está la prenda de distinción” o el famoso “si tú sientes que te pica la colita, en una de éstas tienes lombrices”...

Ese mundo de *jingles* que se recuerdan y marcan la memoria.

Chane fue de las personas más generosas. Me daba ánimos, festejó mis decisiones, me invitó a su mundo, a su casa, me aconsejó y también me apoyó en momentos difíciles. Había inevitablemente reflejos de una relación de autoridad, ésa que se reconoce por la experiencia, de reconocimiento respeto a su figura y a su inigualable sentido del humor. Me acuerdo su uso del ¡Qué

Chaneca en todas partes

cosa! Cómo me divertía con esa anécdota. Me dio el consejo: “Cuando algo no te guste, o no sepas, tú sólo di ¡Qué cosa!, dependiendo del acento; luego la gente es egocéntrica y no aguanta la crítica”.

Acompañarla, verla contar acerca de sus nietos y festejar su vida ha sido para mí un privilegio. La gran Chaneca Maldonado se fue entre las flores de su jardín que gozó, segura de la nostalgia enorme de todas las que la disfrutamos, de sus hijas Aline e Irene a las que adoró, de sus nietos que festejaba tanto sus distintas etapas, de Hila y Tina, de sus perros y de este país que perdió a una pionera de rupturas y compromisos profundos.

Agradezco mucho haberla conocido. Su amistad la llevo conmigo.

Chaneca se oculta

Carmen Gaitán Rojo

Conocí a Chaneca en el verano de su vida, era simplemente arrolladora. No la podría imaginar en su primavera. Ella se encargó de remontarnos a esos días.

Cuentan que cuando joven, de pujante energía y gran inteligencia, fue la estrella de una conocida agencia de publicidad; de su cabeza salieron innumerables anuncios publicitarios que nutrieron nuestras vidas. Aquellos muchachos creativos que la acompañaron en su aventura, respondían a los apellidos García Márquez, Mutis, Del Paso, ni más ni menos.

Las invitadas de Marta Lamas a las comidas de los viernes la vivimos como el más exquisito de los postres. Sonriente, de mirada y sentido del humor inolvidables, nos hacía reír y reflexionar, sus historias tenían lección y moraleja. Para coincidir con ella en esa mesa, bien valía la pena cruzar la ciudad; enfrentar el tráfico infernal desde el Centro Histórico hasta Las Flores, y casi morir de hambre en el intento.

Chane fue observable, difícil de atrapar. Era compleja, vertical, honesta, obsesiva y generosa.

Durante las comidas reparé que todo lo anotaba en una libretita que sacaba de su bolsa negra. No se le iba una. En la libretita también traía las fotos de sus tres nietos que la arrobaban y a quienes cubría de elogios. Agradecida siempre con sus hijas, Irene y Aline, relataba qué buenas muchachas eran, aun cuando habían tenido que vivir su ausencia de madre trabajadora. Solidaria con Hila y Tina, sus cómplices en el quehacer doméstico, quienes a lo largo de 47 años se integraron como miembros de su propia familia. Muy amiga de sus amigas, algunas de la adolescencia, como Aline y Ruti Misrachi, ni qué decir de la China Mendoza, Carmen Mutis, Lupe Rivera. Quiero pensar que también nosotras.

Y aquí va un ejemplo que bien ilustra su manera de ser amiga: para el año 2000 mi padre, quien ya era muy mayor, se rompió la cadera. Logró sobrevivir a la operación. Por su estado delicado se le debían mimos y cuidados. En uno de esos aciagos días de la convalecencia, sonó el timbre en la casa del enfermo,

al abrir la puerta, un muy correcto conductor de taxis bajó varios bultos de cubrecamas desechables. “¿Y eso?” preguntó mi mamá, “¿quién lo manda?”, “Ande, Carmela, me dijo, dele mucho las gracias a su amiga Chaneca”. Ya lo he dicho: no se le iba una.

De la imperdible libreta, cuerno de la abundancia, salían todos los teléfonos que remediaban la vida: la estupenda dermatóloga, Cande la modista, el veterinario que regala gatitos vacunados, Carlos el mejor médico y que además va a la casa, el refugio para mujeres maltratadas, el albañil puntual que nunca falla.

En 1995 Federico y yo finalmente compramos una casa. Duraron dos años los arreglos, hasta que por fin nos mudamos en el 97. La cereza del pastel fue una terraza que remata en las alturas. La disfrutamos mucho, sobre todo en aquellas frescas tardes, conversando hasta el anochecer. Tres mesitas de mimbre sirvieron de apoyo a libros y tazas de café. Las tres fueron testigo del tejido que enlaza a una pareja. Hoy ya sola, subo a la terraza. Medito, leo, me mezo en la hamaca. Las tres mesitas, regalo de Chane, me la recuerdan. Oigo como murmullo sus palabras: “Ya, ya pasó”; presentía mi derrumbe, sabía que la muerte de Federico, me hundía en una tristeza inenarrable. “Ya verás, va a pasar...”

En una Navidad llegó a la comida, con el regalo para todas, como era su costumbre. Chane cargaba una enorme caja que contenía tarros de una crema misteriosa. Ella todo lo sabía, y sólo ella conocía a una magnífica farmacéutica, cuya fórmula secreta sería la salvación de nuestros rostros. A todas nos convenció de que ni la firma más fina y selecta, lograría perpetuar la juventud en nuestras caras. Aún conservo el mío, ya casi vacío, y espero que, como siempre, tenga razón y se cumpla el milagro.

Por otra parte, leer, leer, leer, al igual que la política, era una de sus pasiones. Intercambiaba libros y apuntaba en la libretita a quién los prestaba. No perdía el hilo de los títulos que ansiaba intercambiar y amable, pero firme pedía el ejemplar confiado. “Fíjate, una ventaja de la edad, es que se te olvida lo que lees, así que vivo perpetuamente en el asombro. Qué chistoso, ¿verdad? De pronto me doy cuenta de que hace un mes me había devorada la misma novela.”

En otra ocasión le pregunté: “Oye, ¿y no se te antoja ir al cine? ¿a una fiesta? ¿A una cena?” “Uy no, qué pereza, como me decía Luis de Llano: ‘Chata, tú y yo nos conocemos la noche de memoria.’” Juntos don Luis y ella

habían tejido la programación de la debutante Televisa. Entre muchas otras series, recuerdo el teatro fantástico de Cachirulo. Con su lema del trencito y el *Chocolatote Express*. Contaba Chane que el estudio era un cuarto pelón, todo pasaba ahí dentro. Se las ingeniaban y cambiaban el rostro del set, en un dos por tres. Esa fantasía y muchas más la construyó el dúo con sagacidad y tres pesos. Divertidos y creativos inventaron una manera de ver el mundo, y fueron a la vez artífices de aquel México, sueño de paz y progreso.

Durante la Pandemia estaría encantada con el encierro, sin dejar nunca de estar enterada de la última noticia. Sólo le pesaría no poder ir a trabajar a *La Jornada*. En cuántas ocasiones abandonó apresuradamente la mesa de los viernes, ante nuestras protestas de “Por favor, no te vayas”, porque el deber la llamaba. Porque tenía palabra, porque no se permitía fallar al compromiso. Y porque sabía que ahí entre reporteros y redactores estaría enterada de primera mano del acontecer nacional e internacional. La lectura le apasionaba casi tanto como el periodismo.

Chaneca también fue entregada activista por los derechos humanos de las mujeres. Los promovió al lado de varias de nosotras, durante los muchos años que formamos parte del consejo de Semillas (Sociedad Mexicana Pro Derechos de la Mujer). Asistimos a juntas de trabajo para deliberar a cuál grupo de mujeres se otorgaría financiamiento. Su idea era que todos los colectivos merecían el donativo. Todos los proyectos eran viables, marcarían el cambio en la comunidad. Las mujeres saldrían fortalecidas, porque habían ideado una manera diferente de vivir y de relacionarse con el hombre. Atrás quedaban las historias de maltrato y usurpación de los mínimos derechos. Pero no se contaba con tanto recurso, había que seleccionar y a Chane se le veía descompuesta. Hubiera querido restituir dignidades, enaltecer talentos.

En esa etapa, en los años noventa la descubrí para no perderla más. Fue durante un viaje a Oaxaca para visitar un colectivo de mujeres. Nos tocó compartir cuarto. Ya en la noche, entre una cosa y otra, me preguntó cuál era mi apellido. “Qué curioso”, dijo, y enseguida acotó: “¿qué parentesco tendrías con Luis Humberto, un hermoso y brillante muchacho que trabajaba con Nando en la Secretaría de Patrimonio Nacional?” Gulp, me quedé de una pieza. Se refería a mi inolvidable hermano mayor. Así que antes de conocerla, *avant la lettre*, Chane estuvo ligada a mi vida. Un hilo imperceptible la conectó con ese primogénito que fue leyenda en mi familia. ¡Ay!, la envidié tanto, porque ella sí conoció y trató al entrañable hermano, que murió a los 33 años. Al que se

Chaneca en todas partes

le acabó la vida. A quien yo vislumbro sin color, siempre tanteando su figura en tinieblas.

Habría muchas más Chane que seguir develando y de seguro me acordaré de cientos de anécdotas, que me acompañaran a lo largo de mi vida.

No se fue, sólo decidió ocultarse.

“Chane, le pregunté en otra ocasión, ¿qué haces para celebrar el fin de año?”

“Lo cierro con broche de oro: lo paso en mi cuarto, acostada en mi cama, con un libro y un sándwich monumental de tocino.”

Su cuarto, ese último escenario que contuvo los 92 años de una mujer que era buena y creía en la vida.

Chaneca

Carmen Boullosa

Era rápida, y sabía esperar al momento oportuno, o atrapar al inoportuno, eso le encantaba.

Tenía una voz única por su timbre y por su inflexión (característica y familiar, con acento y neutral, medida y exaltada), firme siempre. El suyo era un tono preciso en el que también se debió hablar a ella misma a solas, acumulando un montón de sabidurías de distintos rangos. Esa voz, con algo de socarrón, pícaro y dicharachero, también aconsejadora, tranquilizante, con guante (blanco y no), esa voz no se puede olvidar.

Abordaba muy a su manera a toda persona y hecho, nos miraba fijo y de frente, y nos pensaba con mirada sesgada. Al mismo tiempo que parecía medirnos a todos, se entregaba de lleno. Era una niña, y era una sabia; tenía en verdad sabiduría inocente, visceral y astuta, y como era buena observadora, guardaba y ordenaba lo que le iba conociendo a las personas.

Parecía querer comérselo todo, y también vivir en el perpetuo “ya comí, ya voy en el postre”, lo que le daba serenidad y aplomo.

Igual ponía el ojo, el alma y su empeño en lo doméstico y en lo político, nada le resultaba insignificante o que no ameritase ese músculo intelectual y afectivo que siempre mantuvo alerta, con aptitud preciosa y simultánea para gozar, juzgar, admirar y criticar. Porque tan sabía admirar sin reservas, como criticar implacable, no le pesaba hacer ni lo uno ni lo otro. Su atención iba al detalle, y al paisaje, sin que le restara aire saber si trataba de “interés nacional” o de lo nimio.

Escuchaba abrazando, y sacaba la navaja si creía necesario pinchar, picar, o afilar o corregir, con una generosidad insólita. Servía de balance y de reserva sentimental de sus amigas.

Sabía, con intuición y encanto, ser cálida y grata, íntima y perspicaz, informarse, enterarse con la curiosidad del que no pierde nunca la capacidad de hacer las mejores preguntas, desde el pizarrón de la inocencia honesta.

Chaneca en todas partes

La conocí bien antes de conocerla en persona. Amigos queridos, escritores y artistas, habían trabajado con ella, para ella. No tuve tiempo de acumular anécdotas antes de encontrármela. En mis recuerdos, acomodó que la conocí en 1981, pero si soy fiel a los hechos sé que fue empezando 1983, en una comida de amigas en casa. No sé quién la trajo; quise haberla traído yo y llevado yo, pero Chaneca no se dejaba llevar: ella llevaba, y sí acompañaba, sabía bailar con el que se le pusiera enfrente. Tendía la mano, acogía, sobrepasaba, se apasionaba, sabía ver frío.

Se conocen sus talentos profesionales, y los amigos la recordamos queriéndola, y extrañando a la Chane, Chaneca, o, como le dice María Teresa, Chanequita, que apenas ahora me atrevo a repetir para mí.

Palabras para Chaneca

Ana Luisa Liguori

Entre las muchas cosas que tengo que agradecerle a Marta Lamas, es haberme presentado a Chaneca. En un principio, en los años setenta, la veía en reuniones de amigos en casa de Marta, en la que alguna vez estuvieron Mercedes y Gabriel García Márquez, Carmen y Álvaro Mutis, y Gina y Jomi García Ascot, entre otros. Yo, desde la esquina de un sofá, escuchaba con asombro el duelo de ingenios narrativos, y Chaneca no se quedaba atrás. Lograba ser el centro de atención de todos los presentes.

Años después, cuando Marta empezó a organizar una comida semanal, la de las viernícolas, Chaneca fue figura imprescindible; sólo ella tenía un lugar fijo en la mesa. Las que asistíamos, entre diez y veinte mujeres de distintas edades y profesiones, no había ninguna quien al entrar a la casa no preguntara: ¿viene Chaneca? En las caras se reflejaba la alegría o decepción según fuera la respuesta.

Chaneca era, con sus relatos pasados y presentes, la chispa y el condimento de nuestras reuniones, querida y celebrada por todas. A menudo, un episodio de su vida empezaba con un: “ven aquí...”

Por años, aunque en raras ocasiones, mi hijo Jonás pedía como privilegio especial ser invitado a la mesa de los viernes (por algo es el ahijado de Marta). Ahí conoció a Chane y, como todo el mundo, quedó flechado. Tiempo después supe, por la propia Chaneca, que Jonás pasaba a visitarla. Resulta que era vecina, pared con pared, de un compañero de escuela al que Jonás veía con frecuencia. Chaneca me contó que él tocaba su puerta y pedía que le avisaran que su amigo Jonás la venía a visitar. Esa confianza que mi hijo expresaba se debía a la extraordinaria capacidad de conexión que Chane tenía con los niños, como pueden atestiguar muchos otros (tal vez, el más reciente de todos es Camilo, el hijo de Paula Mónaco). Chane los trataba como iguales y ellos se divertían como locos ante esa generosa invitación.

También tuve el privilegio de inolvidables *tête à tête* con ella, siempre abierta a recibirme, porque así era Chaneca: la mejor amiga que las personas

Chaneca en todas partes

que la rodeaban, de cualquier edad o condición, pudieran tener: abierta y sincera, generosa y divertida, siempre igualitaria.

Creo que la silla de Chaneca en la mesa de los viernes debe quedarse vacía, como se hace durante la cena de pascua en la tradición judía, con la esperanza de que su espíritu llegue y nos diga: ¡ven aquí! y nos cuente, con picardía, sus aventuras desde que la vimos por última vez.

Chaneca, leyenda creativa

Tere del Bosque

Recuerdo su mirada vivaz, inquisitiva y traviesa.

Fue lo primero que conocí de ella cuando llegué como *copy* a McCann Erickson Stanton.

Chane ocupaba una oficina con vista a los arcos en avenida Chapultepec. El mío era un cubículo pequeño justo al lado, que yo —aún estudiante de Ciencias y Técnicas de la Información en la Ibero— estaba estrenando. Era su vecina y me sentía afortunada. La vi pasar apresurada con muchos papeles en la mano y gritando: “¡Marlene!”...

Me sonrió y me lanzó esa mirada breve que hoy recuerdo.

Marlene, su secretaria, se levantó en seguida y fue tras de ella. Las perdí de vista.

Pensé que ahí radicaba su genialidad, y hoy sigo creyendo que fue su modo de mirar las cosas, con ojos frescos y atentos, lo que la inspiraba para encontrar *slogans* como “Gansito, qué rico pastelito”, o “¿bueno? ¡El pescado!”

Nunca tuve oportunidad de trabajar con Chane directamente, porque yo pertenecía al grupo Colgate, bajo la dirección creativa de Tony Stern. Chane era su propio equipo. Y las cuentas que llevaba la mantenían muy activa. A ratos la oía tararear, reír, o defender algún punto con vehemencia en alguna junta o llamada telefónica.

Los ejecutivos de cuenta y clientes que llegaban a su oficina le profesaban admiración y cierto grado de temor, porque Chane defendía sus ideas con razones y pasión: eran sus bebés, y así amaba sus campañas.

En mi humilde opinión, Chane fue una de las mejores creativas de su tiempo y me hubiera encantado trabajar con ella. Alguna vez me lo propuso, pero yo estaba aprendiendo mucho y muy agradecida con Héctor Orcí, el entonces director de cuentas que me presentó con Tony, mi director creativo. No coincidieron nuestros tiempos.

Chaneca en todas partes

Las veces que tenía oportunidad de platicar con ella, trataba de aprender de su proceso creativo, pero aparte del racional, no compartía ninguna de las reglas que yo debía seguir con Tony para Colgate.

El método de Chane era la pura observación y conocimiento del *target* al que iba dirigido su producto. Era como un instinto, un sexto sentido que —como un imán— extraía del estilo de vida un deseo, un gusto, y lo transformaba en un *jingle* pegajoso y divertido.

La última vez que nos vimos fue en casa de José Luis Chong, en una reunión de “Los macanudos”. Ahora su pelo era gris, alborotado y cortito, su risa y su mirada intactas: igual de inquieta y asombrada, con esa chispa que le valió el nombre de “Chaneca”.

Siempre expresó su gran cariño por nuestro México, se involucró en política y diseñó campañas para personajes públicos. Creía en la igualdad de oportunidades para todos y en un México libre y pujante. Fue divertida y generosa con sus amigos y dejó huellas blancas en el mundo de la publicidad.

Va un saludo para ti, Chane, espero que disfrutes de la paz y la alegría de los espíritus que como tú son pequeños de estatura y grandes de corazón.

La leyenda

Unos dicen que la vieron. Que la Chane paseaba libremente por los pensamientos. Los miraba y se reía, los borraba o jugaba con ellos.

En su mirada curiosa que nadie ni nada escapaba, atrapaba y perseguía los más diversos. Y con su lápiz crecían como la cobija de Sofía. Los unía o los destejía. Los despojaba de vestuarios complejos y los tarareaba desnudos como bebés recién nacidos.

El caso es que yo la vi y la oí reír, murmurar, dictar y atrapar los pensamientos para dejar su huella blanca y viva en el espeso bosque de *jingles* y *slogan* muertos.

Con cariño y admiración,

Tere del Bosque

Palabras para Chaneca

Martha Garrido Ojeda

Hoy es un día especial para mí, me invitaron a escribir acerca de una amiga muy querida “Chaneca”, que fue mi jefa y dejó en mí muchas enseñanzas.

Es difícil resumir lo que pienso de la vida increíble de una mujer, que a los 92 años seguía trabajando.

Quisiera empezar diciendo que ella abrió muchas puertas en el ámbito laboral a mujeres, en una época en que no era fácil que una mujer destacara.

Tengo entendido que nació en Ciudad Juárez, siempre logró ser muy buena en lo que le gustaba: “la publicidad”, La conocí cuando ella era novia de Fernando Rafful Miguel. La recuerdo como una mujer muy guapa, con una melenita negra y un cutis hermoso. Pasaron los años, el destino nos hizo reencontrarnos cuando la vida me llevó a trabajar, en el entonces Departamento de Pesca, cuyo director era Fernando Rafful, que ya estaba casado con ella. Chaneca estaba a cargo de la Dirección de Publicidad e Imagen del Departamento de Pesca, al que integró un equipo muy preparado que venía de la iniciativa privada. Yo me uní, proveniente de la Secretaría de Patrimonio, como asistente de la señora Guadalupe Solís, que era la Coordinadora de Imagen y que hoy es una entrañable amiga a la que llamo “Piri”.

La señora Rafful, como yo la llamaba en ese entonces, era una mujer muy trabajadora, simpática y muy buena madre. Estaba orgullosa de sus hijas, recuerdo haber leído las bellas poesías de su hija Irene, que me sorprende que nunca haya publicado. Además de tener dos hijas, era el apoyo y guía de alrededor de ocho sobrinos.

Era una mujer que tenía amigos en todos los ámbitos, escritores famosos como Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, la China Mendoza y muchos más, así como sus respectivas esposas, como Carmen Mutis, una bella mujer. Personalidades como Paco Malgesto y Malicha Moreno, que hacían los comerciales de *Pepe Pez*, campaña muy exitosa creada por ella, se sumaban a su lista de amistades. Recuerdo también, dentro de sus amistades, a Germán Robles, el famoso vampiro del cine mexicano, a

Chaneca en todas partes

Rita Macedo y muchos más, personalidades de la política, que si menciono aquí no terminaría.

Mi amiga “Piri” se fue a Productos Pesqueros Mexicanos y yo me quedé como Coordinadora de Imagen, teniendo a “Chaneca” como mi jefa directa, la pude conocer más, era una mujer muy inteligente, muy eficiente y exigente, pero no sólo con los demás, también con ella misma; sin embargo, sabía reconocer el trabajo de los demás.

Años después de salir del Departamento de Pesca, tuve la oportunidad de volverla a ver en una cena a la que Lupita Solís me invitó. Recuerdo que el humor negro de David Garay y las anécdotas de Chaneca hicieron una muy divertida velada.

Una vez, le pregunté a Chaneca por qué no escribía sus memorias. Ella me contestó que ya tenía escrita su biografía, pero que no quería que se diera a conocer hasta que su nieta Camila fuera mayor, o mejor aún, cuando ella ya hubiera partido. Espero con mucho interés su publicación para conocer más de la interesante vida de una gran mujer, en todos los sentidos. Ojalá sus hijas Irene y Aline la publiquen.

Agradezco la oportunidad de escribir de “Chaneca” una mujer y amiga muy especial.

Chaneca, comunicadora

Socorro Díaz

Escribir estas líneas acerca de Berta Chaneca Maldonado, a invitación de su hija Aline, es entrar en el túnel de la memoria, a sabiendas de que la memoria, según filósofos y escritores, es un terreno resbaladizo por las emociones, y tramposo por los paréntesis personales.

Como asunto de previo y especial pronunciamiento, según afirman los abogados, debo decir que estoy convencida de que Chaneca fue una notable comunicadora. Ante el hecho de su partida final se ha escrito y difundido que fue activista, publicista, publirrelacionista, amiga de grandes figuras de las letras y de la política. Y todo lo anterior es cierto. Pero, sobre todo, fue, de manera innegable, una excepcional comunicadora, una mente brillante para “poner en común”, que es el significado etimológico de *comunicare*.

La conocí realizando sus tareas de comunicadora, esto es, produciendo y dirigiendo un programa de televisión para el Canal 13, en los ya remotos primeros años setenta del siglo pasado.

Un día me llamaron de forma inesperada a la redacción de *El Día* de parte del director de Canal 13, el conocido publicista Antonio Menéndez González, quien estaba a cargo de ese medio que, por algunos problemas de orden financiero, dejó de ser propiedad privada y fue rescatado por el gobierno del presidente Luis Echeverría que estatizó aquella Corporación Mexicana de Radio y Televisión.

Llegué a su oficina ubicada en la Torre Latinoamericana y ahí me invitó a participar como comentarista de temas políticos en un programa vespertino de aquel canal renovado. Le contesté la verdad: no había hecho nunca periodismo televisivo y no sabía si podría cumplir un papel decoroso en esa especialidad. En aquel tiempo era cronista de la Cámara de Diputados y escribía un artículo semanal en las páginas editoriales del diario.

Con ánimo abierto y optimista —no digo campechano, porque Menéndez nació en Yucatán— me contestó:

—Tú despreocúpate, en la dirección del programa estará una mujer muy fregona, es la Chaneca Rafful. Ahora te la presento.

Entró Chaneca a la oficina y tras las presentaciones de rigor ella y yo nos fuimos caminando por San Juan de Letrán —ése era el nombre del hoy Eje Lázaro Cárdenas— hasta Mina 24, sede de los estudios del Canal 13.

En los días siguientes nos reunimos con Chaneca el respetado sicoanalista Alberto Cuevas, hermano de José Luis Cuevas; María Luisa Mendoza —la ya famosa escritora, conocida por tirios y troyanos como La China—, y Lupe Marín, ex esposa de Diego Rivera, personaje singular de la vida y la cultura de México, modelo de La Madre Tierra en el mural que Diego pintó en la Universidad de Chapingo.

El programa se llamaría *A media tarde*, se transmitiría en vivo a las cinco y media una vez a la semana y trataría de algún tema de interés general con la visión de cada uno de los participantes. Lupe Marín hablaría con su enfoque de la vida cotidiana, La China tendría a su cargo los temas culturales, el doctor Cuevas enriquecería la discusión desde la especialidad psicológica y la autora de estas líneas haría comentarios políticos.

”Se trata, precisó Chaneca, de hacer un programa que compita con la televisión comercial para atraer a las mujeres que ahora, por las tardes, sólo pueden ver telenovelas. Hay que abrir la posibilidad de que conozcan otros contenidos, que tengan acceso a cierta diversidad en la programación. Y que quede claro, los comentarios que hagan ustedes deben ser sin concesiones. No bajen el tono. Ya sabemos que las irrecatables, las que no tienen remedio, seguirán viendo culebrones”. La expresión “las irrecatables” causó una carcajada colectiva.

Empezamos un programa de televisión que duró varios años y tuvo un notable éxito, de acuerdo con los comentarios públicos y privados que suscitó. Antonio Menéndez murió en 1973. Lo sucedió el distinguido académico y político, Enrique González Pedrero, autor del espectacular crecimiento y la capacidad de competencia de la televisión pública con el monopolio televisivo privado. Los estudios se trasladaron casi al finalizar el sexenio a las nuevas instalaciones de Canal 13 en Periférico y todos trabajamos bajo la dirección de Chaneca, que asumió durante el liderazgo del maestro González Pedrero nuevas responsabilidades en las tareas de producción televisiva.

Mi aventura ante las cámaras de televisión concluyó con el cambio de sexenio. El gran caricaturista Abel Quezada, designado director del canal por

la directora de Radio, Televisión y Cinematografía, doña Margarita López Portillo, hermana del presidente de la República, decidió suprimir el programa y nos corrió a todos.

Pasados unos meses, Quezada publicó en las páginas editoriales de *Excelsior* una caricatura que ofendió a los más altos niveles del poder político y fue cesado de manera fulminante de su cargo directivo.

La venganza personal fue publicar bajo el seudónimo compartido de Martín Mora en una sección de primera plana de *El Día*, llamada “Palabras de hoy”, similar a “Rayuela” de *La Jornada*, lo siguiente:

—No es lo mismo hacer chistes del poder que hacer chistes en el poder.

Chaneca me llamó por teléfono para comentar escueta: “así se hace y se dice”.

Dos rasgos de carácter singularizan y hacen admirable la vida de Chaneca: 1) fue una mujer con gran autonomía de vuelo y, en muchas ocasiones, sus alas estaban conformadas por un extraordinario sentido del humor, del que no escapaban, por supuesto, los poderosos; y 2) sus actos tuvieron como motor un irrevocable compromiso social.

Sólo narraré dos vivencias que ilustran lo anterior.

Durante una gira del presidente José López Portillo a Cuba me tocó compartir mesa con ella y su entonces marido, el secretario de Pesca, Fernando Rafful, en la cena de Estado que el mandatario mexicano ofreció al comandante Fidel Castro en la residencia de la embajada de México en Cuba. Era embajador mi querido amigo Gonzalo Martínez Corbalá.

Llegó el presidente López Portillo vestido de “punta en blanco”. Albeaban la guayabera y el pantalón. Por coincidencia pasó al lado de nuestra mesa y con su irrenunciable chispa de humor, Chaneca, la esposa de su colaborador, dijo en voz alta, recordando, con cambio de género, el primer verso de una vieja canción popular mexicana:

—¿Palomo, de dónde vienes?

Fernando se puso serio y nervioso. El presidente, hombre también con sentido del humor, hizo un esfuerzo para no soltar la carcajada. Se mordió el cachete, como se dice, y repitió entre dientes el segundo verso de la misma canción:

—Vengo de San Juan del Río...

Nos quedamos riendo y celebrando el ingenio de Chaneca y su irreverencia frente al poder. Ella no nació para ser esposa de, sino para ser ella misma... a secas.

Chaneca en todas partes

Pasaron muchos años y nos volvimos a encontrar en la primera campaña por el Presidencia de la República de Andrés Manuel López Obrador. Es conocida y reconocida su labor como propagandista del entonces aspirante y hoy presidente. Fue autora de muchos *slogans* memorables, en particular de “Sonríe, vamos a ganar...”

Hay muchas pruebas de que el compromiso social acompañó y marcó su vida. Sin mayores discursos o vueltas quiso y trabajó para que la gente común, la que no tiene historia, pero hace la historia, pueda acceder a una vida digna de llamarse así.

Por ser testimonio directo de un talento al servicio de su vocación social, concluyo estas líneas con el anuncio propagandístico que en aquella campaña de 2006 fue ampliamente transmitido por radio y televisión, basado en la adaptación que Chaneca hizo de unos versos de *Amorcito corazón*, la inolvidable melodía de Manuel Esperón con letra de Pedro de Urdimalas, interpretada por Pedro Infante.

Esa tarde, en las oficinas de campaña ubicadas en la colonia Roma, ante los ahí reunidos en torno a una mesa de trabajo cantó sin presentación alguna, pero con voz entonada y fuerte, su creación:

*Yo quiero que
Andrés Manuel
sea presidente
Para que al fin
pueda vivir
mejor la gente.*

Chaneca o la inteligencia amorosa

Ana Piñó Sandoval

La vi pasar corriendo, bueno, casi corriendo, al lado de AMLO.

Al Zócalo lo atravesaba un anchuroso camino vallado desde las oficinas del gobierno del DF hasta el templete colocado frente a la Catedral. A ambos lados del trayecto se agolpaba una multitud inusitadamente numerosa. Era la mañana del Desafuero, 7 de abril de 2005, y por ese recto camino que cruzaría también nuestra historia compartida, a un lado de AMLO iba Chaneca, y del otro, Elena, las dos escoltándolo.

En mi memoria guardo con nitidez la imagen de Chaneca avanzando resuelta, impulsada por una corriente invisible y la emoción causada por AMLO cuando al terminar su discurso, dijo: “Los quiero desafortadamente”.

Esa mañana Jaime Avilés escribió: “comenzó a funcionar el Comité Coordinador para la Defensa de la Voluntad Ciudadana, integrado por Elena Poniatowska y Berta Maldonado, La Chaneca Maldonado, en representación de los ciudadanos independientes”.

El desafuero fue un jueves y, al día siguiente, AMLO dejó la oficina del Gobierno del DF. El domingo llamé a Chaneca, quien, a pesar de estar cansadísima por todos los acontecimientos, aceptó que nos viéramos esa misma tarde. Vinieron conmigo mis dos hijas, Mariau y Ana, entonces de diecisiete y dieciocho años. En el Zócalo habíamos llorado de enojo y, a pesar del discurso formidable de AMLO en la Cámara de Diputados, teníamos todos un sentimiento horrible de frustración, de injusticia... de desgracia.

Sentadas en la salita de su preciosa casa, Chaneca nos incorporó a su personal campaña de apoyo a AMLO y nos cambió el enfoque de la situación. Había que encontrar ideas que ayudaran a deshacer el sentimiento de derrota. Hay pocas personas que, como Chaneca, pueden pensar desde las emociones con inteligencia y van directamente al grano. Ella tenía la capacidad de expresar siempre lo más atinado, de encontrar con facilidad el meollo de cualquier asunto y de paso, revelar lo no evidente. Desenmascaraba cosas divertidas, a veces secretas y siempre sorprendidas. No en vano fue una extraordinaria publicista.

Ese día, a mis hijas, que tenían entonces la misma edad que yo cuando había conocido y empezado a admirar a Chaneca a principio de los setenta, les fascinó conocer a la creativa de aquel anuncio que fue un *hit* durante su infancia: “Si tú sientes que te pica la colita, en una de éstas tienes lombrices, tienes lombrices...”

Inspiradas por Chaneca, esa misma noche a Ana y a Mariau se les ocurrió el nombre para una página en Internet: *TQdesaforadamente*. Entonces, en 2005, apenas empezábamos a conocer qué cosa era una página, no sabíamos bien a bien qué eran un *blog*, YouTube o Facebook; Twitter no existía. Ah, pero con las influencias de Chaneca en el periódico *La Jornada* la siguiente semana empezó a existir *tqdesaforadamente.org* y en el Internet, se convirtió en una de las primeras manifestaciones proAMLO.

Durante las próximas tres semanas el Comité Coordinador para la Defensa de la Voluntad Ciudadana estuvo en constante acción. Se hacían los preparativos para la manifestación del domingo 24 de abril convocada por AMLO, y que se convertiría en la manifestación espontánea más grande que ha habido en México.

Para entonces, escribió Jaime Avilés: “[ya existían] unos muñequitos con la cara del Peje vestido con ropas de presidiario que, al abrirse como una chamarra, lo muestran de traje y corbata, cruzado por la banda presidencial”. A Avilés le faltó añadir que hacer estos muñequitos fue una idea de Chaneca y que se hicieron en el colectivo de costureras sobrevivientes del Temblor, quienes eran amigas suyas. Se diseñó un cartel con las fotografías de los legisladores que votaron por el Desafuero, y sobre una panorámica del Zócalo repleto ese día memorable del 7 de abril se imprimió la frase que se le ocurrió a Chaneca: “Lo desaforaron 360... y millones lo haremos Presidente”.

A su oficina en *La Jornada* llegaron canciones, poemas y frases en contra del Desafuero enviadas de todos los rincones de la República. Las juntamos para armar un fondo de pensamientos e ideas con los que, a su vez, Chaneca alimentaba sus propias ideas. Había frases buenísimas que entonces anoté en una libreta y que ahora vuelvo a descubrir al tiempo que hago esta remembranza de Chaneca. De las secretarías: *EXIJO JUEGO LIMPIO Y VOTAR POR QUIEN YO QUIERA*. De mis hijas: *NO AL USO FOXIOSO DE LA LEY*. Los taxistas: *YO TAMBIÉN SOY LÓPEZ*. De Fernando del Paso: *CUANDO CONSIGNEN A NUESTRA DEMOCRACIA ¿QUIÉN VA A PAGAR LA FIANZA POR ELLA?*

Surgió la idea de escoger una serie de las mejores frases e imprimirlas en volantes para usarlas el día de la manifestación. Chaneca tenía un sistema que

consistía en anotar todo en una libreta grande que siempre tenía a mano. Allí escribía con su vasta letra cursiva todo lo que iba surgiendo en su trabajo, en su día a día, en su mente. Conservo una hoja de esa libreta donde la mano de Chaneca delineó las frases que mandamos a imprimir:

*SILENCIO, MÉXICO ESTÁ DESPERTANDO EN PAZ.
INGENUOS LOS QUE CREEN QUE EL PUEBLO ES INGENUO.
SUFRAGIO EFECTIVO, NO A LA TRAMPOSA DESCALIFICACIÓN.*

El domingo 24 de abril de 2005 desfilamos por Reforma y avenida Juárez en dirección al Zócalo. Se calcula que había un millón doscientas mil almas. A la plaza pudieron llegar alrededor de doscientas mil personas y el millón restante se quedó en las inmediaciones. La fila llegaba hasta la glorieta de la Diana. En proporción pocos alcanzaron a recibir nuestros volantes y darse cuenta de la intención; pero eso no importaba; se trataba de recrear un sueño, de realizar una especie de magia.

Chaneca orquestó todo y financió los volantes. Se acordó que, desde el Hotel *Majestic*, unos chicos activistas del grupo *Flor y Canto* los lanzarían al aire. Con gran dificultad llegué hasta la esquina de Madero y el Zócalo y pude ver desde los portales cómo las masas que iban llegando a la plaza brincaban para atrapar los papeles blancos. Chaneca, que estaba con AMLO en el templo al otro extremo, frente a Palacio Nacional, dijo que “desde allá, los papeles al caer, parecían parvadas de palomas descendiendo”.

Ese día se hizo real la metáfora de la esperanza, aportación secreta de Chaneca al movimiento que a la postre llevaría a AMLO a la presidencia. Y, al año siguiente, ella concibió la frase que venía gestando desde los días desafortunados y que, por último, se cumplió para los millones de mexicanos que votamos por AMLO doce años después:

SONRÍE, VAMOS A GANAR.

Esta frase genial, un guiño horizontal y clarividente, es espejo de la propia Chaneca, mexicana creativa, perspicaz, amiga generosa, libre y auténtica. Chaneca tenía la virtud y gracia de la inteligencia amorosa, siempre hacedora de buena fe. ¡Cómo la extrañamos!

Palabras para Chaneca

María Esther Echeverría Zuno

Mi Chane queridísima:

Cuantos recuerdos, emociones y aprendizajes pasan por mi mente y mi corazón.

En mi primer encuentro contigo, me platicaste que conocías a mi madre y la estimabas mucho; Ruti, amiga de las dos, te la había presentado.

Por esos tiempos, Nando y Alain se hicieron amigos, y tú y yo amigas para siempre.

Cuántas reuniones y cenas en tu casa de San Jerónimo disfruté, aprendiendo mucho de ti. Me decías que las mesas deberían estar muy bien puestas, bonitas y alegres, que la comida debería de ser deliciosa y abundante, porque así siempre estarías lista para compartir y gozar con los amigos y la familia.

Ahí en tu casa, y en torno a tu mesa, fue que te conocí como la tía queridísima de aquellos ¡muchos! sobrinos y sobrinas que llegaban de Ciudad del Carmen a vivir con ustedes. Tus cuidados, me consta, fueron intensos, apropiados, contundentes y siempre llenos de cariño.

Por tu casa pasaban muchos personajes, poetas, escritores, gente inteligente y divertida. Ahí pude conocer y abrazar a Gabriel García Márquez y a la Gabita, Álvaro Mutis y a Carmen, así como a los amigos chilenos, los Littin.

En aquellos años setenteros, mis estudios universitarios se entrelazaron con mi primer embarazo; fue un periodo en el que estuviste cercana y apapachadora, como testigo del crecimiento de mi panza, dándome apoyo, múltiples recomendaciones, ropa de maternidad y mucha seguridad.



El nacimiento de Ana, mi hija, lo celebraste conmigo, cercana y cálida, desde el hospital y siguiéndola de cerca, viéndola crecer. Su foto la tenías en tu librero de la sala: siempre me sentí muy contenta de verla ahí.

Yo creo que con Ana te entrenaste un poquito, como la abuela maravillosa que fuiste. Tus consejos permanentes, útiles y diferentes, siempre fueron bien recibidos.

Tu capacidad de asombro te caracterizó siempre, y con tu intensidad me mostrabas, muchas veces, lo que yo no podía ver.

Recorrimos muchos rincones de este país: con emoción, vibramos juntas ante paisajes, artesanías y personajes inolvidables.

¡Ay, mi Chane, qué amor por México, tan grande y profundo, nos unió siempre!

Tuve tu apoyo y compañía en el Museo de Culturas Populares, en Coyoacán, que tanto disfrutaste con sus exposiciones y concursos. También fuiste una consejera aguda e intensa durante mis años de aprendizaje y trabajo en FONART.

Fuiste inspiración y ejemplo con tu entusiasmo, creatividad y dedicación en todo lo que realizabas en tus múltiples trabajos. Siempre comprometida y apasionada, estudiosa y muy crítica con tus reflexiones profundas, que se veían adornadas con tus ocurrencias y enorme sentido del humor.

Los consejos y orientaciones estaban siempre listos y a la mano. Te recordaré con tus libretas, en las que todo lo apuntabas y de las que podían salir, mágicamente, las mejores recomendaciones: desde el dato de un médico especialista genial, una receta de cocina, el teléfono del “mejor tapicero”, o la dirección exacta para comprar lo que fuera necesario.

Así como dabas y apoyabas, recibías y preguntabas con curiosidad y atención, y si valía la pena aquel dato lo anotabas en tu libreta.

Tus ojos vivaces, tu agudeza, tu intensa presencia me han acompañado siempre.

Estás y estarás siempre en mis pensamientos y recuerdos llenos de agradecimiento y mucho cariño.

La Chiquis

De Lupe para Chaneca

Guadalupe Rivera

Mi querida Chane,

En cualquier parte del Universo donde te encuentres recibirás esta pequeña carta, simplemente para anunciarte que, dado el estado físico en que me encuentro, pronto te alcanzaré, porque espero encontrarte para poder seguir viviendo con la alegría y la felicidad que siempre tuve estando a tu lado. Recuerdo que supe de ti por mi madre, quien me dijo que me iba a presentar con una amiga que me caería muy bien y la dichosa amiga fuiste tú. Desde ese momento, en todos los momentos que pasamos juntas con mi familia que tanto te quería, o entre nosotras y otros amigos, fuimos inseparables y nunca dejaste de mostrarme tu generosidad y tu alegría, abierta siempre para mí, sobre todo en las cuestiones más sencillas de la vida diaria, como era el trato con mis hijos Juan Pablo y Diego a quienes quisiste tanto como yo quise a tus hijas Irene y Aline. Gracias a ti, mi austero mundo profesional cambió a la frescura y espontaneidad de tus amplias y variadas inquietudes, haciendo que conociera y viviera una gran diversidad de experiencias sociales y culturales a las que era yo ajena. Mi hijo Juan Pablo recuerda cuando un día llegaste toda entusiasmada con un disco de regalo; me dijiste que era de un grupo musical que era lo máximo; se trataba, ni más ni menos, que de los *Beatles*. ¡Qué mejor recuerdo y referencia! Fuiste mi contacto con aspectos de la vida a los que yo, de otra manera, no hubiera accedido. Ésa eras tú, Chane, lo fuiste para mí y para muchos que te conocimos y gozamos de tu amistad, de tu chispa e inagotable ingenio, de tu capacidad de ver siempre el lado bueno de la vida y transmitirlo a los otros.

Y con ese recuerdo y esa presencia, me despido. Lo hago con el cariño y agradecimiento por todo lo recibido de ti, por la alegría de nuestros viajes, en las reuniones y encuentros con los amigos y con la familia, donde siempre fuiste una parte de nosotros y así continúas aquí, presente en mi vida, en nuestras vidas, en las de todos quienes te conocimos y apreciamos. Fuiste para mí como una hermana a quien quise y quiero con todo el corazón.

Lupe

Palabras para Chaneca

Diego López Rivera

Querida Chane,

Te escribo desde el recuerdo y el sentimiento, pero más lo hago desde tu presencia en mí a través de la memoria y el aprendizaje, desde el cariño y apoyo, desde la solidaridad que siempre supiste dar desde tu generosidad. Generosidad de ser humano intenso, apasionado, locuaz, pero a la vez centrado y firme, lleno de convicciones y anhelos, eso me enseñaste, eso traté de aprender.

Desde mi primer trabajo como adolescente para un comercial hasta mis primeras experiencias en la televisión comercial, fueron gracias a ti. Más adelante, fue un programa de televisión para fomentar el consumo de pescado, y siempre tu amistad y cariño. Tu consejo y apoyo cuando lo requería, tu certeza de que siempre se podía salir adelante.

Te escribo desde la presencia viva, entrañable, de tu amistad y afecto en la familia, con mi madre y mi hermano, con tus queridas hijas y amigas mías, Irene y Aline, con los amigos comunes que compartíamos en reuniones y eventos y luego a través del trabajo, siempre animosa, llena de propósitos y metas.

En los últimos años nos vimos poco, no por ello nuestro reencuentro un día que te fui a ver a *La Jornada* fue menos cercano y directo como siempre, como si no hubiera pasado el tiempo el momento volvía a ser el mismo, de confianza y cariño en esa aparente distancia que ponías para no entregarte plena al afecto que te desbordaba y llamaba a corresponderte, a darte tanto como al menos a mí, me dabas, me hacía sentir que estaba presente, que valía, que tenía un lugar. Te llegué a decir que eras como una segunda madre para mí y nada más me mirabas y sonreías ligeramente, lo sabías porque, de alguna manera, así había sido, así lo había sentido y significado.

Te acabas de ir, te fuiste pero no, porque sigues estando, permaneces en esta memoria y en estos recuerdos, pero sobre todo en el afecto y las enseñanzas que me diste —que nos supiste dar a muchos—, las cuales siempre estarán presentes, las cuales siempre agradeceré. Con todo mi cariño, estas palabras en tu memoria.

Qué aburrido va a ser

Paula Mónaco Felipe

“Esto es mejor que Nueva York y París juntos”, dijo Chane cuando conoció Villa María, la ciudad donde nació, creció y vive mi familia.

Reímos. Porque es bonita, pero apenas una ciudad chiquita en medio de la pampa argentina. La frase de Chane se escuchó desopilante, tanto como ella era y disfrutaba de ser.

Veinticinco años después, ya no siento tan exagerada aquella máxima provocadora y lanzada a viva voz. Es que en mi pueblo-ciudad no hay rasca-cielos, turistas ni torre Eiffel pero sí muchos árboles y un río hermoso, mucha agua, comida producida en la zona, cafeterías y panaderías nivel locura, una universidad y la tranquilidad de que los niños pueden moverse solos en bicicleta. Es decir, un lugar seguro-bonito-surtido como los barrios privados que ahora proliferan en el mundo como esos pueblos tranquilos a donde los ricos se retiran a vivir rodeados (y a donde se refugiaron ahora en tiempos de pandemia).

Esa y mil frases de Chane resuenan, aparecen todo el tiempo. Son cosas que pocas veces entendí en su momento porque no fui capaz de seguir sus razonamientos, su pensar. Pero sí comprendí enseguida que las palabras de Chane eran esclarecedoras, mandatos incuestionables, sobre todo si empezaban con un “Ven acá...”

A esa muletilla que decía histriónica, con un disfrute único, le seguía siempre una máxima, un consejo, una lectura sagaz y puntual. Chane me escuchaba, hacía preguntas, hablaba poco. Pero cuando abría la boca disparaba un flechazo con total puntería.

Ven acá... y elegía las toallas que debía tener en mi casa.

Ven acá... y “claro que vas a aprender inglés; es fácil; yo aprendí rapidísimo”.

Ven acá... y descartaba una casa que pensábamos sería nuestro nuevo hogar, sentenciando “Éste no es lugar para vivir, en este barrio no se vive”.

Ven acá... y me daba una edición del *New Yorker* con la instrucción precisa de cuál nota debía leer.

Ven acá... y “Pauli, no te preocupes por eso; tú enfócate en lo tuyo que lo harás bien; lo haces bien”.

Ven acá... y me chuleaba algunos zapatos o un suéter de buena lana.

Ven acá... y el consejo preciso sobre el rumbo de mi trabajo, qué y dónde escribir.

Ven acá... y “no le des muchos juguetes, uno a la vez porque si no, se distrae y no se concentra”, apenas nacido mi hijo Camilo.

Ven acá... y “Pauli, no te dieron ese trabajo por ser mujer. Simplemente por eso”.

Así me iluminaba la vida: desde los zapatos a cuál casa elegir, el rumbo profesional o las toallas. Después su abrazo protector se extendió a Miguel, mi pareja, y Camilo, nuestro hijo.

Con ella y mis tías hicimos algunos viajes: a Nueva York, al Más Allá, al desierto a comer peyote, a Buenos Aires y a Villa María, por supuesto. No sé cuánto, no podría dimensionar cuánto me cambió la vida el conocerla, pero estoy segura de que entró como un huracán y, desde entonces, nada fue igual. De ella aprendí, por ejemplo, la importancia del “saber estar”, un eje en su filosofía de vida. Eso que nunca explicaba a detalle pero siempre te señalaba cuando estaba ocurriendo: *esto es saber estar*.

Ahora, en estos extraños días sin ella, la encontramos por todas partes. Está en consejos que regresan como bumerán. En los espacios de la casa que ella nos ayudó a comprar. En un sobre cerrado con instrucciones precisas para llegar a un restaurante donde debíamos comer en Lisboa, esa ciudad que añoraba conocer, pero ya no pudo, no se animó. En un cuadro con 35 retratos de Fidel, su Fidel, desde niño a viejito. En Pessoa y Tabucchi. En libros, ropa, juguetes y mil regalos que nos dio incluido *Grizzly*, el oso que Cami abraza para dormir.

En estos rarísimos días sin ella, regresan como en cascada nuestros momentos en *La Jornada*. Durante varios años comimos juntas de lunes a viernes, como a las tres de la tarde, en general en su oficina. Cada quién llevaba su tóper y en media hora nos poníamos al día sobre lo hecho, lo pendiente, las preocupaciones, las noticias y lo que fuera.

Por la ventana entraba el sol muy bonito, a veces pegaba la lluvia y en tiempos despejados teníamos a los volcanes como fondo. Sus plantas exuberantes, su mesa con la hoja grande de papel *bond* que era su agenda diaria y el lapicero siempre lleno de lápices nuevos.

Comíamos y platicábamos. Ella no permitía ni un dejo de tristeza. Si yo llegaba arrastrando algún pesar, no me dejaba caer y mucho menos regodearme. Nunca me dijo sus razones, aunque siempre sentí que pensaba a dolor y tristeza como formas de perder el tiempo.

Chane conducía cualquier conversación hacia la risa. Pelaba sus ojitos y movía las cejas con una picardía fuera de serie. Contaba las mejores anécdotas del mundo. Historias que igual narraban aventuras con los personajes más destacados de la cultura, la política y el empresariado como también sus escapadas secretas al *Walmart* —dicho en voz baja y con disimulo, burlona—, porque había localizado ahí algún producto que resultaba ser el mejor del universo, esencial, el mero mero.

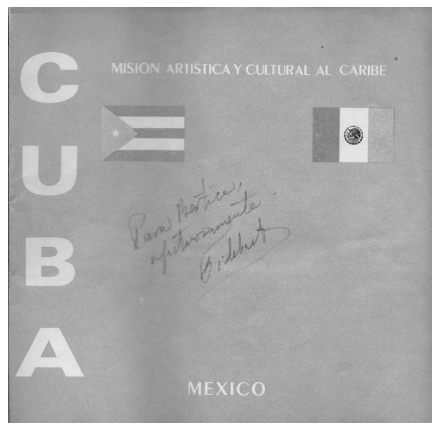
Que aburrido va a ser el mundo sin Chane fue lo primero que pensé cuando supe que ya no la vería. *Qué aburrido*, lo repetí todo el día llorando. Y al otro y al otro.

Pero luego se me olvidó que Chane ya no estaba. Me sentí ligera. Dejé de sentir el agobio de no poder llamarla, llevarle alguna comida rica para el antojo o besuquearla aunque no le gustara. Tanto se me olvidó que un día, revisando una página de Internet donde vendían zapatos muy bonitos, pensé *jéstos para Chane!*

Nos gustaban zapatos parecidos. Bajitos, redondeados, con diseños vanguardistas o detalles de algún color. Suelas cómodas. Botitas bien acordonadas.

Yo le regalaba zapatos, ella me regalaba otros a mí. Tal vez por eso, de herencia elegí unas botitas suyas que son hermosas. Todavía no me atrevo a usarlas pero, mientras tanto, voy a colgar en casa un cuadro con una foto de Chane. Voy a poner su retrato con la esperanza de que, al pasar delante, broten los *Ven acá*.

Fidel Castro



Juan Soriano

Pais 27 - V - 79
Munida cronica:
Se montaron un club de
estas cosas.
aqui sigue el plan de trabajo.
Mack el gato y yo estamos
todo el dia ocupados.
Vamos de un lado para otro
de la casa haciendo cosas
unos puros maravillosos.
esperamos ir a Madrid en
agosto a verlos y un
aprovechar los ultimos meses
algunos para ti y tu
hombre.
|-



Austreberta lo cambió por Berta: Berta Maldonado

Lucía García Noriega

Por adopción: Chaneca.

Por aquello de persona bajita o por llevarle la contra a como se dice de la trenza femenina, adoraba su pelo cortitito.

O quizá un nombre derivado de chaneque, que lo mismo se dice de un duende, de una buena mujer, de una bruja, de una cuidadora de animales... a saber...

Chaneca sólo he conocido una.

Talentosa.

Creativa.

Sabía escuchar.

Apasionada.

Golosa.

Su comida memorable.

Malosa.

Traviesa.

Se divertía no sólo con las palabras.

Curiosa.

Intrépida.

Atrevida.

Con gran capacidad de asombro.

Poderosa.

Autónoma.

Independiente.

Vital.

Hacia sugerencias de manera imperativa.

Muy mandona.

Ocultaba tras la coraza de tantas fortalezas.

Su debilidad: modesta, reservada.

Recatada y pudorosa hasta la muerte.

Chaneca en todas partes

Nada de reflectores.
Conectaba con la gente sencilla y cabal.
Se preocupaba y ocupaba de ellos y de los animales.
Generosa.
Neta.
Solidaria.
Militante.
Buena amiga, madre, abuela.
Nunca tuvo que demostrar su valía para jurar sus lealtades.
Al igual que el *rōnin* histórico, no tenía amo a quien servir.
Era como una ola en el mar.
Te voy a extrañar tanto como te quise y admiré.

Chía

Palabras para Chaneca

Doctor Eduardo Corzo Buenrostro

Hay personas que siempre va uno a extrañar.

Quisiera haber platicado más veces con ella. Su plática siempre era interesante.

Tuve el honor de cuidarle sus ojos por varios años, inclusive de realizarle una cirugía ocular de alta tecnología que fue muy exitosa, y que le permitió lograr ver sin dependencia de anteojos. Cuando visitaba el consultorio y me contaba que se sentía muy contenta y cómoda con su vista, a mí también me contagiaba ese gusto, ver el entusiasmo que siempre tenía para trabajar de manera incansable como una mujer creativa e inteligente.

Es una persona de la que se debe tomar ejemplo a seguir en su actitud y vitalidad para el trabajo.

Siempre le guardaré admiración y respeto.

¡Descanse en paz, doña Berta Maldonado!

Palabras para Chaneca

Eugenia León

Chaneca era una mezcla de inteligencia, buen gusto, mucho mundo, muy buen humor.

Briosa desde siempre... No nos dábamos cuenta que también los años pasaban por ella.

Sin embargo, siempre que viene a mi memoria la imagen de Chaneca es para seguir sintiendo el calor de su presencia, su generosa amistad, valiente, serena, y absolutamente entrañable.

Chaneca, amiga entrañable

Doctor Salomón García Jiménez

Tuve el honor de conocer a Berta Maldonado Gallegos el 23 de julio de 2005. Vino a nuestro consultorio como paciente. La recomendó conmigo María Consuelo Mejía, para que mi esposa Michie y yo le hiciésemos acupuntura, moxibustión y *shiatsu* contra las dolencias que padecía. Tenía entonces 77 años de edad. Le agradó muchísimo la terapia que le impartimos. Recuerdo que, después de esa primera sesión, exclamó: “¡ya no me duele nada tú, estoy rejuvenecida!”

Desde un principio hubo empatía con su carismática presencia. “Háblame de tú y no me digas Berta, soy Chaneca”, me dijo con total confianza. Y, lo mejor, nos identificamos inmediatamente en lo político ideológico. Me soltó que ella era la publicista en la campaña presidencial de Andrés Manuel López Obrador en el 2006. Le gustó mucho que yo le mencionara que su año de nacimiento es el mismo que el de Ernesto Guevara de la Serna, *El Che*, y que ambos correspondían a la personalidad *dragón* en el oráculo chino. Le dije con tono adulator: “por eso, tu utopía también es luminosa”.

Aparte de ser de izquierda, hubo otras coincidencias. Como ella pensaba que yo tenía algo de genes orientales por estar casado con una dama japonesa, le aclaré que no, que yo era criollito de la Costa Grande de Guerrero. Al oír esto se emocionó y me dijo que también ella se sentía guerrerense, pues, en su niñez, vivió en Acapulco; incluso que fue allá donde le pusieron el sobrenombre Chaneca.

Después de cada cita médica nos liábamos en temas interesantes. En aquellos días, le comenté que yo estaba terminado de escribir el libro *Jerga y modismos de Guerrero*. Ella asintió y me hizo la prueba de fuego, me dijo: “Entonces, si tu libro es bueno, debe traer el significado de mi nombre; dime qué quiere decir ‘Chaneca’”. Yo, algo ofuscado, saqué mi borrador y leí dos entradas de mi glosario guerrerense:

“La Chaneca” es “La Diabla” o bruja que espanta y sale de noche, es la transfiguración del diablo en forma de mujer, y “Chaneque” es un duende

Chaneca en todas partes

travieso que vive entre las piedras y bajo la sombra de árboles grandes, cuida el bosque, los manantiales y ríos.

Los *chaneques* juegan con los niños, pero si no les simpatizan “los golpean” y enferman; “Chaneca” sería el femenino.

“¿Cuál de las dos acepciones encaja con tu seudónimo?”, le pregunté. Y ella, con gesto alegre y misterioso contestó: “ambas descripciones son geniales, sobre todo esa de ‘ser el mismísimo demonio transfigurado en mujer’”.

Luego, me relató la anécdota del origen de su alias: “Un día, cuando era pequeña, allá en Acapulco, habiendo terminado de comer ‘moros y cristianos’, mi cara, cuello y brazos quedaron manchados con residuos de frijoles. Entonces, un costeño, al verme así de repente, con gesto de asombro exclamó: ¡bueno, pero si eres una chaneca! Y así se me quedó”.

Berta Maldonado cultivó una gran amistad con famosos escritores latinoamericanos como Gabriel García Márquez y el líder revolucionario Fidel Castro, quien decía que “morir es seguir viaje”.

Esta mujer creativa, luchadora social, feminista y colaboradora del periódico *La Jornada*, supo conducir sus pasos demócratas del lado correcto de la historia.

Chaneca querida, asidua paciente hasta el final:
Sonríe, la Cuarta Transformación de México va.

Carta sobre Chane

José del Bosque A.

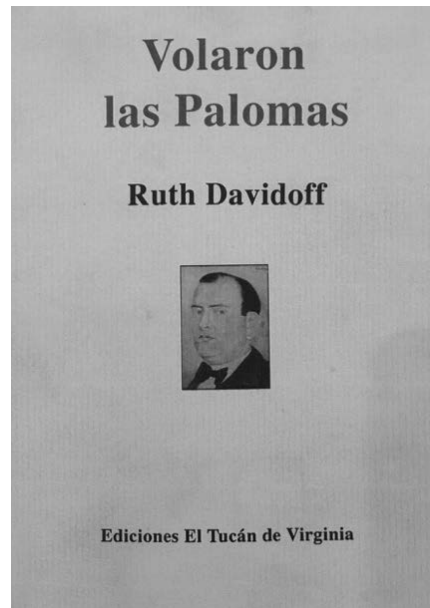
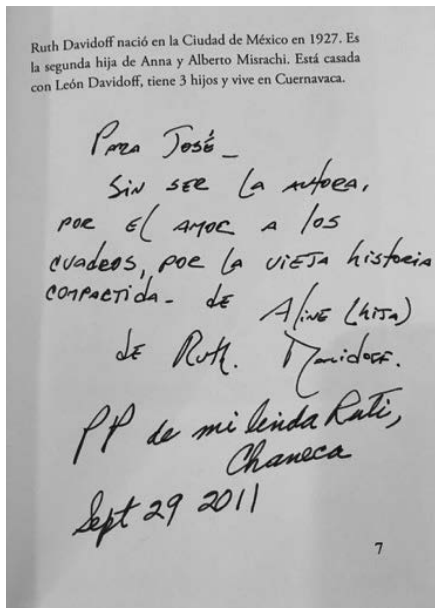
Gracias a Tere Ortiz tuve el privilegio de conocer a Chane, también conocida como Chaneca. Nos invitó a comer a su casa y, a partir de ese día, se estableció una entrañable amistad. Desde el primer momento se interesó en lo que hacía; pienso que era por el gran cariño que le tenía a Tere Ortiz y, también, porque se enteró de que era hermano de Tere del Bosque, con quien había trabajado en McCann. Sin embargo, el tiempo me demostró que su interés era, en general, por la gente: le gustaba la gente y trataba de ayudarla. Otro factor que nos unía fue la creatividad: sí, ella era una persona súpercreativa y su vida se dedicó a crear ¡ideas, *slogans* y campañas! En mi caso tengo la Galería Artdicré, y parte de mi trabajo es promover artistas, difundirlos, hacerlos visibles, crear ideas, exposiciones, investigaciones, dar a conocer obras de arte, etcétera, ¡y a Chane le encantaba el arte!

Me hablaba para preguntarme alguna información sobre algún artista o para que le ayudara a restaurar alguna obra de las que tenía o me promovía con algunas de sus amistades. Así, de pronto, me caía en la galería, a veces acompañada. Recuerdo dos ocasiones en especial. La primera llegó y conoció ciertas piezas que estaba investigando y me dijo que esas obras deberían estar en un museo y que me ayudaría a colocarlas. En realidad, aún faltaba camino que recorrer en la investigación, pero a ella le fascinaba lo que hacía y me hablaba para preguntarme cómo iba o me citaba en *La Jornada*. La segunda ocasión fue más reciente. Un día me habló y me dijo: “Pepe, hay alguien que quiere una de tus piezas”. Se trataba de *El cometa* de Carlos Rivera, una obra pequeña, pero muy representativa, que aducía a un evento y una premonición mexicana, el cometa que circunda el firmamento anunciando la caída del Imperio Azteca. Me dijo: “José, vas conocer a la persona que te va comprar *El cometa*”; ve a tal dirección a la 11 am. Fui el día acordado. Ella estaba junto con otra dama en una amplia sala. Me presentó y yo presenté el cuadro en una muy amena reunión. . .

Volaron las palomas, así se titula el libro que escribió Ruth Davidoff. Precisamente la dama que acompañaba a Chane era la hija de Ruth, Aline. De

Chaneca en todas partes

tal forma comenzó una charla que se extendió ¡hasta las cinco de la tarde! Se podría decir que no fue sólo una charla, fue, más bien, un viaje fantástico por el mundo de Ruth, Aline y Chane, en el que convivieron en la colonia Roma y sus alrededores, la Juárez y la Condesa, desde su niñez hasta su adolescencia. Conocí de viva voz anécdotas y experiencias. Obviamente me enteré por qué la hija chica de Chane se llama Aline.



Conocí más de cerca la historia que las envolvía y su amor al arte, a los cuadros, cómo me lo escribió en su dedicatoria Chane y Aline. Resulta que sus abuelos fueron Ana y Alberto Misrachi, fundador, primero, de la librería y luego de la Galería. Chane y Aline me narraron la historia que luego descubriría en el libro.

La galería Artdicré tiene el *Escher Coffee* como homenaje a este gran artista de quien yo he sido representante. Un día, Chane llegó a tomar una crepa y un café, y me dijo que le pusiera al letrero *El mejor café* y así lo hice. ¡A ella se debe ese slogan!

Chane también tenía un gran compromiso social. Había desarrollado diversas campañas para diferentes políticos y conoció a personajes de todas las

tendencias, pero este ideal de mejorar sustancialmente la vida de los mexicanos se convirtió en un quehacer diario al lado de López Obrador y el periódico *La Jornada*. Todavía en septiembre del año pasado me pidió que fuera a verla a *La Jornada*.

La verdad tenía un vitalidad asombrosa. Me pidió nuevamente un modelo econométrico que le había entregado en el 2006, con una frase que le había encantado y cuya tesis principal decía que: “la economía era la ciencia del bienestar”. Ya no dio tiempo para más... Fue la última vez que nos reunimos. Chane, seguro, está en el cielo haciéndole *slogans* a Dios o para algún arcángel.



Publicistas

Augusto Elías
Manuel Villagrán Vicent
Rafael Borbón
Lupita Solís
Anilú Elías
Eduardo Plaza Mendoza
Alfredo Weizner
María Luisa Lara
Mabel Zurita
Gabriel Ramírez
Raúl Camou Rodríguez
Francisco Reyes
Lucrecia Islas
Justino Compeán
Gustavo Ramírez
Margaret Rodríguez
María Elena Contreras
Pepe Meehan
Luis de Llano Macedo
Irene Medina
Leona Isabel Rosas
José Luis Chong

Berta Maldonado “Chaneca”

Augusto Elías

Conocí a Berta, antes de ser “Chaneca”, hace más de ochenta años en el Colegio Americano a donde, ambos, estudiamos Primaria y Secundaria; pero no fue sino hasta quince o veinte años después que, coincidimos en el mundo del espectáculo y la comunicación a donde compartimos experiencias y, realmente, nos conocimos. Amistad cercana y entrañable que se mantiene inalterable desde los sesenta hasta hoy, y mientras yo viva.

Platicaba Berta que cuando vivía en Acapulco recién casada, la empleada doméstica guerrerense, sorprendida por los arranques y ocurrencias de su patrona, le decía “...Tú eres como el mismísimo Chaneque (diablo vernáculo local)...” o sea, “La Chaneca”.

Esas conductas y ocurrencias absolutamente singulares y genuinas fueron conformando una personalidad y un carácter únicos e irrepetibles. Pero esa misma singularidad u originalidad nos lleva, al tratar de definirla en un escrito como éste, a caer en el cliché, ella que era, por antonomasia, el anticliché.

Brillante, creativa, ingeniosa, novedosa, imaginativa, ocurrente, demiurgo, fresca, “onortodoxa”, única, paradigmática, arquetípica, inimitable, genial, inusual, innovadora, libre, apasionada, singular, etcétera, *ad infinitum*. Si, todos estos y ninguno de los adjetivos la definen y le hacen justicia o “explican” del todo a Chaneca.

Por ello seguramente muchos de nosotros recurrimos a las anécdotas a manera de tratar de describir esta singular manera de ser. Y de anécdotas personales, podemos aportar tantas, tan inusuales e inolvidables que llenarían el libro total, homenaje a este impredecible e irresistible ser humano.

Me abstengo por razones de espacio y porque, otra vez, ninguna situación vivida con ella que tenga valor anecdótico alcanzará para definir a la indefinible...

Sólo me atrevo a desear fervientemente que Chaneca *no* descanse en paz y siga dando guerra y de qué hablar entre quienes la conocimos, la recordamos y la queremos viva.

Chaneca, mi amiga

Manuel Villagrán Vicent

Todo mi cariño, respeto y admiración.

Mujer libre, creativa, sin ataduras, entregada y apasionada.

Inolvidables momentos y deliciosos desayunos en su casa.

Juntas creativas, das de producción en el foro y horas y horas de post-producción.

Siempre con una visión clara y objetivos definidos para entregar el mejor resultado.

Su alegría, carácter, inteligencia y amistad se quedarán para siempre en mi vida.

Gracias por tanto, querida Chaneca

Palabras para Chaneca

Rafael Borbón

...La creatividad es la inteligencia divirtiéndose...

Albert Einstein

Berta Maldonado, Chaneca, es un personaje sobresaliente en el mundo de la publicidad. En el recuento de su actividad profesional encontramos que fue creativa estelar, por más de veinte años, de McCann Erickson México, la agencia de comunicaciones de *marketing* perteneciente a uno de los grandes *holdings* de la industria publicitaria. Fue colaboradora de reconocidas empresas editoriales, coautora de melodías para obras de teatro, amiga de toda la vida de personalidades de grandes mentes como Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando del Paso, María Luisa Mendoza “la China”, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska y Marta Lamas, entre muchas más.

“Tener buenos amigos es requisito vital”, comentaba la comunicadora, para quien los valores universales del arte y la cultura eran de la mayor trascendencia.

Siempre buscando imágenes y textos para impulsar proyectos publicitarios y más recientemente de propaganda, imaginando los efectos de las campañas que estaban en su mente creativa o en el proceso de instrumentación, fue una auténtica sembradora de ideas que promovían el interés por alguna marca o el consenso a favor de alguna causa. Era una persona informada, talentosa, de respuestas ingeniosas y divertidas que fluían de su cerebro con rapidez. Alguna vez comentó que las empresas de publicidad son lugares donde la gente se divierte y trabaja sin perder el tiempo, y que la diversión aumenta la productividad.

Berta Maldonado, Chaneca, es la gran figura de la publicidad en el referente obligado del consumo del atún en México. Es ella quien diseña y organiza las campañas de radio, televisión, medios impresos y de publicidad exterior que hicieron del atún un producto de consumo popular y lo incorporaron a la canasta básica de los mexicanos.

En 1978, con la Declaración del Gobierno de México de Zona Económica Exclusiva de una franja marítima que se extiende desde las costas hasta una distancia de doscientas millas náuticas, la Secretaría de Marina inició los patrullajes de vigilancia y salvaguarda del mar patrimonial. Dos años después, en 1980, durante los primeros días del mes de julio, la Armada de México detuvo a seis embarcaciones procedentes de Estados Unidos que realizaban capturas de atún en aguas nacionales, lo que derivó en un conflicto diplomático y económico que provocó una inesperada respuesta del Gobierno de Estados Unidos, que de manera inmediata impuso un embargo a las importaciones de atún provenientes de México.

La violenta medida colocó a la industria atunera en un punto crítico: bodegas con producto terminado y a su máxima capacidad de almacenamiento; cerrado el principal mercado comprador y con un inexistente mercado interno, embarcaciones en espera de tiempos de descarga, y plantas industrializadoras que no podían procesar la totalidad del producto, cientos de toneladas de atún se echarían a perder en frigoríficos improvisados y de menor capacidad de frío.

La problemática comenzó a resolverse con las exportaciones a España y la decisión de las autoridades pesqueras de impulsar el mercado interno y de convertir al atún mexicano que se exportaba a Estados Unidos en un producto de consumo popular. La Secretaría de Pesca promovió un convenio con los gobernadores de los estados para la distribución y venta, casa por casa, de latas de atún, y la Paraestatal Productos Pesqueros Mexicanos (PPM) organizó una fuerza de vendedores de poco más de cien mil personas, en su mayoría jóvenes estudiantes, que en calidad de comisionistas y trabajando en sus propias poblaciones, recorrían las calles de barrios y colonias de cientos de ciudades vendiendo el producto.

Una formidable estrategia que fue apoyada por una gran campaña publicitaria diseñada y dirigida por Berta Maldonado, Chaneca, que difundía, de manera creativa, una gran novedad con propósito y sentido social, que de inmediato generó conexión con la población.

El “Tachún, tachún, vamos a comer atún” se escuchaba en mil estaciones de radio distribuidas a lo largo del territorio nacional. Se veía en revistas, periódicos y espectaculares y sus personajes se disfrutaban en los programas y *spots* de televisión. La venta casa por casa siempre iba acompañada por el perifoneo de los famosos *spots*, las recetas de cocina y los beneficios del consumo del atún. Y muy pronto las personas incorporaron a sus conversaciones, la calidad, el sabor y la seguridad del producto.

Para finales de 1981, la distribución casa por casa reportaba ventas de poco más de ochenta millones de latas de atún y la capacidad de producción y de almacenamiento de las plantas industrializadoras había empatado con el mercado. En 1982, el atún fue reconocido por la Coordinación General del Sistema Alimentario Mexicano de la Presidencia de la República como producto de consumo popular y fue incorporado como alimento de la canasta básica.

Recuerdos de Chaneca

Lupita Solís

Berta Maldonado “Chaneca”, mujer guapa, expresiva, inteligente y muy talentosa, cuyo cabello oscuro enmarcaba un rostro de finas facciones y unos ojos hambrientos de conocimiento. Ya en los años cincuenta era pionera y un ejemplo a seguir, siendo parte del equipo directivo de una importante empresa a nivel internacional, Young & Rubicam, agencia de publicidad. Ella abrió paso para que nuevas generaciones de mujeres buscaran acceder a altos cargos en las organizaciones; entre ellas estaba yo.

En el año 1959, contaba con tan sólo 31 años y fue coautora de la letra en español de las canciones de la obra *Mi bella dama*, que fue presentada en Bellas Artes, donde tuve la oportunidad de asistir, con todo el esplendor de esa época.

A mediados de los años sesenta, nos volvimos a encontrar en otra agencia de publicidad, que sería más adelante McCann Erickson-Stanton. Ya era reconocida no sólo en el medio publicitario, sino también en el mundo intelectual y cultural. Trabajó en equipo con gente muy talentosa como Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Fernando del Paso, la China Mendoza, Jorge Fons y muchos grandes más.

Chaneca producía el programa de televisión con Mauricio Garcés, *Piso de soltero*, en una de las grabaciones de su programa, en Televisa de avenida Chapultepec, al que Chane nos invitó y sorprendentemente nos llevaron a los camerinos para cambiarnos de ropa y así fue como debutamos en la pantalla chica. ¡Una gran aventura juvenil!

Poco después, Chaneca deja McCann y se incorpora a Canal 13, en donde se reencontró con personalidades como Luis de Llano.

Un día recibí un llamado telefónico para reunirme con Enrique González Pedrero, director general de Canal 13. La reunión derivó en mi incorporación al área de comercialización por recomendación de mi querida “Chane”. Fue un gran impulso a mi carrera profesional.

Al lado de un gran hombre, hay una gran mujer. Fue un importante apoyo para Fernando Rafful, su marido en ese entonces, durante su dirección

de lo que sería la Secretaría de Pesca. Ella, comprometida siempre por el que menos tiene, buscó la manera de hacer más accesible el pescado, y a través del programa *Pepe Pez* la vi lograrlo colaborando en un gran equipo; así, incansable y dinámica combinó su papel de madre, creativa, esposa, tía y ejecutiva en beneficio de los demás.

Por sugerencia de Chaneca, después de haber estado con ella en la Secretaría de Pesca, Alberto Romano Hadid, me propuso formar parte de su equipo como Jefe de Adquisiciones de Productos Pesqueros. Fue un nuevo reto y sin pensarlo más me incorporé al equipo.

Chane fue una gran protectora de perros y gatos. Los recogía, los alimentaba, embellecía, llevaba al veterinario y luego se daba a la tarea de colocarlos, siempre y cuando sintiera que los iban a integrar como parte de la familia.

Su adoración fueron sus hijas y tenía otro gran amor, la lectura. A pesar de ser muy culta y exitosa, siempre prevaleció su calidad humana y su generosidad.

Su impulso fue vital para que decidiera abrir mi propia empresa, en la cual, siguiendo su ejemplo, busqué impulsar la carrera de muchas más.

Gracias a Chaneca por ser parte de mi vida. Dejaste una profunda huella. Siempre estarás presente en mis recuerdos y en mi corazón.

Chaneca. La original y las imitaciones

Anilú Elías

Sesenta y dos años de amistad. Múltiples vivencias compartidas. Risas tanto sobrias como borrachas. O llanto. Poco realmente y vertido por cosas no previstas para el llanto. O la profundidad: su mundo interior, poblado de museos, conciertos, poemas, personajes, magia. ¡Su enorme creatividad aplicada a lo cotidiano!

Pero me pregunto, como deberían preguntarse todos los que creyeron que la conocieron muy bien, ¿era posible conocer realmente a Chaneca? Una persona tan múltiple, tan rica en facetas, tan intensa e inasible como el azogue, es una y muchas personas a la vez. Chaneca la de un lunes por la mañana en la oficina podía ser distinta de Chaneca la de una tarde lluviosa de viernes. Ella absorbía el mundo: se lo bebía segundo a segundo y hacía que el mundo brotara de ella a borbotones con matices, perfumes y luces inesperadas. No se podía esperar de ella nunca la respuesta previsible, la lógica, la sensata.

Constante en el cariño, la lealtad, la solidaridad; abierta su mano en salud y enfermedad. Ah, la Chanemécum, que me consiguió el cactus Músaro de Sonora cuando tuve cáncer! ¡La que curó a tantos amigos y seres queridos con sus sabias y mágicas recetas! Y la directora creativa que fue mecenas lo mismo de jóvenes poetas, como José Carlos Becerra, que de talentos reconocidos, como la China Mendoza o Gabriel García Márquez, o promotora de grandezas en ciernes, como Fernando del Paso.

Su nombre de diablita (Chaneca se ganó ese nombre que dan en Guerrero a ciertos diablos juguetones y temibles a la vez) desmentía su generosa amistad y su vocación de protectora de desvalidos.

Cambiar con los años suele ser lo común. Pero entiesarse, adoptar la seriedad que Mamá Sociedad espera de sus hijos mayores no fue lo suyo. A sus noventa y dos primaveras podía ser tan divertida y poco previsible como a los veinte; tan capaz de adoptar lo nuevo y desechar lo viejo como un adolescente. Y todo sin disfrazarse de joven como tantas mujeres: nunca despreció el paso de los años ni renegó de achaques o vivencias de su edad. Pero la vejez

no pudo ser jamás un vocablo que le quedara: fue joven por vocación, por frescura de carácter, por flexibilidad y vehemencia.

La quise. La admiré. Me felicité por tener la suerte de ser su amiga. De tener la felicidad de repasar con ella recuerdos como otros lo hacen con las cuentas del rosario. La disfruté como jefa, como amiga, como confidente, como docente en la materia de la vida: porque nadie veía la vida tan a fondo ni la entendía ni la trataba tan al tú por tú como Chaneca.

Pero ¿la conocí? Tal vez en otros sesenta y dos años habría podido empezar a conocerla...

Palabras para Chaneca

Eduardo Plaza Mendoza

Seguramente cuando la recordemos nos mandará una frase que nos lleve al paraíso.

Descanse en paz, señora Berta Maldonado.

Por allá nos vemos.

(Espero que pasen muchos años.)

Berta Maldonado, “Chaneca”, un ser único e irreplicable, 1928-2020

Alfredo Weizner

Sentarse ante una hoja en blanco es siempre un gran reto, pero si se trata de escribir sobre Chaneca, éste se incrementa en forma superlativa.

Pocas personas tuvieron la autenticidad que ella tuvo.

Siempre fue de una sola pieza, no importando con quien estuviera; como ejemplo, hizo un viaje a Cuba con un grupo de señoras para conocer a Fidel Castro; cuando iban a ser presentadas con el Primer Comandante, al referirse a ella lo hicieron como la esposa del secretario de Pesca, por lo que el comandante Castro le dijo: “ah, así que usted es la esposa de Fernando Rafful”. Como nunca había sido presentada como la esposa de alguien, ella rápidamente respondió “entonces usted debe ser el hermano menor de Moncho a quien conocí en el complejo lácteo hace unos días antes de llegar a La Habana”.

Mujer de increíble creatividad y gran versatilidad, su gran talento quedó plasmado en sus innumerables campañas publicitarias que realizó. Completísima; su sensibilidad y talento musical la llevó a hacer mancuerna con Luis de Llano Palmer para traernos las mejores comedias musicales de la época.

Generosa y esplendida, no había persona que se acercara a ella con alguna necesidad para que, aun sin haberlo solicitado, Chaneca lo resolviera.

Su gran creatividad la llevó a alternar con *todos* los valores y talentos literarios de la época: Gabriel García Márquez, la China Mendoza, el tabasqueño Carlos Pellicer, Carlos Monsiváis, entre muchos otros.

Trataba por igual a todas las personas sin importar su rango o puesto en las compañías donde laboraban.

Gran parte de su creatividad publicitaria la hacía apoyada en temas musicales (*jingles*) y así, gracias a ella, dio vida a una lista enorme de productos: Bimbo (más de 80 productos), Ecko “para nosotras las mujeres”, Cigarros del Prado “para los hombres que cuando fuman, fuman”, y así podríamos seguir con una relación interminable de ejemplos.

Siempre luchó por una justicia social, sin importar que para ello entrara en conflicto de intereses.

Chaneca en todas partes

Estaba llena de energía y era incansable.

El periodismo fue otro de sus capítulos de trabajo y también ahí lo hizo con gran éxito, realizó varias campañas para el periódico *La Jornada* sin sacrificar nunca sus ideales.

Una de las cosas que me faltó fue tiempo para convivir con ella. Un ser humano con las características de Chaneca no se vuelve a repetir.

Palabras para Chaneca

María Luisa Lara

Cuando entré a trabajar a McCann Erickson, Chaneca acababa de salir. Escuchaba aquí y allá sus anécdotas y memorias. Conocí sus mitos y leyendas en boca de otras personas.

Conocí a Chaneca personalmente cuando yo tenía 27 años y ella 55, como creativa de Lowe Lintas, agencia que elegí para manejar la publicidad corporativa de Citibank México y Centroamérica, cuando trabajé como directora de Comunicación Corporativa y Asuntos Públicos.

Chaneca será siempre uno de mis personajes favoritos, una mujer tenaz, de carácter, autosuficiente, atrevida, determinada, divertida, original, sensible y sorpresivamente creativa.

Chaneca fue muy empática y perceptiva. Observaba con detalle la realidad de un transeúnte que se le cruzaba en el camino, al igual a las personas famosas con las que se relacionó. Entendía la naturaleza profunda de los mexicanos, en todas sus versiones. Eso le dio una gran dimensión a su “narrativa publicitaria”.

Narrativas que conectaron profundamente con los consumidores, que les permitían sentir, tocar y oler las historias. Chaneca no necesitaba inventar historias, tenía su propio inventario de anécdotas. Historias maravillosas como la de su papá que se fue a los diez años con un circo que pasó por su pueblo. Historias de su mamá, mujer de avanzada que quiso estudiar arquitectura al comienzo del siglo XX. Historias de sacar a sus hijas adelante, historias de sus nietos, de sus amigos y amigas de trabajo, de sus maravillosas muchachas Hila y Tina compañeras de su vida por más de cuarenta años, de sus hermanas y sus sobrinos, de sus amigas de la escuela.

Además de ser profundamente observadora, era una persona que escuchaba con atención e interés. Esto le permitió guardar a muchas personas en su memoria con la profundidad de un personaje literario, rodeado de situaciones extraordinarias que ella narraba con gran afecto, sensibilidad y minuciosos detalles, hasta que, claro, sentías que tú también los conocías de toda la vida.

Chaneca en todas partes

Comíamos muy a menudo, empezábamos con un tequila y un vodka, una botella de vino y no nos dábamos cuenta de la hora hasta que llegaba la cuenta. Chaneca gozaba comer tanto en el mercado de San Ángel, como en el *Four Seasons* de Nueva York; disfrutaba todo.

Su profunda generosidad siempre se tradujo en una ayuda incondicional para sus parientes y amigos cercanos.

Cuando nació mi hija Marianne, le regaló un ciruelo para que viera cómo crecía el árbol y daba frutos igual que ella. Cuando cumplió dos años le regaló un canario, para que le cantara todos los días y le alegrara la vida. Un buen día el canario se salió de la jaula y no volvió. En una comida celebramos la nueva lección de vida para mi hija: “la búsqueda de la libertad”.

Chaneca, te agradezco en el alma que me hayas hablado para despedirte. Dondequiera que estés siempre estarás en mi corazón.

La inolvidable Chaneca

Mabel Zurita Ojeda

En 1967, José Carlos Becerra ingresa a trabajar a la empresa de publicidad McCann Erickson, y con su entusiasmo contagioso, nos llega a platicar al grupo de amigas que vivíamos en Tepic 77, de su recién estrenado trabajo y de la fabulosa mujer que dirigía esa agencia, Berta Maldonado, mecenas de escritores, periodistas y cineastas, amiga de Gabriel García Márquez y de Mercedes, la esposa de éste, entre otros novelistas del momento, como Carlos Fuentes, en ese entonces casado con su querida amiga Rita Macedo.

José Carlos me comenta que su jefa era la mujer ideal para su querido amigo-hermano, Fernando Rafful, y con el pretexto de que su amigo era el maestro de matemáticas que necesitaba Chaneca para una de sus hijas, los presenta, y no se equivocaba Becerra: desde el primer momento se establece una atracción de dos personas inteligentes, brillantes y ya no se separan por muchos años.

Con mucha frecuencia, ellos me invitaban a ir a casa de Chaneca en San Ángel Inn. Confieso que la primera vez que fui, era con la intención de hacerle una pregunta que tenía años que me obsesionaba. Fue en una tarde noche, y después de platicas diversas, ella se levantó para preparar algo de cenar y me invito a que fuera con ella a la cocina. Yo estaba deslumbrada con esa mujer que irradiaba seguridad en sí misma y a la vez era tan cálida, tan cordial, llena de anécdotas de personajes de todos los ámbitos de la cultura y la política de esos años.

Al estar en la cocina le digo que yo no salía de mi asombro de estar enfrente y oyendo platicar nada menos que a la persona a la que, años antes, Carlos Fuentes le dedicara el cuento *Un alma pura* en su antología de cuentos *Cantar de ciegos*; ese cuento en especial me había impactado mucho y soñaba con conocer a la persona a la que se lo habían dedicado y, en ese momento, estaba a un lado de ella en la cocina de su casa, mientras preparaba con gran rapidez y habilidad una pasta y una ensalada.

Con timidez le pregunto por qué le había dedicado Fuentes ese cuento, esperando alguna historia en sintonía con el cuento. Ella volteó y me dijo:

“No tiene nada que ver conmigo; fue cosa de Fuentes que ése eligiera para dedicármelo”.

Ahí empezó una amistad un tanto intermitente con la gran Chaneca, gracias a su generosidad y comprensión.

Años después, por motivos profesionales, nos encontramos, y ella veía el seguimiento de un programa por el que tenía mucho interés y yo era la encargada de la operación de una parte del mismo, y con mucha frecuencia me llamaba, y teníamos pláticas en las que me hacía comentarios de su vida; ella era de Ciudad Juárez y me platicaba que su familia no tenía muchos recursos, pero que su papá había procurado que aprendieran inglés y ésa había sido una de sus llaves mágicas en su desarrollo profesional, o me platicaba cuando ella, Rita Macedo y Silvia Pinal llegaban a un centro nocturno muy famoso por esos años que estaba en la colonia Roma Norte, y el pianista tocaba al piano la rúbrica musical de cada una; las tres estaban divorciadas y todavía no se habían vuelto a casar; en varias ocasiones me comentó que la Pinal, Carlos Fuentes y ella eran de la misma edad y la Macedo era mayor que ellos, y como todos habían logrado destacar en lo que cada uno hacía.

En una ocasión me llamó y me invitó a comer a casa de una de sus hermanas. Quiero aclarar que yo podía pasar horas oyendo las pláticas de ella con verdadera devoción para esa mujer que admiraba tanto desde que la conocí. Llegamos a la comida y cuál fue mi sorpresa al llegar, en las Lomas de Chapultepec, a las puertas de una gran reja, que abrieron y el carro iba por el sendero central y a los lados un campo de lavandas y al final un castillo; sí, un castillo que habían traído sus dueños, piedra por piedra de no recuerdo qué país, y al ver mi cara de asombro, me dijo con la desenvoltura que la caracterizaba; “mi hermana es Cenicienta; la única pobre que se casó con un príncipe rico”. Esa pareja vivía en una casa moderna a un costado del famoso castillo.

Pasados varios años, una tarde me habló por teléfono y me pidió que la fuera a verla a su casa de San Jerónimo y con gran alegría, aunque un tanto intrigada, fui a verla. Me platicó de su estancia en Acapulco con su primer esposo y los motivos de la ruptura, sus trabajos con Televisa, su paso por la decoración de casas, las obras de teatro que traducía del inglés, su amistad con tantas personas famosas en diversos ambientes de influencia en la segunda mitad del siglo XX, y, al despedirme, tomó un cuadro y me lo entregó con estas palabras: “se lo dio el poeta a Nando, pero tú fuiste la que más conociste al poeta, así que es para ti”. No salía de mi sorpresa y de mi alegría de tener ese

cuadro. Desde entonces, ese cuadro me ha acompañado dondequiera que yo esté viviendo; lo anterior por tres motivos: quién lo pintó, para quién lo pintó y por quien me lo regaló: los tres los conocí a los veinte años y han sido una influencia muy importante en mi vida.

La última vez que hablé con Chaneca, le pregunté quién había recomendado a José Carlos con ella para que le diera un trabajo y me respondió: fue Octavio Paz.

Inolvidable Chaneca, impactaste muchas vidas para bien.

La Chaneca que nunca fue Maldonado

Gabriel Ramírez

La conocí el 28 de abril de 1966 durante *Confrontación 66*, precisamente la noche que, según Juan García Ponce, México descubría con cincuenta años de retraso el “arte moderno”, lo cual no dejaba de ser una exageración. A ella y a María Luisa Mendoza, desde entonces siempre cómplices.

Es así mi primer recuerdo de Berta Maldonado, a la que nadie entonces ni nunca llamó más que Chaneca.

* * *

La fusión de las agencias McCann Erickson y Stanton implicó cambios de personal, encontrarse de un día a otro con nuevos compañeros y compañeras. Entre éstas a la Chaneca, que traía consigo a su inseparable y no menos célebre China Mendoza, especie de Colette nativa. Las dos desmesuradas e intensas eran dueñas de esos temibles ingenios que suelen dejar rastro. Llegaron decididas a plantar las marcas de sus descaradas personalidades y lo hicieron como acostumbaban: encajando golpes de manera sistemática y directa, sin sutilezas.

Y todavía hoy me parece vería cualquier mañana temprano salir del elevador y cruzar el lugar con brusca rapidez rumbo a su oficina, mientras el persona, con cara de angustia, se preguntaba qué tan tensa y belicosa llegaba hoy la Chaneca.

* * *

La agencia donde ella reinó durante un tiempo estaba ubicada en la avenida Chapultepec, que no era para nada una Madison Avenue, y su ambiente era muy similar, pero a nivel piojo, de la serie *Mad Men*. Era la única mujer que conocía con independencia triunfante y se la pasaba urdiendo ordinarieces para que sonaran ingeniosas, como si hablar de chiles o chicharos fuese una cosa seria. La temible Chaneca, de manera incisiva, rigurosa e inesperada, nada

femenina, hacía y deshacía en sus terrenos. Muchas veces, cuando le daba por el espectáculo, se divertía haciendo temblar y humillar a muchos sumisos, por lo general ejecutivos, que tenían todavía de las mujeres ideas propias de los Padres de la Iglesia.

* * *

Chaneca solía ser selectiva a la hora de ubicar en su muy particular y peyorativa clasificación al “intelectual”, estigma cercano al de “mamón”. De casi nadie soportaba que se creyeran y comportaran por encima de los demás, sus despliegues de modales refinados y hasta sus maneras de vestir. Y la Chaneca no se andaba con contemplaciones, aunque no con todos era así: no con Mutis o García Márquez, sí con Fuentes, y los García Ascot, Riera y Ponce.

* * *

A mediados de los años sesenta, Juan Martín, en cuya galería yo exponía entonces, un día lamentaba, como eternamente hacía, de las ventas escasas de sus pintores: “Dile a la Chaneca que con lo que cobra por uno de sus ridículos *jingles* se puede hacer de dos o tres Sorianos y otros dos Rojos o Von Guntens”.



Chaneca en todas partes

* * *

Protofeminista en los tiempos difíciles, lo que vivió y buscó incansable siempre fue una identidad vital de mujer. Generosa y egoísta a la vez, tenía una voracidad tal que daba la sensación de querer abarcarlo todo. Era uno de los múltiples sellos de su carácter y bien podría decir que como ella no hubo muchas. De hecho, había muy pocas como la Chaneca tan originales, chistosas y arrebatadas, y con el temperamento desbocado de quien se movía de aquí para allá como en busca de algún biógrafo.

Chaneca: creatividad con atrevimiento...

Raúl Camou Rodríguez

Tuve el privilegio de conocer a Chaneca siendo yo presidente de la ANP, Asociación Nacional de la Publicidad. Su creatividad, sus anécdotas y sus experiencias creando campañas publicitarias exitosas y recordadas a través de los años, aún sin estar ya presentes en los medios me hicieron admirar profundamente el trabajo y la atrevida creatividad de Chaneca.



Recuerdo en sus anécdotas la creación de la marca *Pepe Pez* que, en opinión de su entonces esposo, Fernando Rafful Miguel, era tan irrespetuosa que, siendo el secretario de Pesca con el presidente José López Portillo, no se atrevía a proponer ese nombre por hacer alusión al nombre de Presidente. Entonces, en una reunión de gabinete con sus respectivas esposas, Chaneca se acerca al entonces presidente José López Portillo y le comenta su idea para un nuevo alimento de pescado, altamente proteínico y de bajo costo para producirse en PMM (Productos Pesqueros Mexicanos), que era una empresa paraestatal dependiente de la Secretaría de Pesca, a lo que el presidente le responde: “¡Qué buena idea tener a mi tocayo en la mesa de los mexicanos!” Y así se creó esta importante marca que aún se recuerda por muchos, Así como se recuerdan los tantos y tantos *jingles* o canciones publicitarias de alta recordación como:

Chaneca en todas partes



Si tú sientes que te pica la colita!... en una de éstas, tienes lombrices!...
Chun tachún tachún... Vamos a comer atún...

Y cómo ella decía: incidir en la población a “*jingladazo limpio*”...

La Chaneca, un extraordinario ser humano, única, incansable y generosa. Ella le regaló a nuestra empresa una marca para restaurantes de comida rápida en base a mariscos, particularmente con camarones de nuestra extinta empresa empaedora de camarón Sonora Fish. Ella misma fue a registrar la marca de *Juan Camarón*, en alusión a Juan Camaney, en su momento, el personaje más audaz y atrevido de la televisión que decía “Bailo tango, masco chicle, pego duro y tengo viejas de a montón, ¡tururuuuu!”...



¡Por todo su talento y muchas otras grandes virtudes, la llevamos siempre en nuestro corazón a nuestra amiga y extraordinaria publicista Chaneca!
Descanse en paz.

Palabras para Chaneca

Francisco Reyes

Soy Pancho Reyes. Trabajé en McCann Erickson México en el área de Producción de Cine, Radio y TV.

Cuando McCann estaba en avenida Chapultepec 405 los resultados del negocio no eran buenos y me acuerdo de que los rumores en el medio eran que venía una fusión con la agencia del señor Jim Stanton. Recibo una llamada de Berta Maldonado, que quería hablar conmigo. En ese momento tuve la dicha de conocer a una mujer menudita con una personalidad y claridad de lo que necesitábamos hacer. Ahí fue el inicio de una gran aventura y en mayo de 1968 se hizo oficial y pasamos a ser McCann Erickson Stanton.

Chaneca formó un gran equipo de trabajo donde aprendí a trabajar siempre con sus consejos y apoyo, dentro de su estilo de trabajar, con las marcas más importantes de México: Bimbo, Coca Cola, American Airlines, Del Monte, Oso Negro, etcétera. Si algo caracterizó a Chaneca era su don de gentes: la escuchaba y te apoyaba. Su salida de McCann dejó un hueco muy difícil de llenar.

Chaneca, siempre te recordaremos.

Palabras para Chaneca

Lucrecia Islas

Hola, soy Lucrecia C. Islas.

Trabajé para mí en la mejor agencia de publicidad, McCann Erickson Stanton en el periodo de 1970 a 1975, en el cual tuve el privilegio de coincidir con los mejores creativos de esa época, como la señora Berta Maldonado, a quien cariñosamente llamábamos “Chaneca”. Me desempeñé como asistente del Departamento de Tráfico. Ella era creativa de unas de las mejores cuentas de la agencia, como Bimbo, American Airlines, Nabisco, parte de Colgate, Unilever, Sabena, entre otras.

Tanto profesional como personal, era de un carácter fuerte, pero amigable, y puedo decir única.

Gracias por sus enseñanzas, cordialidad, y por todo lo que aprendí de usted, Chaneca.

Palabras para Chaneca

Justino Compeán

Chaneca querida,

Ya pasaron unas semanas de tu partida y no me despedí oportunamente para darte las gracias.

Tengo mucho, pero mucho, que agradecerte. Tú, siempre incondicional, me ayudaste a subir la escalera de mi carrera profesional. Te cuento: fue en agosto de 1965 que nuestro mutuo amigo y jefe, don James B. Stanton, me entrevistó para ingresar a su agencia de publicidad y, al terminar la reunión, me pidió que subiera a saludarte y platicar contigo. En otras palabras, quería nuestro querido Jim, que me dieras el visto bueno.

Gracias a ello, por la noche me llamó para que a la brevedad me presentara a trabajar.

Aquí empieza mi gratitud para ti, porque siempre me tomabas las llamadas, tenía derecho de picaporte y nuestras reuniones eran cordiales y positivas. Además, le gustaba que “le hiciera la barba”, para que me acompañaras con los clientes, en las presentaciones de las campañas publicitarias. Yo sabía que tu presencia era básica para la aprobación de las mismas, porque tu carisma, entusiasmo y tu magnífica creatividad, derrumbaban muros.

Sí, Chaneca, sabías “enamorar” a los clientes, ya fueran los dueños de la empresa, o los directores de mercadotécnica o ventas.

Podría resumir tu presencia en un *slogan*: “Con Chaneca al lado, éxito garantizado”.

Tuviste la genialidad de rodearte de genios: Jomi García Ascot, Fernando del Paso, Jorge Fons, Arturo Ripstein, la China Mendoza, Mayo Moller y, antes de mi tiempo, a Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. ¿Cómo lograbas ser la “jefa” de ese talento? Porque sabías comprometerlos y también orientarlos en la faceta de la publicidad, porque eras su amiga y a la amiga no le fallan. Sólo tu genio, podía tener una extraordinaria gama de súbditos a tus pies. Sí, eras la reina del Imperio Creativo.

Chaneca en todas partes

Fueron trece años en McCann Erickson Stanton, que se me fueron volando y volando me fui también de McCann Erickson Brasil, para regresar y juntos apoyar y estar al lado de Jim en su injusta invalidez.

Madre, ejecutiva, compañera, amiga... Extendiendo la mano a todas y todos, te divertías en tus facetas de mujer importante y compartías sonrisas y ayudas sin pedir nada a cambio.

Jim Stanton se nos adelantó hace veintiséis años y ahora te reencuentras con el amigo jefe, el personaje que, como tú, hicieron, forjaron, moldearon y apoyaron a generaciones de publicistas.

Chaneca querida, viviste viviendo y disfrutaste disfrutado una vida llena de éxitos y amigos. Orgullosas tus hijas y nietas de Madre Abuela que dejó huella, recuerdos y agradecimiento en todas y todos los que orgullosamente compartimos tus tiempos, tus sonrisas, tus genialidades y tus locuras.

Gracias, muchas gracias, Chaneca querida.

Palabras para Chaneca

Gustavo Ramírez

Hola, Chane,

Qué duro saber que ya no estás. Siempre fuiste una persona que amó la vida. Que hasta el último momento, estoy seguro que tuviste algún proyecto, algo qué hacer o pensabas en alguien a quien ayudar.

Siempre fuiste así, con tus buenos momentos y tus aciertos que fueron los más y también con tus malos ratos que fueron un poco menos.

Recuerdo tu frase favorita cuando alguien te presentaba un boceto o un texto que no te gustaba: “Esto es una mierda” o si con algún ejecutivo no te ponías de acuerdo sólo cambiaba un poco la frase: “Estos ejecutivos de mierda”.

Pero siempre pasando un poco de tiempo volvía el buen humor, porque, después de todo, eso era parte del mismo trabajo.

Qué bueno fue conocerte y trabajar contigo, pues siempre fuiste una persona íntegra que, con el mismo gusto y respeto, platicabas y disfrutabas con la reina Sofía en Madrid que con una campesina o un pescador en México.

Recuerdo en Campeche a una señora campesina de edad avanzada que había extraviado a su hijo en un pueblo cercano a la ranchería donde ellos vivían. Tú estabas por ahí en esos días. La señora te platicó con mucho dolor la situación por la estaba pasando; te dijo que ese hijo era su única compañía y que, para ella, significaba todo en su vida. Tú le prometiste que lo llevarías de nuevo a su lado y lo cumpliste. Seguramente esa señora volvió a nacer y a los dos les diste el día más feliz de sus vidas.

Recuerdo también ese viaje a Guatemala, un domingo, cuando volvíamos de la Antigua y nos paró en la carretera un pelotón de soldados. Nos bajaron del auto al chofer y a mí y comenzaron a revisarnos. Tú te bajaste del coche muy enojada y les reclamaste que por qué a ti no te registraban; abriste tu bolsa frente a ellos y les dijiste que ahí llevabas una bomba; el sargento te dijo que tú eras una persona de edad y que, además, ibas muy elegante, que una persona así no podía llevar una bomba. Al fin y al cabo, nos soltaron y seguimos

Chaneca en todas partes

nuestro camino. Nos dijiste haciéndote la enojada: “Pinche soldado, me dijo vieja”. El resto del viaje fue de mucha risa y buen humor...

Chane, gracias por la amistad, por el trabajo y por el cariño.

Gustavo

Palabras para Chaneca

Margaret Rodríguez Ezeta

Antes que nada quiero agradecer que siempre he recibido de tu parte muy finas atenciones. Siempre me has tomado en cuenta, Cómo te recuerdo inventando, organizando, promoviendo y coordinadora de cuanto proyecto había que sacar adelante, *con éxito*. En esta ocasión, vivencias que me vienen a la mente sobre la Chaneca y, en general, muestra palomilla que crecimiento bajo las alas del señor Jim Stanton (QEPD).

Diario veía a Chaneca de paso a su oficina. Empezaba el desfile de personajes; aparecía la China Mendoza siempre de minifalda y taconazos altísimos; el Pablito que te conseguía cualquier ejemplar publicado en el mundo.

Cuando estaba en México no faltaba la presencia de Gabriel García Márquez, siempre vestido de blanco, con su sombrero blanco. También se aparecía Fernando del Paso. Había un señor Jaime López Muñoz.

Chaneca me llamaba en ocasiones a su oficina. Una vez me regaló uno de sus vestidos; era recto con cinta, tejido muy finito y me quedó perfecto. Me gustó mucho. En otra ocasión, me mostró una varita flexible con la que se limpiaba los ojos. Adentro del ojo la deslizaba como pincel y el ojo quedaba blanco. No recuerdo el nombre de esa varita mágica, pero siempre en su escritorio a la mano, no sabía cuántas tenía. Otras veces, estaba en sus juntas con el cliente, señor Arturo Olivé; intercambiaban puntos de vista. Eran juntas de capa y espada. Chaneca subía y recargaba sus piernas en el escritorio. A mí me ponía nerviosa que distrajera a los clientes y enseñara más de lo debido. A Chaneca le valía.

Otro comentario que me dijo es que México, teniendo tanta costa, debería hacer como los países nórdicos, que vivían del mar. Cuanto pescaban lo mezclaban, molían y producían “croquetas” de mar. Me platicaba lo que se le ocurría y los comentarios del señor Olivé.

Tampoco faltaban las juntas con Celanese, Anita Vives y otra mujer, Licha. ¡Entraba como si fiera la emperatriz Carlota! Había clientes con estrella y otros... Conocí personajes muy interesantes y creo que yo les caía muy bien, pues me hacían plática y preguntas.

Chaneca en todas partes

Ya me vendrán más nombres a la memoria. Hasta ahorita estoy pecando de recordar los chismes que llegaban a mis oídos... ¡y lo que me contó el señor Sánchez!

El lindísimo Gustavo del 12 de diciembre... Mi queridísimo Alfonso González, compañero de baile, otro al que Dios le salvó la vida al caerse del edificio y lo que me contó Lupita tan querida...

Chaneca me enseñó la primera plana del periódico *Le Monde*, en la cual informa del suicidio de su hija al aventarse al río Sena. ¡Qué susto y qué broma! En fin, detalles que compartía conmigo. Siempre tomaba notas a lápiz supongo que *slogans* para sus campañas. Muchos recuerdos con su personalidad muy fija. Gentes que dejan huella.

La Chaneca. Ya estará feliz con sus ranas.

Nuevamente agradezco que me hayas llamado. Éramos superchambeadores y siempre estábamos al pie del cañón. ¡Fijate que ahí me bautizaron como Maggie!, Maggie Rodríguez Ezeta.

Ese orgullo y dignidad de cumplir con nuestra responsabilidad es el impulso que nos hace seguir adelante.

Dale gracias a Dios por las innumerables bendiciones y a nuestra bellísima madre, nuestra virgen de Guadalupe, rogarle que nos siga cubriendo con su manto de estrellas.

Amiga Berta Maldonado, Chaneca, ¡la gran mujer!

(Una semblanza, ya que toda
su vida fue una gran anécdota)

Malena Contreras

Conocí a Chaneca en 1955 cuando se incorporó a la agencia de publicidad Young & Rubicam, en el área de Producción de Radio y Televisión. Ella dejaba atrás un trabajo también en producción en lo que ahora es Televisa.

La responsabilidad de sacar adelante a sus hijas Irene y Aline y sus ganas de crecer la ayudaron a ir adecuando todas esas aptitudes y creatividad que llevaba adentro, lo que resultaron que, al contactar a los clientes a quienes les ofrecía esas grandes ideas para desarrollar sus campañas publicitarias, fueran de gran éxito, de avanzada para el momento y memorables aún hoy en día,

Transcurrió el tiempo donde creció profesionalmente y simultáneamente produjo obras de teatro, programas exitosos de televisión, y fuimos conociendo esa otra parte humana que la desbordaba. Cuando no recogía a perritos en mitad del Periférico, protegía a niños y viejecitos, se convertía en confidente y defensora de mujeres que sufrían agresión familiar; igual te ayudaba a conseguir una chica de limpieza, lo mismo se movía para conseguirle chamba con alguien de sus conocidos a quien se había quedado sin trabajo, y no digas a proteger a intelectuales nacionales o extranjeros que pasaban momentos difíciles.

En el mes de abril de 1961 el prestigiado, querido e inolvidable señor James B. Stanton se decidió abrir su propia agencia y nos llamó a colaborar a varias personas que ya habíamos sido sus empleados, entre otros a la Gran Chaneca, y al inicio, sin una sola cuenta. Al poco tiempo nos colocamos en una de las nacionales con mayor facturación, gracias al gran profesionalismo de él, la creatividad de Chane y la excelente labor de todas las áreas que la componíamos.

Para 1968 Publicidad Stanton se fusionó con McCann y, al aumentar la cartera de clientes, realizó otras exitosas campañas, lo cual posicionó a Chaneca

Chaneca en todas partes

como la creativa más renombrada de la industria. Pasaron los años, y casada con Fernando Rafful, en 1978 renunció a la agencia, ya que, siendo ella una excelente creativa y con cualidades humanas incomparables, quiso ayudar a la gran población del país para que se alimentaran mejor consumiendo pescado, ya que solamente había la cultura de comer huachinango y robalo cuyos precios eran altos, ideó y puso al aire la campaña “El pescado es pura proteína”, promoviendo a nivel nacional el consumo de especies no conocidas y de precio accesible, la cual apoyó con distribución de recetarios de cocina elaborados precisamente con esas otras especies eliminando así la idea de consumo sólo de especies caras. Apoyando ese concepto, a través de PPM desarrollaron un producto elaborado a base de pulpa de pescado de diferentes especies aprovechando la fauna de acompañamiento del camarón, lo cual, al no ser de una especie específica, su costo era muy bajo y se presentaba en una bandeja con varias piezas y esa pulpa tenía la figura de un pecesito... Aquí lanzó la campaña *Pepe Pez* dirigida a niños que fue todo un éxito. Personalmente, en el supermercado vi a niños gritándole a la mamá que les comprara *Pepe Pez* y ella decía, pero si no les gusta el pescado, y los niños seguían gritando ¡quiero *Pepe Pez*!

La vida de mi querida Chaneca siempre transcurrió activa ayudando a todo el que se acercó, sin importar posición económica, política, social o ideológica y profesionalmente desarrollando exitosas campañas para personas, empresas y marcas.

Siempre te recordaré con admiración personal y profesional, con gran cariño ¡y agradecimiento!

Palabras para Chaneca

Pepe Meehan

Hace varias décadas cuando yo era ejecutivo de cuentas de Publicidad Stanton (PS), Berta Maldonado, “Chaneca”, era directora creativa. Mi corta relación de trabajo con Chane fue algo rispida, pero siempre desafiante y explosiva. Chane siempre fue un volcán en erupción, simpática, pícara, alegre y letal, por no decir, cabrona.

Cuando se fusionó PS con McCann Erickson (ME), fui enviado de avanzada a las oficinas de ME a manejar varias cuentas que habían quedado acéfalas, bajo la supervisión de Tomás Aguilar, gerente general y del equipo creativo del célebre Jomí García Ascot. El resto del personal de PS se integró, tres meses después, para formar McCann Erickson Stanton (MES), en sus oficinas de avenida Chapultepec. Chaneca quedó como directora del grupo creativo de las cuentas de PS, y Jomi de las cuentas de ME.

Sin duda, Berta Maldonado fue un hito en la publicidad mexicana, donde desarrolló campañas históricas y memorables. A través del tiempo, ya en otras actividades, nos vimos esporádicamente y mantuvimos una relación cordial y afectuosa.

Mis sinceras condolencias a sus hijas, compañeros y amistades.

QEPD.

El oficio intelectual

Luis de Llano Macedo

Mi padre, don Luis, sostuvo una muy peculiar relación de afinidad y cercanía con Berta, la Chaneca Maldonado, con quien trabajé en la traducción de obras musicales que trajo a México, como *Los novios*, *Ring ring, llama el amor*, *La pelirroja*, y varias más.

Para mí, don Luis era un genio para traducir y componer todo tipo de canciones, tanto populares como de Broadway, e hizo una mancuerna estupenda con Chaneca, quien, como todos saben, fue una genial publicista, creadora de muchas campañas publicitarias, así como *jingles*.

¿Se acuerdan de “estaban los tomatitos bien contentitos...” o la adaptación al español de la letra de *Mi bella dama* (*My Fair Lady*)? ¡Qué ocurrencia más



genial la traducción de *The rain in Spain stays mainly in the plain...* y lo tradujeron como “Un rey que había en Madrid se fue a Aranjuez”, machando la letra y la melodía perfectamente.

Yo tuve la oportunidad de ser muy cercano a ella, y siempre fue una persona maravillosa, simpática, muy amable y afectuosa conmigo.

Siempre pensé que ella sería la pareja perfecta para mi padre. Se hablaban casi todos los días. Fueron amigos hasta que mi padre murió.

Lo interesante de esta relación, que así como fue compañera de mi padre, al mismo tiempo, fue muy amiga de mi madre, Rita Macedo, y de Carlos Fuentes.

Ella siempre fue un personaje muy respetado en la publicidad, así como de la intelectualidad, que de igual manera fue elogiada por María Luisa, la China, Mendoza, que por Elena Poniatowska, Marta Lamas o Jesusa Rodríguez.

Su actividad en el teatro, el oficio literario, la publicidad y el activismo político fueron definitorios para enmarcar la presencia de la mujer intelectual en nuestro país.

Chane de mi corazón

Irene Medina

Estoy entrando a mi oficina amplia, luminosa, con muebles de madera que logré tener después de años de trabajo, de aguante, de lucha por demostrar que, aunque seas mujer, aunque seas joven, aunque seas universitaria, puedes lograr un día presentar tú misma tus campañas sin necesitar a un ente masculino creativo que lo haga por ti para que tus ideas “se vendan”.

Estoy llegando, pues, de una buena junta con el cliente de Pepsi. Suena el teléfono y la voz me dice: ¿es Walter Thompson? “Sí”, contesto. La voz prosigue: “Hola, gorda, soy Chaneca”. Pregunto: “¿Chaneca Maldonado?” “Sí, gorda, te invito a tomar un café turco a mi casa mañana en la tarde...”

Mientras apunto la dirección, la cabeza me da vueltas y el corazón me late tan fuerte que lo escucho. Chaneca, la famosa Chaneca, a quien conozco de nombre y por su gran fama me está invitando a su casa: ¿por qué?, ¿para qué?

Las horas siguientes se me hacen eternas hasta que llega la hora de la cita.

Acudo puntual al sur de la ciudad. Me recibe esta mujer afable, de expresión suave, sonrisa fácil, es la gran Chaneca, la famosa creativa, la reconocida, la premiada, la señorona de la publicidad, y yo estoy con ella, en su casa por no sé qué razón más allá de tomarme un café turco.

Me sirve el café y empieza la charla que desde el principio parece la de dos amigas.

En este ambiente de confianza, le pregunto: “Chaneca, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo me conoces si apenas estoy despegando como directora creativa asociada en Thompson?”

“Es que te quiero entregar la cuenta de Bimbo porque después de muchos años de manejarla, desde que estaba con Jim en Stanton Publicidad y luego en McCann Erickson, dejo la cuenta y la quiero dejar en buenas manos. Tal vez sepas que me acabo de casar con Nando que está a cargo de la Secretaría de Pesca y yo lo voy a ayudar con la comunicación.”

Le doy el último trago al café (que está buenísimo) y le pregunto: “¿por qué yo y no alguien más conocido para manejar esa cuenta tan importante?”

Y me responde así, simplemente: “Por dos razones: te llamas Irene como una de mis hijas y porque conozco a Pepe Ambriz, tu esposo, un profesional y una gente decente en ese mundo de la televisión que no suele serlo tanto”.

Más adelante me contó Pepe, mi esposo, que estando en Canal 13 (cuando era un canal gubernamental) y siendo Pepe del equipo de don Luis de Llano Palmer, llegó Chaneca a su oficina y Luis le encargó que le buscara un lugar para trabajar. El 13 entonces estaba en la calle de Mina, en una zona ruda del centro de la ciudad y en unas instalaciones improvisadas. No fue sencillo adaptarle un lugar adecuado a Chaneca, pero lo hizo. Unos días después, llegó al canal uno de los políticos sintiéndose jefe y, sin más, le quitó su lugar a Chaneca. Fue entonces cuando Pepe, con su decencia, buenas maneras y autoridad, quitó al político del espacio, y le dijo que ése era el lugar de la señora Maldonado, y que tanto su espacio como a su persona, le debía respeto. Chaneca volvió a su lugar.

Vale mencionar que, días antes a mi reunión con Chaneca, yo recibí varias llamadas de Justino Compeán, mi amigo y ex cliente de Pepsi. Entonces era gerente general de McCann y me hablaba para ofrecerme chamba. Mi campaña de Pepsi estaba a punto de salir al aire y yo no quería escuchar nada respecto a cambiar de agencia, y menos a McCann, la de Coca-Cola.

Pensando en eso, allí estaba yo en la casa de la señora de McCann que me está ofreciendo su cuenta bien amada, la que hizo florecer durante años y la segunda en facturación de la Agencia, por arriba de Coca-Cola.

Conversamos y, sobre todo, la escuché platicarme de todo, de sus andanzas de sus aventuras, de sus famosas amistades: el Comandante Fidel, El Gabo, Carlos Fuentes, la China Mendoza...

Allí estaba yo, teniendo el privilegio de estar frente a una mujer talentosa, interesante, experimentada, culta, simpática que no hablaba de teorías publicitarias sino de vida, de valores, de verdades, de compromisos, y de lealtades no hacia otros sino hacia uno mismo.

Y allí mismo, después del segundo café turco y sin que mediara convencimiento mayor o negociación alguna, le dije que sí, que tomaba el legado de su cuenta y me comprometía, con mi nombre, el mismo de su hija, a cuidar Bimbo con esmero.

Lo hice por diecisiete felices años en el gran McCann que me regaló, entre muchas satisfacciones, dos en particular: el comentario del cliente de Bimbo que, un tiempo después de manejar la marca, me dijo: “de las cosas muy

Chaneca en todas partes

buenas que le dio Chaneca a Bimbo, una de las mejores, fue haberte traído a la cuenta...” Y la otra fue que en mi grupo creativo se acuñó la frase “con el cariño de siempre, Bimbo” que tras casi tres décadas la sigue usando la marca.

La amistad con Chaneca fue grande y feliz. Las comidas en su casa, en mi casa, en restaurantes eran una fiesta. Mi cariño por ella es difícil de medir. Siempre la tuve presente como una fuerza y una inspiración y siempre que nos veíamos así le decía: *Chane de mi corazón*.

Con el cariño de siempre, Chane de mi corazón.

Chaneca, un recuerdo veloz

Leona Isabel Rosas

Desde mi óptica ella era todo un personaje dentro de la novela de la vida. La recuerdo siempre de prisa, ocupada, pero sonriente. Pasaba como una exhalación ante mi escritorio levantando una mano al tiempo que decía ¡hola! Y desaparecía con la misma velocidad.

Algunas veces tenía menos prisa y entonces se detenía a hacer una breve charla. Muy objetiva, nos hacía recomendaciones de cómo disfrutar más la intimidad sexual con aquella naturalidad como si estuviera hablando de recetas de repostería.

Su actividad publicitaria era notoria, más cuando sus textos o *jingles* se dejaban escuchar en la radio y se canturreaban en todos los pasillos. Esto no alteraba su sencillez de compañera de trabajo. Como que ser conocida por su creatividad no alteraba en nada su carácter de mujer sencilla, pero realizada.

En fin, intercambiar con ella ya fuera en la seriedad del trabajo o en los ratos recreativos en comidas o fiestas de la empresa, siempre fue placentero porque siempre enseñaba algo. Era maestra nata.

Se siente mucho su ausencia de voz y presencia, pero en el recuerdo siempre será un personaje inolvidable.

De publicidad y publicistas

José Luis Chong

Conocí a Chane hace casi cincuenta años en la que era en ese entonces la agencia de publicidad más grande e importante de México, McCann Erickson Stanton. Ella era la directora creativa del grupo de productos en los que yo me desempeñaba como ejecutivo de contacto con clientes.

La publicidad en ese tiempo se dividía en artes mayores (considerando por la inversión requerida para los anuncios para televisión) y artes menores (los mensajes para radio e impresos). Aunque toda la publicidad de mi grupo la creaba Chane, ella personalmente acudía a vender al cliente el diseño de los anuncios para televisión y a mí me tocaba sólo ir a vender los de radio e impresos.

La primer gran campaña en la que trabajé con ella tenía un objetivo muy ambicioso, colocar en la mente del consumidor que podía adquirir pan dulce en las misceláneas y no sólo en las panaderías como era la vieja costumbre en México. Debo decir que fue un gran logro, pues la marca logró alcanzar un nivel de ventas récord con la “canasta del pan dulce” a nivel popular de Sonora a Yucatán.

Chane lo logró creando mensajes “musicales” muy sencillos y fáciles de recordar y convencer. Contaba en su equipo con excelentes colaboradores que escribían, dibujaban y producían los comerciales que ella diseñaba, así que las sesiones de presentación de las “campañas” eran todo un espectáculo en las que Chane era el centro de atención con una poderosa capacidad de convencer y lograr que lo que creaba fuera aprobado.

A mí me tocaba el reto (como antes dije) de ir sólo a vender los anuncios de radio e impresos, y sudaba y quería morir ante la idea de que lo que creaba Chane no me fuera aprobado. Algunas veces tuve que usar la técnica de la “vaca morada”, para que el cliente aprobara “con ligeros cambios”. Para el ejecutivo de contacto, la “vaca morada” equivale al principio de que al cliente “no se le pueden ganar todas”. El problema era regresar a decirle a Chane que el cliente pedía “un pequeño cambio” en lo que ella había creado; algo así no se lo deseaba a mi peor enemigo.

Pero, al final, todos esos años de esfuerzo valieron la pena y creo que Chane debe estar muy satisfecha (como lo estoy yo), en donde quiera que se encuentre. Veamos ahora la segunda experiencia de trabajo que tuve oportunidad de compartir con ella, hace cuarenta años, cuando era directora de Comunicación en la Secretaría de Pesca, en la segunda parte del gobierno de José López Portillo.

Como asesor externo fui contratado para colaborar en un proyecto que hasta el momento del fin de sexenio iba con “viento en popa”. El concepto parece sencillo y con una poderosa razón de ser: consistía en utilizar la llamada “fauna de acompañamiento”, es decir, la pesca involuntaria de especies comestibles, pero no comerciales, que los barcos camaroneros capturaban en sus redes y que se acostumbra tirar al mar, como contaminación, al no poder utilizar las bodegas refrigeradas de los barcos por no ser pesca comercial.

La gran idea era utilizar esa pesca en un equipo japonés, para extraer la pulpa, de carne oscura, pasarla por un troquel en forma de pescadito, cubrirlo con un empanizado y venderlo como “la proteína más barata y nutritiva” para la población de nivel popular en mercados públicos y autoservicios. La marca creada por Chane fue *Pepe Pez* y logramos colocarlo en mil puntos de venta a nivel nacional.

Nuevamente el diseño de empaques y la comunicación “musical” de Chane lograron que la producción nunca fuera suficiente para abastecer la demanda y ya se estaba planeando ampliar la planta de producción cuando terminó el sexenio y me tocó a mí hacer la presentación del proyecto al licenciado Pedro Ojeda Paullada, el cual simplemente y sin razón decidió dictar la muerte de *Pepe Pez* y cancelar el proyecto.

Un último detalle pinta a Chane de cuerpo completo. La tarde del último día de trabajo estaba en la recepción de Productos Pesqueros Mexicanos esperando que me pagaran los servicios y materiales que yo había proporcionado al proyecto. Cuando empezaron a despedirse los empleados y a apagar las luces de la oficina, tomé el teléfono y le llamé a Chane. Ella me contestó con su clásico:

—¿Qué pasó, gordo?

—Nada Chane, pero no me han pagado y ya están saliendo.

—No te preocupes, gordo, ahora lo arreglo.

A la media hora salió mi cheque, con la tinta fresca del director. Fue el último cheque del sexenio.



Familia Rafful

Bárbara Castellanos Rafful
José María Castellanos Elías
Jorge Yunis Rafful Zepeda
Mauricio Rafful
Carmen Josefina Espinosa
Mariano Espinosa Rafful
Nodir Hernández Jaber

Receta perfecta

Bárbara Castellanos Rafful

A principios de marzo de 2006, Chaneca nos invitó a comer a su casa. El pretexto: su cumpleaños y el de mi abuela Hilda; ambas nacieron el mismo año, con un mes y un día de diferencia. Además de las festejadas, concurrimos mi mamá, mis tías, las entrañables Hila y Tina, y yo. Tenía un tiempo sin ver a Chaneca, a la que recordaba vivaz, cariñosa y presente en momentos significativos para mi familia, así que estaba emocionada por el reencuentro.

Desde que llegamos, reinó la conversación. Cuando la charla migró a la mesa, los aromas presagiaron los sabores del menú, opíparo y lleno de exquisiteces. Un centro de mesa giratorio hacía accesible el banquete a las comensales. El platillo principal era una pasta con salsa de jitomate y aceitunas negras. Quedé fascinada y declaré mi deleite. Platicué que la semana entrante sería la primera sesión en mi casa con mis queridos amigos de La Pensadera, un taller de cuento muy libre y divertido, con sede itinerante, al que me había incorporado unos meses antes. Me consideraba una anfitriona inexperta, pero rebosaba entusiasmo y pretendía corresponder a las atenciones de mis contertulios. De inmediato, Chaneca se interesó por los detalles y me preguntó por mis amigos, el taller, el libro que planeábamos publicar, la próxima reunión...

“Es muy fácil. Ven aquí”, me llamó con su dedo índice y su habitual mirada pícaro. Frente a la alacena, me entregó un frasquito de paté de aceitunas negras. “Es la clave”, aseguró. Regresamos a la mesa y me dictó la receta de la pasta pormenorizadamente. Paciente con mis preguntas de novata, me explicaba con claridad y se cercioraba de que anotara todo.

Cuando concluimos, era la dulce hora del postre, que nada más significó una pausa, pues continuamos departiendo entre manjares y risas. Salimos de noche de casa de Chaneca. Partí feliz, con una receta perfecta y su ingrediente secreto.

Dediqué la tarde del domingo a hacer las compras para el convite, de acuerdo con las precisas pautas que había recibido. Al filo del mediodía del lunes, fecha de la esperada reunión, mi tía Eva me marcó para decirme que

Chaneca en todas partes

Chaneca necesitaba mi dirección para mandarme un paquete. Después de un par de llamadas, entendí que se trataba de un regalo. Para evitarle la vuelta, me apersoné donde me indicó. En cuanto llegué a las instalaciones de *La Jornada*, ella me esperaba al pie del edificio con un par de voluminosas cajas blancas. El contenido: una fuente y diez platos preciosos para servir pasta, ¡listos para estrenarse! Ni tiempo me dio de ruborizarme, sino sólo de agradecerle, pues me apapachó y me trepó en el coche para que regresara a mi casa a preparar las viandas. “Recuerda comprar las chapatas en el camino”, se despidió.

La cena de La Pensadera fue memorable. Hasta hoy conservo aquellas amistades y, por supuesto, los platos que engalanaron la succulenta pasta. En la siguiente celebración de cumpleaños de Chaneca le llevé el libro de cuentos que habíamos publicado y me pidió que se lo dedicara.

Aunque el ingrediente secreto de Chaneca era su encanto, siempre atesoraré su receta perfecta para la empatía y la generosidad.

Las apariciones de Chaneca

José María Castellanos Elías

Chaneca apareció en mi vida cuando mis hermanos, mi madre, mi abuela, Umma, y yo vivíamos en el departamento 28 del número 156 de la calle de Coahuila, en la colonia Roma. Corría el año de 1971.

Chaneca acudió con su marido, Nando, sobrino de mi abuela, a visitarla. No recuerdo su aspecto físico ni más detalles, pues lo que me marcó fue que ella se mantuvo atenta a la plática de mi abuela, quien contó que sentía molestias en la espalda. Al siguiente día, Chaneca reapareció con un dispositivo de masaje para Umma, que alivió sus dolencias.

En varias ocasiones, coincidimos y nos saludamos con cordialidad en encuentros familiares protocolarios y circunstancias especiales.

Diez años después, mi hijo, Aníbal, de un año de edad, estaba internado en el Hospital Español, en Ejército Nacional. Nuevamente, apareció Chaneca con Nando, ahora para ver a mi hijo. Mi esposa y yo les comunicamos que le habían diagnosticado un problema en el corazón. Chaneca le comentó a su marido que saldría un rato, pero le indicó que la esperara, pues volvería pronto.

Regresó en dos horas, con un especialista en cardiología pediátrica del Instituto Nacional de Cardiología. Nos pidieron salir del cuarto para que el doctor revisara a Aníbal, en compañía de Chaneca. Al concluir, el médico nos informó que el diagnóstico fatal era totalmente equivocado y que mi hijo se recuperaría en dos o tres días, tras retirarle el suero... y así fue. El 24 de julio de 2020, el niño Aníbal cumple cuarenta años, al lado de su esposa y sus dos bellos retoños.

Desde que la conocí, el afecto, el cariño y el respeto por Chaneca permanecen indelebles.

La gran Chaneca

Jorge Yunis Rafful Zepeda

Para las hijas de Chaneca Irene y Aline,
Lupita Solís publicista y las eternas Hila y Tina.
La vida es un campo de posibilidades infinitas.

Deepak Chopra

Recuerdo con emoción y nostalgia la primera vez que llegué a la casa de mis tíos. Chaneca y Fernando. Fue en una noche fría y lluviosa del 30 de julio de 1980, hace casi 39 años. Me dirigí del aeropuerto de la Ciudad de México en un taxi rumbo a su casa que se encontraba, en ese entonces, en Juárez 85, San Jerónimo. Al llegar a su imponente casa, ya avanzada la noche, me recibió la que sería mi segunda madre. Estaba frente a una gran mujer que desde ese momento, y siempre, procuró darnos seguridad y calidez.

Mi tía Chaneca brindaba lo mejor de ella a cada instante sin pedir nada a cambio. Con su infinita bonhomía y generosidad, su don de gente, que sólo se da en seres iluminados, así empezó mi historia con Berta Maldonado, la gran Chaneca.

Al llegar tenía apenas diecisiete años. Antes había tenido la ocasión de conocerla cuando iba a “su isla”, como ella solía decir. Recuerdo que, cuando mis queridos tíos llegaban al Carmen, todo era fiesta y algarabía por parte de la familia y amigos. Mi tío Fernando, de cariño para todos Nando, ya era un hombre importante y en ascenso en la política nacional, en parte por su talento, simpatía y esfuerzo, en parte por el apoyo que le brindaba esa guapa mujer, siempre inquieta, echada para adelante, abierta, con ánimo de servir y ser útil a los demás: tía Chaneca.

Antes de concluir el mandato presidencial de López Portillo, tuve oportunidad de vivir un par de años en su casa, lo suficiente para recibir lo mejor de ellos. Nos educaron, alimentaron y cuidaron como si fuéramos sus hijos. ¿Cómo no recordar esas noches cuando llegaba tío Nando, acompañado de

alguna personalidad, ya fueran líderes de opinión, intelectuales, empresarios, artistas y deportistas destacados? En la amplia y mullida sala, rodeados de obras de arte de pintores de renombre y cantidad de libros y discos, con calefacción, música clásica de fondo y una plática siempre amena e ilustrativa, preámbulo de una exquisita cena, en esa enorme mesa, nosotros estábamos ávidos de seguir escuchando y aprendiendo de mis tíos y esos interesantes personajes. La gran Chaneca siempre estaba al pendiente, con el auxilio de Hila y Tina, de los más mínimos detalles en esas auténticas veladas memorables e inolvidables que nos hicieron gente de bien, reflexiva y productiva.

A principios de los años noventa se separan mis tíos, lo cual nos afectó ya que esa unión nos fortalecía al ser los líderes de esta gran familia. A partir de entonces, ella, Chaneca, se dedicaría con mayor énfasis a sus actividades profesionales, político-sociales, operando con entusiasmo en favor de lo que ella pensaba que era el proyecto de nación.

Publicista por vocación y formación, trabajó en su última etapa y hasta el día de su muerte en el prestigioso periódico *La Jornada*. En su momento, años atrás, siendo presidente, Vicente Fox declaró que Chaneca era la mejor publicista de México. Ella lo ayudó a ser gobernador, incluso para que llegara a la Presidencia de la República. Pero estando ya ahí, al frente del poder ejecutivo, le consternó, por sus ideas nacionalistas, la declaración que éste hiciera sobre privatizar Pemex, por lo que ella de inmediato se hizo a un lado de dicho proyecto en que participó.

Empieza a simpatizar en esos tiempos con el proyecto del entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad de México López Obrador. Ellos se hicieron buenos amigos de ideales y de lucha. Chaneca aportó muchas ideas, con su ingenio y creatividad, a las campañas del actual Presidente de México, como, por ejemplo, la frase “Es un honor estar con Obrador”, por citar alguna.

También como publicista participó en diversas campañas dentro del sector público y privado, como la que aportó a favor del consumo de la pesca, en esa bonita época, con el ingenioso *slogan* “chun tachún tachún tachún, vamos a comer atún”.

La gran Chaneca, siempre alegre, fuerte, virtuosa, irradiaba energía, tenía para todo y para todos y con muy buena disposición. Amaba y respetaba a su pareja y a todo lo que fuera cercano a él. Incansable como lo era ella, siempre daba lo máximo. Aprendimos mucho en esa maravillosa casa. Fueron sin duda grandes experiencias de vida, que aún añoramos los primos y amigos cercanos.

Chaneca en todas partes

Chaneca publicista, nacionalista, feminista, mujer de izquierda, luchadora incasable a favor de los débiles y desamparados; también siempre en favor de los animales; siempre correcta, siempre fiel a sus principios y convicciones. No conozco a una mujer que haya tenido más relaciones públicas ni más querida que la tía Chaneca.

En esta ocasión especial le rendimos tributo a la memoria de ese sensible y gran ser humano, bello por dentro y por fuera.

Su vida plena y larga es ejemplo para seguir para todos aquellos que anhelamos un México mejor, más justo, con valores, principios, moral y ética. Ello puede ser de gran utilidad a las generaciones que estamos y las que están por llegar. De ahí es relevante que se sepa de gente que deja huella con humildad, sencillez y sencillez. Reconocerla es tenerla presente, rescatar de ella su esencia, para así buscar poner en práctica sus múltiples enseñanzas en beneficio de nuestro país.

Palabras a Chaneca

Mauricio Rafful Obrador

Viajo solo por primera vez en avión desde el mar de Ciudad del Carmen al México de los años setenta estrenando mis primeros diez años, un overol rojo de manga corta para el calor y una maleta roja que me había regalado tía Chaneca. Ella me esperaba en el aeropuerto del Distrito Federal para enseñarme la ciudad: libros, espacios, personas con historias y vidas creativas. Para que pudiera mirar, ella descubrió que yo seguramente no alcanzaba a leer bien en el pizarrón de mis clases, porque tampoco veía bien de cerca. Me había llevado a la librería Gandhi para que comenzara a leer *Platero y Yo*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, dos libros para entender la pubertad.

Fuimos a mi primer examen de ojos para, a los pocos días, estrenar mis lentes que no habría de dejar nunca más. Salimos de la óptica para ir a visitar sin escalas al hombre de quien vivía enamorada y que la adoraba en esta vida inolvidable, mi tío Fernando Rafful. Llegamos a su oficina y me celebró preguntándome con una sonrisa “¿ésos son los lentes que querías? No pudo aguantar la risa con tía Chaneca porque la historia había sido como tantas cosas bellas en ellos juntos. Ya los dos eran tremendamente queridos y admirados, no sólo por la tribu Rafful, que empezaban a convertir en “casa”, sino por amigos y compañeros por todos los lugares donde se pensaba y conversaba de literatura, cine, teatro, música. Cuanto más por la maravilla de Chaneca haciendo preguntas para conocerte y hablar de tu alma. Me prepararon juntos explicándome que mi padre Beto Rafful usaba lentes y era natural para mí necesitarlos por herencia. Mi madre, Esperanza Obrador, había empezado a usarlos ya en la madurez, pero, en aquellos momentos, tía Chaneca le dijo, como siempre con una voz y una gracia inconfundibles, “Pelancha, ya va morro con sus anteojos”. Me lo habían explicado con mucho cariño sabiendo que los usaría todo el día todos los días para siempre, y viendo mi seriedad ante la noticia, ella me preguntó “Morro, ¿y cómo cuáles te gustan?” Mi respuesta fue la que muchas veces volvían a preguntarme para reírse conmigo: unos como los de Raúl Velasco.

Vivía con mis padres, mis hermanos Yazmín del Carmen y Alberto, nuestras enormes familias en la adorada isla bautizada por Chaneca en el nombre que dio a uno de los fantásticos negocios de mi tío Pepe Jaber, casado con Etur Rafful Miguel, tía Turi; Turi Rafful, mamá no sólo de nuestros primos entrañables, Elías, Ivonne, Eva, Rosa y Pepe, sino de toda la tribu y familias: “El paraíso tropical”.

La señal de la televisión en blanco y negro llegaba algunos días de la semana y debíamos subirnos a los techos para orientar una antena gigante, oyendo los gritos de los que se quedaban ante el televisor para vigilar en qué momento aparecía alguna imagen del Canal 2 y gritaban “¡ahí, ahí!” Eso significaba una instrucción para dejar de mover la antena para que ya quedase en posición para ver el famoso programa *Siempre en domingo*, donde aparecían cantantes y artistas por horas y horas, todo conducido interminablemente por Raúl Velasco. Años pasaron de recibir enseñanzas entre todos en familia, porque nuestros tíos Chaneca y Fernando nos enseñaron a crecer aprendiendo todos de todos; así fue como un día, pasados mis veinte años, me contrataron para redactar entrevistas en una revista que, a la vuelta del tiempo, sería muy famosa, y fue increíble cuando me dijeron: “prepárate, porque vamos a entrevistar a Raúl Velasco”.

Ahí estuve disfrutando transmitir esa señal de absoluta felicidad de regreso y saltando entre tantísimas cosas bellas, aclaro que ya con otro modelo de anteojos. Con los primeros me llevó tía Chaneca a conocer a sus hijas Irene y Aline, bellísimas niñas jóvenes con unos tonos de voz y cortes de cabello que nunca había oído ni visto, fascinantes en su mundo para mí nuevo con la presencia de unos gatos imponentes y gordos a los que correspondí mirando y saludando de usted.

La belleza de Chaneca, como persona y como mujer, merece varios libros, pero en adelante se dirá que sus ojos encantadores los realzaba con el kejel que preparaba María Kuri, hermana de tía Rosita Kuri, y salía a vender por toda la isla, casa por casa, hasta que un día de mucho calor, y después de haber caminado incansablemente por años sus rutas de comerciante capaz de vender todo lo que existiese, especialmente si estaba a la mano o guardado —que no debía desperdiciarse sin que alguien más lo pudiese aprovechar o seguir usando—, sufrió un desvanecimiento en plena calle y sol, para sorpresa y susto de quienes trataron de ayudarla jalándola por los brazos para subirla a un taxi para que la llevara a casa de tía Turi, donde vivía y nos trata-



ba amorosamente, pero de estas maniobras quedó tan afectada que nuestros tíos fueron informados y mandaron por ella para curarla. Chaneca, al verla, hizo un dibujo de cómo había quedado, para que pudieran valorarla, y se lo mandó al director del Instituto Mexicano del Seguro Social, quien al ver la magia del dibujo llamó para decir “A la señora la opero yo”. A pesar de que no había recuperación posible que le permitiera todo el movimiento de sus muy trabajadores y fuertes brazos, que tío Nando recordaba haber visto dándole al molino para hacer chocolate en el rancho de Candelaria, mientras platicaba dulcemente, él se animó a ayudar para nunca olvidar la fibra con que había que rifarse y no quedar mal sin poder darle vuelta a la palanca. María se quedó una temporada en casa de mis tíos y fue feliz escuchando cada tarde un disco bello de *40 boleros con amor*.

Chaneca en todas partes

Ahí vivían muchos sobrinos que entraban, comían, salían, se enamoraban y salían a cantar desesperados ante la visita de una guapa actriz de cine que llegó un día con un atuendo algo transparente, mientras Chaneca estaba, mientras tanto, resolviendo quiénes ya debían ir al dermatólogo, al dentista o al psicólogo, al mismo tiempo que nos mandaban a estudiar al Colegio Madrid, donde había espacios para la libertad y la formación en la lectura con personas de diferentes países latinoamericanos y, por supuesto, hijos de refugiados españoles, talento y cultura.

Viendo este interminable trajín, Mercedes Barcha, que no paraba de saludar a todos los sobrinos que iban a presentarse a la sala, se quedó viendo a tío y le dijo: “Nando, ¿y toda esta turcada aquí vive? ¿Cómo le hacen?” Era increíble, porque nuestros tíos al mismo tiempo estaban trabajando: Chaneca una gran publicista y tío Fernando ya secretario de Pesca, donde, entre otras cosas, abrieron México a su primera flota atunera, con empresarios, personajes y equipos de trabajo extraordinarios, coronados con la campaña de publicidad “chun tachún tachún tachún, vamos a comer atún”, recordada por lo que significa para México haber empezado a comer su atún, mientras del otro lado hicieron todo por impedirlo, incluso con un embargo atunero a tambor batiente de Estados Unidos contra México. Les vimos con orgullo y enorme compromiso construir ese México sin pelearse con nadie. No quiero imaginar nuestro país sin tener atún en su dieta.

Todo para saber por ti un día mirando uno de los jardines más hermosos en San Ángel: “Morro: la vida es muy bella, muy muy bella, y muy triste...”

Mi tía la maga...

Carmen Josephine Espinosa Rafful

El recuerdo más lejano que tengo de mi tía Chaneca se remonta al año 1969, en Ciudad del Carmen, en un viaje de vacaciones que hizo con mi tío Fernando. Estábamos alrededor de la alberca del hotel donde se hospedaron y me dijo que la acompañara a comprar unas telas porque quería que me hicieran unos vestidos iguales a los de ella. Así fue; fuimos a comprar las telas y de ahí con la costurera para que me confeccionara tres vestidos; uno de ellos de color azul con bolitas blancas y una gran bolsa del lado izquierdo en color rojo; ése fue el inicio de una larga y entrañable relación de cincuenta años.

Mi tía contaba otra versión de nuestro primer encuentro. Solía decir que me había rescatado de un colegio de monjas a donde había acudido a un retiro.



Yo entonces tenía diez años y me prometió que cuando llegara el momento de estudiar la preparatoria, me iría a la Ciudad de México. A partir de entonces, me enviaba libros, *Mujercitas* y *Los cuentos de Lilus Kikus* fueron algunas de mis primeras lecturas.

Conservo una carta que me escribió en 1972, después de mi primer viaje a la Ciudad de México, al departamento de la calle de Hermosillo 25 en la colonia Roma. Entre otras cosas, me preguntaba si estaba cumpliendo con las recomendaciones que me había hecho de estudiar media hora de inglés, leer otra media hora y ayudar a mi mamá otra media hora, y me pedía que se lo reportara en la siguiente carta que le escribiera.

En 1974, a la edad de quince años, llegué a vivir a su casa, a estudiar la preparatoria. Otros primos habían llegado años antes y mi tía Chaneca, no obstante que tenía un trabajo con jornadas largas —pues era la directora creativa de McCann Erickson Stanton—, se daba el tiempo para organizar las idas a las consultas médicas (dentista, oftalmólogo, psicólogo, nutriólogo, etcétera), la asistencia a museos los fines de semana y, en ocasiones, hasta algún viaje, como cuando nos llevó a varios sobrinos a conocer la Ruta de la Independencia, para hablarnos de la importancia del hecho histórico, saborear la gastronomía de los diferentes sitios y dejarnos el interés por descubrir la gran riqueza cultural que tiene nuestro país, de la cual ella era una gran apasionada.

Su creatividad sorprendía una y otra vez. En los años setenta la recuerdo los domingos, sentada en las escaleras del antecomedor hacia el jardín, tarareando los textos de los comerciales que filmaría en las semanas siguientes, pero también trabajaba en las traducciones de obras de teatro que serían puestas en escena y cuyas placas podemos ver hoy en diversos teatros de la Ciudad de México con el nombre de Berta Maldonado, Chaneca.

Sin duda, era una maga, capaz de transformar un espacio inhóspito en un bello y atractivo lugar, como cuando arregló un departamento en Plateros donde me iría a vivir en 1982. Seleccionó y adquirió cada uno de los elementos que formarían parte de mi vivienda; hasta el refrigerador mandó pintar de rojo, para que hiciera juego con el color del techo de la cocina.

Como ella misma se definió, era una mujer curiosa. Siempre tuvo un gran interés por conocer, por investigar, por saber, preguntaba y exploraba. Siempre iba más allá de la superficialidad y eso también la hacía un ser extraordinario. Su capacidad de empatía con la gente, independientemente de su posición económica y social, lograba permear cualquier ámbito; lo mismo

podía estar en una reunión con grandes intelectuales, algunos de ellos sus amigos, al tiempo que era capaz de establecer relaciones cercanas y apoyar a la gente más necesitada.

Nunca me cansaré de agradecerle su generosidad, pero también el tiempo y la vida que le dedicó a mi hermano Jorge Elías en diferentes momentos, particularmente cuando a “Caña”, como ella lo llamaba, le diagnosticaron un cáncer linfático en el año 2003; su acompañamiento al Instituto Nacional de Cancerología, su interés por hablar con los médicos que lo atendieron, así como el seguimiento a su tratamiento, fueron vitales en el ánimo de Jorge.

Para él, mi tía Chaneca era su adoración, desde aquel mes de junio de 1978, año en el cual mi tía lo trajo a vivir a su casa para que terminara de estudiar la Secundaria.

La relación entre ambos fue entrañable. Los últimos veintitantos años Caña los vivió en Ciudad del Carmen y cada vez que venía a la Ciudad de México, tres o cuatro veces al año, invariablemente le traía camarones y la visitaba. Pasaban largas horas platicando gracias a esa enorme curiosidad e interés que ambos compartían sobre muchos temas. Caña, al igual que mi tía, era muy antojadizo y siempre aprovechaba para que Tina le preparara alguno de sus guisos preferidos, como quesadillas de huitlacoche, de flor de calabaza, huauzontles, o romeritos, dependiendo de la temporada.

Lectora voraz, pero eso sí, selectiva, siempre preguntaba qué libro estaba uno leyendo; en los meses previos a su partida, cada vez que la visitaba, a veces con Eva, en otras ocasiones con Lucy, nos pedía que le lleváramos algún libro, porque ya todos los había leído.

Muchas veces me dijo que era importante que yo estudiara algo más que una licenciatura. El sábado 14 de marzo la fui a visitar y le llevé el título de la maestría; se puso muy contenta. Cuando llegó el médico que la revisaría, me pidió que le mostrara el documento, la percibí orgullosa y, por supuesto, me dijo que ahora tenía que hacer el doctorado.

Fue un ser extraordinario. Su presencia fue constante, su influencia en mi vida fue rotunda, su ausencia; parafraseando a Benedetti en su poema *Corazón coraza*, es una herida que duele como dos.

Chaneca

Mariano Espinosa Rafful

¿Quién soy o qué soy? Vayan a saber.
Cada día se es algo muy adentro, que no
tiene nada que ver con lo que es afuera.

BERTA MALDONADO GALLEGOS

Nuestras fortalezas siempre serán las mejores lecciones aprendidas a la edad perfecta en la vida, porque cada etapa contiene una buena dosis de enseñanzas, que se superan cuando nos enfrentamos en solitario a decisiones importantes y únicas.

Estamos ante ese mundo de fragilidades donde vamos bajando la cuesta, aunque ya no tropezamos tanto, y en los recuerdos cuando perdemos a un ser muy querido, se vienen a la mente sin fechas exactas, pero con amplios momentos de bondad y sentimiento, imágenes inolvidables que marcaron y dieron sentido a la existencia.

Ha partido mi tía Chaneca, con ese claro sentido de pertenencia desde que la vimos por vez primera, la que me cambió la vida a los trece años, cuando la conocimos en Ciudad del Carmen junto a mi tío Fernando Rafful.

Innumerables detalles a lo largo de mis cuarenta y siete años, sobre todo en los seis años que viví y conviví con ambos, y cinco primos y mis dos hermanos, Carmen y Jorge Elías, en su casa por los rumbos de San Jerónimo en la Ciudad de México, entre los años de 1976 y 1982.

Hoy ya no estás entre nosotros, pero sí estás. Hoy ya no habitas este mundo de desigualdades, aquellas que siempre procuraste que no se dieran, y apoyar para hacer menos hostil el camino para los que menos tenían, seres humanos, pero también perros y gatos que eran abandonados a su suerte y que tú rescatabas, pero estás como ejemplo y lo estarás siempre, tía Chaneca; tu vida de probada honestidad entre lo que pensabas y lo que procuraste, te hace una mujer única, extraordinaria mexicana, la mejor.

Mi primer viaje al extranjero, mi recorrido por la Ruta de la Independencia a mis 18 años que tú trazaste para que viviera esa aventura en solitario, mi primera chamarra de piel, mi primera guitarra... Sabías de mis gustos y me sorprendías. “Homenaje a Mao”, me decías, y cocinabas en sábado comida china.

También estuvieron las exigencias, las calificaciones —donde todo debía transitar perfectamente—, para salir los fines de semana a conocer México, la música clásica que siempre estaba por las noches en las charlas después de la cena, donde no podíamos faltar los sobrinos que ya estábamos en casa; no había pretextos para guardarse en su cuarto.

Y aquel mediodía, cuando me comentaste: “tu tío te va a preguntar en qué semestre de leyes vas en la Facultad en la UNAM; dile la verdad, él ya sabe”; y vino la pregunta y de botepronto, con cierto temor no lo niego, la respuesta; “primer semestre, tío”, porque me había quedado un año más en la preparatoria por dos asignaturas pendientes.

Tuvimos la oportunidad de conocer y estar incontables días cuando visitaba García Márquez la casa de mis tíos en Juárez 85, ir por la guitarra a petición suya, y cantar un par de versos compuestos en mi juventud, donde la combinación de hilaridad entre el pueblo de Carmen y la gran ciudad hacían su parte.

Cada año, después de ese desenlace en el año 1982, cuando se cerró la casa de los tíos, que algún día narraré, cada quien tomó distintos caminos. Fui el segundo en decir adiós y partir a otro lugar en el mismo sur de la ciudad, pero nunca dejé a la tía Chaneca. Los 11 de febrero estábamos ahí, en cada cumpleaños.

El año pasado, un triste 2019 en su último tramo, antes de viajar a Ciudad del Carmen para enterrar a mi hermano el 12 de septiembre, fuimos mi hermana Carmen y yo a darle la trágica noticia de la muerte de Jorge Elías, que le dolió en el alma. El menor de los tres que fuimos se convirtió en su consentido los últimos veinte años.

Ha partido al infinito mi tía Chaneca, quien me llevó una bolsa de plástico muy grande con regalos a mis trece años a la isla, recuerdo, a la puerta de la casa de mis abuelos maternos, donde vivían mis padres en el corazón de ese Carmen entrañable, el centro de la ciudad, la calle 22. De esas visitas, fui con ella y mi tío Fernando, en esos años primeros años de los setenta, a una exhibición de boxeo, del campeón Miguel Ángel “Mantequilla” Nápoles en el parque Miguel Alemán, en donde hoy se ubica el puerto industrial. Una foto en el periódico local, junto al boxeador y mi tía, define la ruta para estar hoy

Chaneca en todas partes

aquí, en esta narrativa impregnada de sentimientos encontrados, por tantas y tantas vivencias.



Por ella, las clases de inglés, de natación, en esa disciplina desde la juventud en el orden y los objetivos, la gran transformadora, honesta, y sobre todo realista, la vamos a extrañar siempre.

Palabras a Chaneca

Nodir Hernández Jaber

Cuando tenía ocho o nueve años mi tía Chaneca me invitó a comer al *Champs Elysees* para celebrar que me había sacado un 10 en la escuela. Yo no tenía ni idea de qué era ese lugar, pero me sonó muy elegante. Así que decidí ponerme lo que yo consideraba lo más elegante de mi closet: una camisa roja con flores que había comprado en unas vacaciones en Hawái. A ella obviamente le encantó la idea.

Después de la comida, donde probé el mero por primera vez, me llevó a *Liverpool* a comprar dulces y de ahí me mandó a mi cita de todos los viernes con el psicólogo.

Aunque son muchísimos los recuerdos, escogí ése para compartir porque retrata perfectamente cómo fue ella conmigo: siempre amorosa, siempre divertida y siempre me enseñaba algo.

La conozco desde que tengo memoria y en cada etapa de mi vida fue una delicia haber estado cerca de ella: recogiendo erizos en la playa, comiendo tortas de chorizo en Toluca o tortas de sardina en su casa, en las filmaciones de sus comerciales con Bronco y Rigo Tovar, caminando en el Centro, oyendo sus historias, conociendo a sus amigos o simplemente sentado frente a ella observándola.

Muy pocas son las personas como ella en este planeta y yo tuve la suerte de que fuera mi tía, una especie de Tía Mame que siempre me apapachó, me apoyó y me guio.

Fotografías extras



Con Emilio Azcárraga y Jim Stanton.

Chaneca en todas partes



Con Edith Piaf.



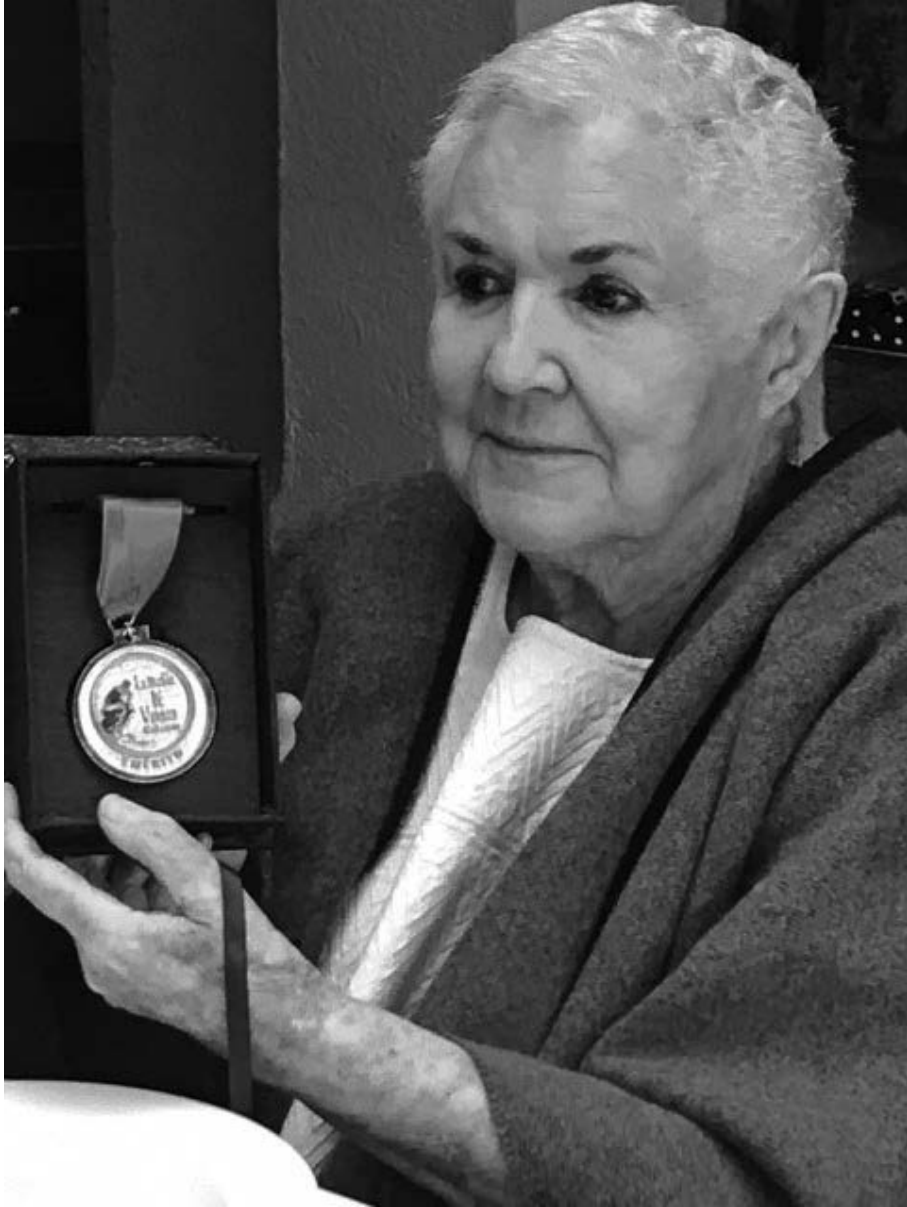
Con Bob Lerner y Paul Newman.



Con Charles Boyer.



Con Armando Calvo en *Don Juan Tenorio*.



Se terminó de imprimir en mayo de 2021
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Alcaldía Benito Juárez
Ciudad de México.

